

MEXICO

Las

Mujeres

GUATEMALA

Refugiadas y Retornadas

EL SALVADOR

EDUCALPA

NICARAGUA

MANAGUA

COSTA RICA



LAS DIGNAS

Norma Vásquez

Esta publicación se
realizó como parte del
Programa de Donativos para
la Promoción de la Mujer
en el Desarrollo (PROWID)
del Centro Internacional
de Investigaciones sobre
la Mujer y el Centro para
Actividades de Desarrollo
y Población, con fondos
proporcionados por la
Oficina para la Mujer en
el Desarrollo de la AID
en virtud del convenio de
cooperación

FAO-A-00-95-00030-00.

Diseño Gráfico
Publicidad Ramos

Impresión
Tipografía Offset Laser,
S.A. de C.V.

Unidad de Análisis
Documentación y
Comunicaciones
Las Dignas

Presentación

Agradecimientos

Capítulo I

Historiología de la investigación

Capítulo II

Los roles de género

Capítulo III

Exilio

Capítulo IV

El exilio y la mujer

Capítulo V

Retorno

Capítulo VI

Las mujeres, la paz y la rehabilitación

Capítulo VII

El exilio y la mujer

Capítulo VIII

El exilio y la mujer

Conclusiones Generales

Conclusiones Particulares

Bibliografía

Índice

Las Mujeres

Refugiadas y Retornadas

*Las habilidades adquiridas
en el exilio y su aplicación
a los tiempos de paz*

5

9

15

21

21

21

42

42

42

42

121

121

145

145

165

165

187

187

169

200

203

213

INDICE

Presentación	5
Agradecimientos	9
Capítulo I Metodología de la Investigación	11
Capítulo II Las mujeres de antes	21
Capítulo III De aisladas a organizadas	47
Capítulo IV Las mujeres refugiadas	67
Capítulo V De refugiadas a repobladoras	121
Capítulo VI Las mujeres, la paz y la rehabilitación	145
Capítulo VII Las mujeres de ahora	165
Capítulo VIII Los cambios en el proceso	187
Recomendaciones Generales	199
Recomendaciones Particulares	200
Anexos	203
Epílogo	213



En el Refugio Despertamos

Norma Vázquez

Las Dignas

Este libro recoge los resultados de la investigación titulada "Las mujeres refugiadas y retornadas: las habilidades adquiridas en el exilio y su aplicación a los tiempos de paz". Realizada durante 1998 y 1999, como parte del Programa de donativos para la promoción de la mujer en el desarrollo (PROWID) del Centro Internacional de Investigaciones para la Mujer (ICRW), con fondos proporcionados por la Oficina de la Mujer en el Desarrollo de la AID.

Como la vida de las mujeres en los refugios, ese trabajo estuvo marcado por los cambios. Se inició en abril de 1998 bajo la coordinación de Cristina Ibañez con Irma Quijada y Connie Escobar como integrantes del equipo de investigación. El diseño de investigación y la elaboración de algunos instrumentos para la recolección de datos se realizaron con la asesoría de Norma Vázquez y Cristina Garaizabal. La mayor parte del trabajo de campo fue responsabilidad del equipo inicial. Ellas hicieron también las entrevistas a la mayor parte de informantes, cuya relación se encuentra en los Anexos.

Debido al retraso en la entrega del trabajo en los plazos acordados, el equipo fue relevado en julio de 1999, quedando como investigadora responsable Norma Vázquez y Connie Escobar como asistente de investigación. Ambas fueron responsables de concluir el trabajo de campo. El análisis de la información y la redacción del informe de investigación y del texto que ahora publicamos estuvieron a cargo de Norma.

A pesar de los momentos amargos vividos en este proceso, nos alegra presentar los resultados de un trabajo que estamos seguras nos ayudará para continuar una tarea siempre necesaria para el movimiento de mujeres: recuperar la memoria histórica de los cambios femeninos durante los últimos 20 años, para aprender del recuento de tristezas, aprendizajes y retos que vivieron miles de mujeres en un tiempo que flageló nuestro país.

Hemos incluido como epílogo de esta publicación, las reflexiones que Clara Murguialday compartió con nosotras en el foro "Mujeres y reconstrucción postconflicto" realizado en San Salvador el 22 de febrero de 2000, en el que fue comentarista de la investigación que ahora publicamos.

Las Dignas, San Salvador, 2000

“Yo creo que la vida de las mujeres sí ha cambiado. Yo oigo que las señoras de antes dicen que la mujer sólo es para estar en la casa, parir hijos, criar animales, cuidar animales, lavar, cuidar al esposo, irle a dejar la comida y aguantarle todo. Antes no había quién le aclarara a uno sobre tantas cosas que ahora se saben, entonces, comparar lo anterior a lo de ahora es gran cambio, porque ahora no hay lugar donde no le hablen de los derechos de la mujer Yo empecé a oír eso en el refugio. Ahí aprendí que podía hacer cosas distintas, aprender, trabajar, salir de la casa y hablar a otras personas. Hubo muchas mujeres que me apoyaron y hasta me animaban a correr y subirme a los palos... por eso yo digo que en el refugio pudimos despertar”.

Agradecimientos

Nunca en mi historia de trabajo ha sido más real la frase de que “sin el apoyo de muchas personas no hubiera sido posible la culminación de este trabajo”. Estoy convencida de que nuestro ímpetu logró superar el desafío y las presiones del tiempo y la distancia. La pasión por las mujeres y nuestras historias, así como la pasión por no ser nosotras quienes dejemos por el camino unas voces femeninas tradicionalmente silenciadas.

El primer agradecimiento es, sin duda, para las mujeres que compartieron con nosotras sus vivencias. Fueron ellas la fuente que hizo posible que estas páginas se escribieran y a las que queremos que regresen las reflexiones impresas en ellas.

Una serie de protagonistas -mujeres y hombres- de estos años convulsos en la historia del país, también merecen nuestro agradecimiento por las horas dedicadas a responder nuestras preguntas.

Quiero reconocer la labor y disposición de Connie Escobar, cuyo apoyo superó las tareas de una asistente siendo, además, una presencia estable durante este proceso.

Sin el compromiso decidido del equipo de las Dignas, particularmente de Morena, Gloria, Rosa María y Ana hubiera sido imposible concluir esta labor. Loly, Beatriz y Sandra también estuvieron dispuestas para echar una mano siempre que se lo pedí.

Clara Murguialday está siempre presente para discutir, indagar y aprender de las mujeres. En esta ocasión también me hizo patente su apoyo decidido y fértil.

A Sally Yudelman y Heidi Worley, un reconocimiento a su paciencia, así como a sus cuestionamientos oportunos.

Agradezco a Cristina Garaizabal sus aportes y su aliento, y a Karlos Pérez de Armiño que compartió conmigo sus ideas y conocimientos, bastante útiles en el análisis de la información.

Este libro no pretende ser la historia de las mujeres refugiadas. Es una contribución a la tarea de rescatar y revisar los cambios que se han dado en la vida de la población femenina durante las últimas décadas, repletas de transformaciones sociales. Es también, un eslabón más en el interés que en Las Dignas se ha tenido por analizar las huellas que ha dejado la guerra, el refugio, la repoblación y la paz en el accionar individual y colectivo, con la esperanza de entender un poco mejor el tiempo presente.

Gracias a todas por ayudar a construir esta mirada a la vida de un grupo de mujeres: campesinas, refugiadas, retornadas, salvadoreñas y ¡luchadoras!

Norma Vázquez
Bilbao, agosto 1999 - marzo 2000

A black and white photograph of a person in a patterned sweater writing on a document in a classroom setting. The person is seen from the back, focused on their work. The background shows other students and classroom furniture, creating a busy, educational atmosphere.

Capítulo I
***Metodología de la
Investigación***

El fenómeno de las poblaciones desplazadas y refugiadas es producto de la represión indiscriminada del régimen salvadoreño, a finales de los años 70 y principios de los 80. Esta violencia se encarnizó de manera particular con la población campesina pobre de los Departamentos ubicados al norte y oriente del país. La política gubernamental de combate a la insurgencia consideró a la población civil *base de apoyo* de los movimientos guerrilleros agrupados en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (en adelante FMLN) y, por tanto, la sometió a persecución, hostigamiento y exterminio.

Huyendo de la represión, miles de personas abandonaron sus lugares de origen. Quienes menos recursos tenían cruzaron la frontera hondureña para salvaguardar su vida. Hacinadas en campamentos de los que no podían salir y viviendo en pésimas condiciones, fueron capaces de realizar una experiencia de convivencia solidaria y organizada. Demostraron *“que el campesino más humilde, más pobre, más ignorante, es capaz de cambiar sus actitudes sin traicionar por ello lo más profundo de sus tradiciones, y que una solución socio-económica comunitaria es posible”* (UCA, 1989, pag. 789).

En general, los análisis sobre la población salvadoreña refugiada en Honduras durante la guerra (1980-1991) resaltan estos logros. Aún los sectores oficiales¹ reconocen la existencia de programas que aseguraron la supervivencia de un conglomerado humano que superaba las 20 mil personas².

También contienen referencias al significado y las consecuencias de que la presencia femenina fuera mayoritaria en los campamentos. Según la investigación de Montes (1986) existía un *“desbalance entre varones y mujeres en la edad de mayor capacidad reproductiva y laboral (19-40*

1 *“Sé que hubo programas intensos de capacitación manual; por ejemplo, funcionaban escuelas de zapatería. Para las mujeres funcionaban escuelas de costura con máquinas, funcionaban capacitaciones para aprender a leer y una atención médica gratuita”.* Acevedo Peralta, Canciller del gobierno del Partido Demócrata Cristiano (PDC) durante el período 1984-1989. Entrevista *ad hoc*, agosto de 1998.

2 Según informes del ACNUR, en 1986 asistió a 20,964 personas, siendo éste el año en que se atiende a la mayor cantidad de población en los refugios ubicados en territorio hondureño.

años)³. Es de suponer, entonces, que las mujeres jugaron un papel protagónico en esta experiencia, cuyo alto grado de organización y cohesión comunitaria marcaron su sello de identidad.

En su retorno a El Salvador –ocurrido entre 1987 y 1991, antes de la firma de los Acuerdos de Paz–, la población refugiada trajo consigo su modelo organizativo, cierta base necesaria para seguir prestando en forma comunitaria algunos servicios sociales (salud y educación) y recursos productivos para asegurar el autoabastecimiento de sus repoblaciones. Sin embargo, no contaría ya con el mismo tipo de apoyo de los organismos internacionales que garantizaron su supervivencia durante el refugio. Por ejemplo, su alimentación ya no estaría garantizada y el dinero, que tan escasamente circulaba en los refugios, volvería a ser un elemento básico para obtener los bienes y servicios necesarios.

Un sector de la sociedad depositaba grandes expectativas en estas nuevas comunidades. Se esperaba que la capacidad productiva desarrollada en el refugio se mantuviera en esta nueva situación, así como la disposición para compartir las tareas de manera solidaria. Los enfrentamientos entre la población que minan la convivencia se habían mantenido a raya en los refugios y se pretendía que las conductas que habían estado bajo control, como el egoísmo y la indisciplina, lo siguieran estando en las repoblaciones⁴.

Dado que la mayoría de la población retornada era simpatizante o *base de apoyo* del FMLN⁵, se desarrollaron políticas tendentes a obtener la mayor cantidad de ayudas que garantizaran el éxito de estas experiencias locales; su buena marcha permitiría al resto de la población, que apenas

3 De acuerdo con los datos recogidos en el estudio mencionado, el porcentaje de varones en este rango de edad era de 11.40 mientras que el de mujeres era de 15.57

4 Las mujeres mencionaban con particular entusiasmo la disminución del alcoholismo y los malos tratos por parte de sus parejas como parte de esas conductas controladas en el refugio que esperaban se pudieran mantener una vez que volvieran a El Salvador.

5 Durante los años de guerra esta afirmación fue utilizada por el gobierno para negar ayuda a la población refugiada e incluso para justificar actos represivos en su contra, por esa razón, la población hacía énfasis en su carácter de civiles para diferenciarse de la población guerrillera. Años después se ha reconocido el importante papel que el FMLN jugó en los refugios sin que por ello se niegue el carácter de no combatientes de los y las refugiadas.

conocía la situación en los refugios y las experiencias desarrolladas en las zonas bajo control guerrillero durante la guerra, vislumbrar la capacidad de esta organización política para hacerse cargo de la marcha del conjunto del país (Monterrosa, 1999).

Siete años después de la firma de los Acuerdos de Paz la situación de estas comunidades está lejos de haber ratificado aquella esperanza inicial. Diversos estudios y análisis señalan la existencia de una variedad de problemas: descenso cuantitativo de la población (que alcanza un 40%), pobreza, desempleo, altos índices de violencia delincuencial y de género, bajos niveles educativos, pérdida de identidad colectiva y debilitamiento de la organización comunitaria.

Aunque existe también la idea de que las mujeres “perdieron su protagonismo” y volvieron a desempeñar los papeles tradicionales de sumisión, lo cierto es que no se han elaborado análisis que permitan entender los factores que intervinieron en el hecho de que la población femenina no fuera capaz de sostener los cambios que hicieron posible su sobrevivencia en los refugios y primeros años de repatriación. Este trabajo de investigación se propuso indagar en este terreno.

En primer lugar, se quería ahondar en los cambios vividos por las mujeres durante los años de refugio para analizar el alcance de los mismos, es decir, constatar si realmente se puede hacer referencia a cambios radicales en la identidad femenina durante ese período. En segundo lugar, se quería conocer los elementos que incidieron para que los cambios (del alcance que fueran) no se mantuvieran en el tiempo.

A partir de las respuestas encontradas a ambas inquietudes, se pretendía vislumbrar caminos para que los agentes interesados en propiciar una mejora en la situación de las mujeres (organismos feministas, agencias de cooperación, instituciones estatales, académicas, etc.) contaran con elementos que les permitieran afinar sus estrategias de intervención.

Para esta investigación se ha tomado como población de estudio a mujeres *refugiadas concentradas asistidas* en los campamentos hondureños de Mesa Grande y Colomoncagua, que en la actualidad viven en alguna de estas tres repoblaciones: Guarjila (Municipio de Chalatenango, Departamento de Chalatenango), Santa Marta (Municipio de Villa Victoria, Departamento de Cabañas) y Segundo Montes (Municipio de Meanguera, Departamento de Morazán)⁶ formadas a partir de las repatriaciones masivas ocurridas entre 1987 y 1991.

La población elegida la conforman mujeres habitantes de las zonas rurales que, en el lenguaje cotidiano se denomina genéricamente como *campesinas*. Aunque la identidad de este grupo actualmente es mucho más heterogénea, el texto hace referencia constante a las campesinas, sobre todo, cuando se exponen las características de este colectivo en el período anterior a la guerra.

Se trabajó con una muestra de 37 mujeres que nos permitió obtener riqueza, profundidad y calidad de la información. Debido a que en su tiempo se hicieron estudios cuantitativos sobre las características de la población refugiada, en la actualidad nos parecía más importante rescatar la huella subjetiva que esta experiencia dejó en las mujeres. Para lograrlo consideramos más adecuado un estudio de tipo cualitativo.

Para la selección de la muestra se marcaron cuatro criterios:

1. Haber vivido en el refugio un mínimo de dos años. El promedio obtenido fue mucho más alto ya que alcanzaba los 6 años y medio.
2. Vivir de manera estable en alguna de las repoblaciones seleccionadas.
3. Pertenecer a uno de los dos grupos de edad señalados como variable controlada: jóvenes y adultas.
4. Aceptación y disponibilidad para la entrevista individual y la participación en el grupo para la entrevista colectiva.

6 La ubicación geográfica de refugios y repoblaciones se encuentran señalados en el Mapa 1.

Las variables de control fueron dos:

- La edad que tenían las mujeres al irse al refugio.
 - El grupo de las *jóvenes* estuvo integrado por quienes se fueron sin hijos/as y que en la actualidad tienen entre 24 y 34 años. Este límite de edad se estableció para garantizar que, por lo menos, tuvieran 7 u 8 años a su llegada al refugio y pudieran recordar su integración en el mismo.
 - El grupo de *adultas* se formó con mujeres que llegaron al refugio con hijos/as y en la actualidad tienen 35 años o más.
- La repoblación que habitó a su regreso a El Salvador.

Cada repoblación elegida tenía y/o tiene una relación privilegiada con una de las organizaciones del FMLN; se presuponía, por tanto, que la problemática interna de ese organismo político incidiría en la situación actual de las mujeres, sobre todo, en el plano organizativo y la realización de acciones colectivas.

Como grupo de comparación de esta variable se seleccionaron mujeres que, cumpliendo los mismos requisitos de la muestra, no habitaran regularmente en una repoblación (residentes en San Salvador u otras ciudades cercanas).

La distribución de la muestra se presenta en el Cuadro 1.

CUADRO N°. 1: DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA SEGUN LUGAR DE PROCEDENCIA Y EDAD

		LUGAR DE PROCEDENCIA				
		Guarjila	Santa Marta	Segundo Montes	Ciudades	TOTAL
EDAD	Jóvenes	4	5	5	3	17
	Adultas	6	5	5	4	20
	TOTAL	10	10	10	7	37

Para recoger la información se realizaron entrevistas abiertas en las que se pidió a las mujeres que contaran su experiencia de vida antes de la guerra, en el refugio, en la repoblación y en la actualidad. También se utilizó un cuestionario cerrado en el que debían responder sí o no a una serie de enunciados referentes a las creencias sobre las mujeres y el papel que deben jugar en la sociedad. Finalmente, se hicieron tres entrevistas colectivas, una en cada repoblación, para discutir con el grupo algunas de las ideas que se repetían en cada historia individual y obtener nuevos puntos de vista sobre esos temas. Los formatos de las técnicas de recopilación de información se encuentran en el Anexo.

En vista de la carencia de documentación en el país sobre los aspectos que queríamos indagar, se utilizó ampliamente la fuente oral (en forma de entrevistas abiertas) para contar con puntos de vista de personas que habían estado en diversas instituciones y cargos durante el tiempo en que ocurrieron los hechos que estábamos investigando.

Para complementar la información acerca de la vida de las mujeres antes del refugio, se hicieron entrevistas a *informantes viejas*, mujeres mayores de 60 años habitantes de las comunidades estudiadas. Para conocer a profundidad la situación de los refugios se hicieron entrevistas a personas que vivieron en ellos y realizaron distintas tareas de apoyo a la población. Para obtener datos sobre la situación actual de las repoblaciones, se entrevistó a personas, tanto de las directivas comunales como otras que han vivido o vivieron por un tiempo en las repoblaciones y que conocen de cerca la situación y problemática de tales comunidades.

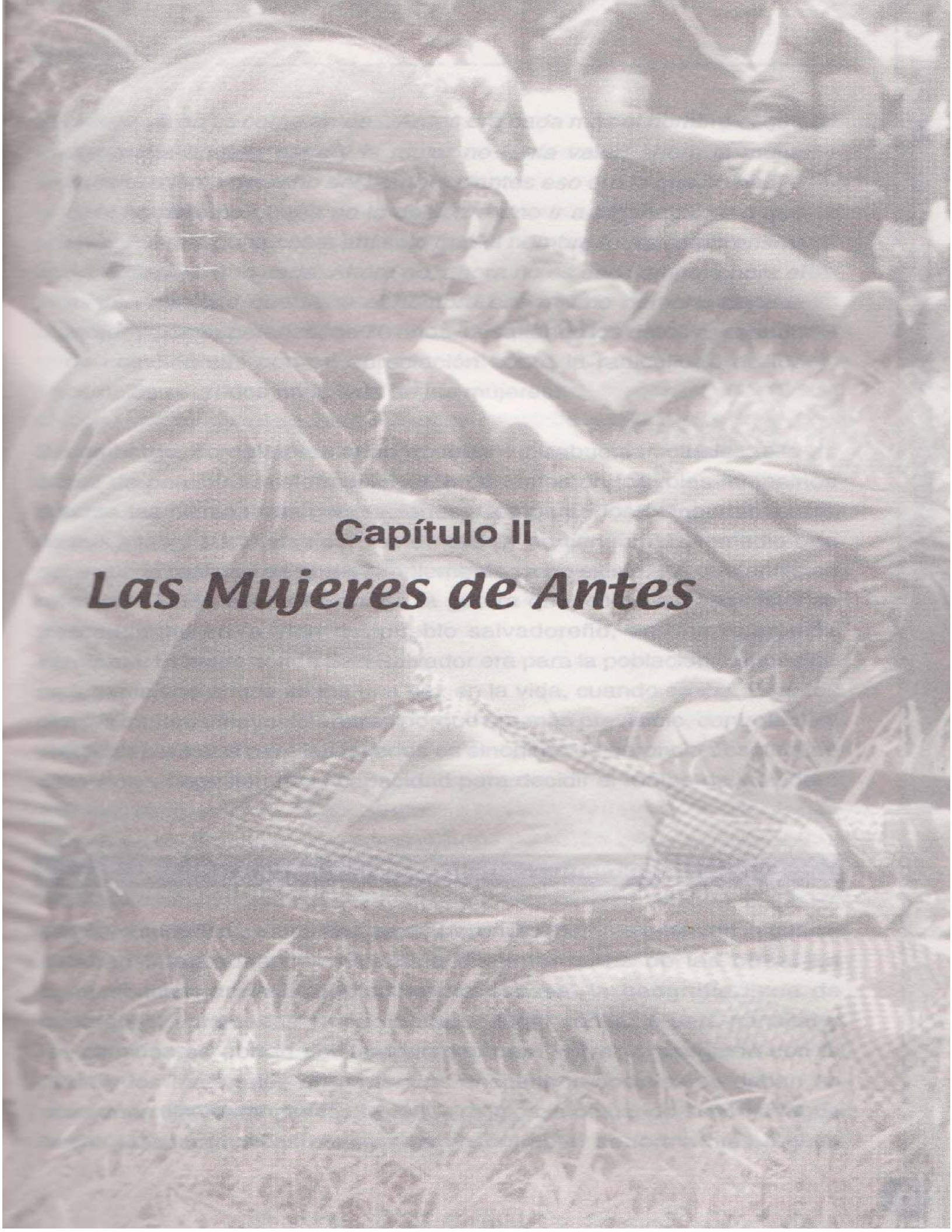
Finalmente, se realizaron entrevistas a personas de los diversos organismos que tuvieron relación con la vida de la población refugiada y/o con las políticas hacia los refugios: ACNUR, Cruz Roja Internacional, Iglesia Católica, Iglesia Luterana, ONG's, organizaciones sociales y partidos políticos.

Aunque los recuerdos de tantas personas fueron de una gran utilidad, los análisis y conclusiones a los que se llegaron no son responsabilidad de

ellas sino de Las Dignas. Puede que incluso no tengamos acuerdo en algunos puntos de vista pero, insistimos, no pretendemos elaborar la historia de las mujeres refugiadas, por otra parte, tarea difícil debido a la variedad de experiencias existentes.

Ya que nuestra intención es resaltar las transformaciones vitales ocurridas en las mujeres que participaron en este estudio, hemos optado por la presentación histórica de los resultados, empezando con la narración de sus recuerdos sobre sus vidas antes de la guerra y concluyendo con el recuento de su situación actual. Los últimos capítulos dan cuenta de un análisis general del proceso así como de las conclusiones y recomendaciones finales.

Pretendemos que estas últimas sean objeto de discusión y aplicación por parte de quienes se interesan en conocer a profundidad los cambios que ocurren en las identidades femeninas a causa de situaciones de éxodo, refugio y retorno, así como la forma en que tales cambios contribuyen al avance de las mujeres y la superación de las limitaciones personales y colectivas generadas por siglos de discriminación genérica.



Capítulo II

Las Mujeres de Antes

“Ahora ya no es como antes... Antes era nada más el hombre el que dominaba aquella casa y la mujer no tenía valor; ahora la mujer tiene el mismo derecho del hombre y antes eso era lo que no había. Si el hombre no quería no lo dejaba a uno ir a alguna parte o que uno hiciera alguna cosa; ahí sólo que el hombre fuera comprensivo no le decía a uno nada. Ahora no, ahora no es ese tiempo, ahora el mismo derecho que tiene el hombre ese mismo derecho tiene la mujer”, dice Esperanza, de 70 años, desafiando los datos a menudo no coincidentes con su apreciación sobre la radicalidad de los cambios ocurridos en la vida de las mujeres.

Sin embargo, como tantas otras abuelas y bisabuelas actuales, ella es capaz de percibir transformaciones importantes en los roles femeninos durante las últimas tres generaciones. Comparan los comportamientos de sus hijas y sus nietas con los de ellas y no tienen más remedio que decir que la realidad de antes simplemente ya no existe. ¿A que *antes* se refieren? A una época anterior a la guerra que, como suceso histórico trascendental en la vida del pueblo salvadoreño, es una referencia inevitable. El *antes* donde San Salvador era para la población campesina un lugar lejano al que se iba una vez en la vida, cuando se iba. El *antes* que las mujeres mayores añoran porque era más previsible, controlable y protector pero que para las jóvenes es sinónimo de carencia absoluta de derechos y negación de la capacidad para decidir el rumbo de su vida.

La vida de antes transcurría en pequeñas comunidades Agrícolas...

Las comunidades rurales en que crecieron las mujeres antes de la guerra estaban integradas por viviendas distantes unas de las otras. La comunicación entre la población era escasa, la geografía llena de quebradas, enramadas y ríos no era un lugar confiable para transitar y los caminos se abrían por temporadas para volver a anegarse con la lluvia y los matorrales en otras. Los encuentros sociales se daban en ocasiones fijas como las festividades religiosas o cuando sucedía algún hecho inesperado. Las mujeres se encontraban de forma más regular

cuando iban a lavar al río y ese momento servía para el intercambio de novedades pues, casi siempre, la tarea les tomaba todo el día.

La organización comunitaria tenía en la familia nuclear su base fundamental. El 65% de las mujeres adultas vivieron su infancia al interior de un hogar compuesto por su madre, su padre y sus hermanas y hermanos; la familia extensa constituye la experiencia de un 25% en tanto que la monoparentalidad alcanza apenas a un 10% de ellas. Sin embargo, las comunidades se conformaban en torno a las relaciones familiares y estos lazos de consanguinidad favorecían prácticas solidarias y de apoyo mutuo, por ejemplo, las mujeres viudas o madres solteras recibían el maíz y frijol necesario para cubrir sus necesidades básicas.

“Cuando yo era niña no había vecinos cerca, se podía morir uno en la noche y no se daban cuenta. Los que vivíamos en el cantón éramos familiares siempre, porque ahí eran raras las gentes que no eran familia, casi todos eran tíos por el lado de mi papá, tíos por el lado de mi mamá, primos, primas, madrinas de uno”, cuenta Esperanza quien, por cierto, lleva el apellido de su cantón.

Esas pequeñas comunidades vivían básicamente de la agricultura. Al ubicarse la familia campesina en el estrato inferior de la sociedad, todos sus miembros se enfrentaban a la obligación de producir más que de consumir. Trabajaban la tierra, alquilada o propia, por medios rudimentarios: *“para hacer los surcos, él iba rempujando la carreta en la arada y yo jalando, entre los dos hacíamos de bueyes para poder sembrar”*; recuerda Gloria. La mayor parte de lo obtenido en la cosecha se usaba para el consumo del hogar, lo restante se vendía o canjeaba en el pueblo por lo necesario para sostenerse hasta la siguiente temporada. La cría de aves de corral y/o cerdos era un medio de ayudar a la economía familiar; regularmente, se utilizaban para completar la dieta y, en caso de urgencia, podían venderse.

Cuando la cosecha era mala, había que buscar por otros medios los ingresos para mitigar la pobreza. Esto significaba para las mujeres elaborar

pan para vender, ayudar a preparar el almuerzo en casas donde abundaban los peones o autoemplearse en el comercio a pequeña escala en los pueblos más cercanos. El hombre de la casa, por su parte, podía emplearse en la corta del café, la zafra de la caña de azúcar o la recolección del algodón, a veces acompañado de sus hijas o hijos mayores.

“El café era el principal rubro de la producción nacional y absorbía una importante cantidad de mano de obra que trabajaba en condiciones miserables, durante jornadas extenuantes de doce o catorce horas a cambio de unas cuantas monedas y raciones insuficientes de alimento. Por otra parte, la diversificación de cultivos para la agroexportación significó despojar a una ingente cantidad de campesinos de sus tierras, mismas que fueron ocupadas por las plantaciones de algodón y caña de azúcar con lo cual aumentaba la desesperación de los campesinos que veían disminuir la productividad de sus tierras y su capacidad para mantener a la familia” (Armstrong y Rubin, 1993).

Otro camino utilizado ampliamente en la búsqueda de medios para sobrevivir era el cruce de la frontera con Honduras; las poblaciones de las comunidades fronterizas establecían fuertes lazos de intercambio comercial y afectivo, las relaciones se extendían sin reconocer la frontera política creándose familias salvadoreño-hondureñas por razones de migración económica. En la década de los 60, vivían alrededor de 300,000 salvadoreños en Honduras.

“El padrastro mío negociaba para Honduras jalando tabaco, de ahí él conseguía sus fichitas, conseguía tabaco, o iba a comprar cargas de café y las vendía, las iba a traer a Honduras y les daba por aquí, por estos lados, para venderlos”, recuerda María. “Yo me daba cuenta que la gente salía para Honduras. Un tío mío se fue por varios años con toda la familia para buscar trabajo y ver de ir pasando”, señala Aurora. La cercanía geográfica de las zonas más pobres de los Departamentos de Chalatenango y Morazán hacía más factible el cruce de la frontera que el traslado a San Salvador, en esta búsqueda de recursos para el sostenimiento familiar que

constituía la mayor preocupación de la población de esas pequeñas comunidades. Conseguir recursos para sobrevivir ocupaba la mayor parte de su tiempo y era también un tema recurrente en las conversaciones familiares, en torno al cual se fraguaba la resignación o la rebeldía.

“Después de las 6 de la tarde nos sentábamos en un solo grupito mi papá, mi mamá y nosotros los hijos. Como era un cantoncito bien solo donde vivíamos no se oía ni un radio, sólo los niños que lloraban o los chuchos cuando ladraban, entonces nos sentábamos a platicar y a veces mi papá nos daba consejos o recogía ideas de cada uno de nosotros, si pensábamos que estaba bien que viviéramos así como estábamos viviendo en la gran pobreza, en la gran esclavitud que teníamos. Nosotros le decíamos que como así lo quería Dios... pero no era así, él nos decía que teníamos que ver de qué manera salir adelante”, recuerda María con nostalgia.

... en familias grandes y claramente jerarquizadas

Las labores agrícolas en tierras estériles, con métodos tradicionales de siembra y recolecta, exigían de muchos brazos para producir el sustento básico de una familia. Ese factor, sumado al desconocimiento de métodos de control de la natalidad y a la férrea convicción de mujeres y hombres de que había que llevar a término todos los embarazos que la desnutrición y la mala salud les permitieran, hacía que las familias fueran numerosas. Un padre, una madre y más de siete criaturas era la composición más frecuente en la zona rural (el 70% de las mujeres de la muestra tenía más de 7 hermanos y hermanas; el resto, entre 4 y 6).

La infancia, como tiempo destinado al juego y aprendizaje, era un concepto totalmente desconocido en esas familias. Niñas y niños contribuían al sostenimiento del hogar; ellas ayudando o a veces realizando todo el trabajo doméstico, ellos en el campo con sus padres. Hay, sin embargo, un 30% de mujeres que recuerda haber ayudado a sus padres en algunas

tareas agrícolas, sobre todo, cuando escaseaban los varones en la familia. Realizar esos trabajos no las eximía de participar en los quehaceres de casa, sólo les aumentaba las horas de labor.

“Mis papas eran bien pobrecitos y éramos 18 hijos. Mi mamá en dieta (período posterior al parto) salía a trabajar para ayudarle a mi papá. Yo me iba con mi papá desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde a ayudarle a desyerbar la milpita. También íbamos a sembrar. El nos tenía una preferencia, nos decía, ‘las hembritas hoy no van a ir’, cuando ya eran las once nos mandaba a la casa al almuerzo y los varones se quedaban trabajando. Cuando ya éramos más hermanos yo era la de todo el oficio, tenía que moler el maíz en la piedra, como antes no había molinos de motor ni de mano, era yuca el oficio de moler. Si el niño estaba llorando, mi mamá me decía: ‘chiniámelo’; de ahí a darle fuego al comal, hacer el desayuno, acarrear el agua o la leña cuando hacía falta y salir a dejar el almuerzo a los varones que andaban en la milpa. A veces yo salía con gran hambre porque me levantaba a las dos de la mañana a quebrar el maíz y era de estar tortiando desde las seis...”, recuerda Gloria constatando que en las horas dedicadas al trabajo, las diferencias entre las mujeres de antes y las de hoy no son tan grandes.

Pero a pesar de la rudeza de su infancia, la mayoría de las mujeres recuerda haber robado algunos momentos a la obligación para dedicarlos al juego. Era posible que esos juegos se dieran entre niños y niñas en los primeros años, pero conforme se acercaba la pubertad, la segregación por sexos era notoria. Asimismo, jugar con pelotas, carritos, correr, subir árboles y, en general, desarrollar actividades que implicaran movimientos bruscos era permitido a algunas niñas en los primeros años, pero la mayoría se entretenía jugando con muñecas de confección casera, haciendo comida o cosiendo, es decir, imitando las tareas típicamente femeninas que veían desempeñar a todas las mujeres de su entorno.

En la mayoría de los casos, las mujeres recuerdan con nostalgia y cariño las relaciones con sus progenitores. Hay que tomar en cuenta que varias de ellas han perdido a su padre o su madre y prefieren hablar de sus buenos recuerdos como una manera de honrar su memoria. Así y todo, la mayoría de ellas señala que la relación con sus madres era cercana y con sus padres un poco más rígida. La cercanía, que significaba cuidados y sobre todo pláticas y transmisión de historias familiares y valores propios de su rol, tenía una base de tiempo compartido ya que eran las madres quienes las cuidaban cotidianamente y sólo en situaciones extremas era el padre quien realizaba esa tarea (de todas las mujeres entrevistadas sólo una recuerda haber estado bajo el cuidado de su padre en la infancia).

En los casos en que las madres no podían jugar este rol, sea por causa de muerte, lejanía geográfica o exceso de trabajo, eran las abuelas, tías o, en menor medida las hermanas mayores, quienes realizaban esta tarea. El cuidado requerido durante la infancia se dividía claramente por sexo, es decir, en tanto los hombres se hacían cargo de transmitir los conocimientos sobre las tareas agrícolas a sus hijos así como los comportamientos masculinos, la socialización de las niñas era responsabilidad de las mujeres. Es interesante resaltar que ellas guardan como un tesoro entrañable la enseñanza de responsabilidad y fortaleza necesaria para hacer frente a la adversidad de la vida, que les transmitieron sus cuidadoras en la infancia.

“Mi mamá me decía que debía aprender siquiera a hacer un poquito de atol porque así tal vez podía llegar a alguna parte. Ella decía que si no sabía ni siquiera hacerle a alguien su poquito de atol cómo me iba a ganar la tortilla. ‘Tiene que aprender aunque sea a cocer frijoles, a cocer maíz, para que usted sepa defenderse si yo me muero. No quiero que digan que su nana no le enseñó nada’. Yo me recuerdo mucho de ella, porque nunca me dio consejos malos”. Y a pesar de que ha pasado más de medio siglo desde que fueron pronunciadas esas palabras, María todavía las tiene presentes y las repite a las jóvenes de su familia.

Con variaciones en la cercanía afectiva, lo más característico de las relaciones entre personas adultas y criaturas era la clara asimetría entre ambas y la obediencia total de las segundas hacia las primeras. Las relaciones desiguales entre hombres y mujeres eran otro sello propio de esas estructuras familiares claramente jerarquizadas. Y en esa escala, las niñas ocupaban el último escalón, lo que las limitaba en sus posibilidades de transgredir el destino que por generaciones era el propio de las mujeres: el cuidado de la casa y la procreación ilimitada.

La asistencia a la escuela, por ejemplo, no era un recurso viable que les permitiera adquirir herramientas útiles para cambiar su vida. La lejanía de los centros educativos, la carencia de personal docente adecuado y el exceso de tareas domésticas eran razones suficientes para que se considerara inútil su escolarización. La mayoría de las mujeres adultas fueron enviadas por uno o dos años y, una vez que aprendían a distinguir las letras y “medio leer”, no continuaban los estudios. Es interesante constatar que sólo en un 10% de las mujeres recuerda el hecho de ser mujer como causa que explica su inasistencia escolar, señalando la existencia de otras causas compartidas con sus hermanos.

De las 20 mujeres del grupo de adultas, el 65% no fue a la escuela. Las razones que explican su inasistencia son:

Lejanía de la escuela	Falta de recursos	Falta de tiempo	No le gustaba	Era mujer	TOTAL
3	2	4	2	2	13

“Mire, de la familia mía ninguno fuimos a la escuela. Las clases quedaban bastante lejos y como mis papades eran bien pobrecitos no tenían para la matrícula y no tenían para comprar los cuadernos, ni los lápices. Las pocas veces que yo fui la señorita me ponía a chinear a un niño que tenía y no me enseñaba, le hacía más caso a los varones. Mi mamá decía que ya no fuera porque era de cabeza

dura y como había que atravesar un río... me quedé en la casa mejor. Cuando yo tenía 17 años, recuerdo que un señor que sabía leer me dijo: 'Si usted quisiera aprender a leer, yo le puedo venir a enseñar todas las tardes'. Les conté a mis papades que ese señor podía venir a la casa a enseñarnos con todos los niños. Mi papá dijo: 'A saber cual es la amistad que están haciendo, otra cosa quiere venir a enseñar'. Por eso no le dijimos al hombre que nos viniera a ayudar".

Las dificultades de Regina para aprender a leer y escribir en su juventud no le impiden desear ahora que sus hijas y nietas lo hagan para que tengan mejores condiciones de defenderse en la vida, lo que quiere decir para ella, mejores condiciones para que puedan mantener a sus criaturas si el hombre que consiguen *les sale malo y las abandona*.

Las familias de antes, grandes y jerarquizadas, se sostenían también con la idea de que la unión del hombre y la mujer que la fundaba iba a ser para toda la vida. Aunque el abandono paterno existía, sus características eran diferentes a lo que se verá con más frecuencia en la actualidad. Lo más común era que el padre no desapareciera del todo sino que viviera alternativamente con dos mujeres y sus respectivas criaturas. Por supuesto que la mayoría de las veces, sus escasos ingresos no eran suficientes para mantener a las dos familias y tenía mayor inclinación por una. Por lo menos eso recuerdan con amargura las mujeres que eran parte de la familia más abandonada.

"Había unos hombres que les gustaba tener dos mujeres, una noche dormían donde una y la otra noche dormían donde la otra. Pues sí y la mujer de la casa se ahogaba de la gran cólera. A ellos les valía, va de darle duro a la mujer y se iban, sólo comían y se iban para donde las otras mujeres. Unas soportaban, otras se iban. Los dejaban y a los días la iba a traer él. Sólo un par de meses demostraban que eran buenos con ellas y a los días ya se oía que estaban peleando, a modo que ese matrimonio no era bien. Porque a la mujer, la dignidad de la mujer no la respetaban. Siempre ha

“... sido la mujer maltratada, siempre ha estado bajo los pies de ellos”.

Y los ojos de Teresa aún se llenan de lágrimas al recordar que no sólo su padre abandonó a su madre sino también ella misma corrió esa suerte.

Era tolerable el hecho de que los hombres tuvieran esas dos mujeres inclusive viviendo en la misma comunidad. La separación, sin embargo, no era una alternativa al alcance de las mujeres, en primer lugar por la carencia de medios económicos para mantener a la prole; una segunda razón, quizá más importante, era la condena social que recibirían de ser ellas las que dieran el paso para la separación. Una mujer abandonada podía tener un apoyo de su familia y el resto de la comunidad pero una mujer que abandonara por el nimio motivo de unos cuantos golpes— según la escala de valores de antes—, ya no recibía el mismo respaldo.

“La milpa donde trabajan las hembras ya no sirve”

Como una serpiente que se muerde la cola, el destino de las mujeres de antes se tejía en círculos sin principio ni final, en los que se encontraban escasas salidas más allá de la rebeldía personal y de ser considerada como “mujer de carácter fuerte”. Figuras admiradas y temidas al mismo tiempo, las mujeres rebeldes de antes alzaban su voz contra una de las más grandes limitaciones que se les imponía para poder ganar su sustento: la prohibición de trabajar la tierra.

Si la subsistencia campesina se asienta en la agricultura y las mujeres tienen un acceso restringido a sus labores, es previsible que se toleren maltrato, infidelidades y un sin fin de problemas conyugales cuando constatan que la milpa, esa porción de tierra que les alimenta, está vedada para ellas. Desde su más temprana infancia aprendieron que la relación con la tierra era fundamentalmente masculina.

El testimonio de María al respecto es ilustrativo del conjunto de explicaciones prácticas y mágicas que se combinan para limitar o prohibir

el ingreso femenino a las milpas. En la defensa que ella hace de su derecho a trabajar la tierra se mezclan consideraciones prácticas con el desafío a las creencias que sobre la feminidad sostienen esas prohibiciones.

“En ese tiempo, un hermano mayor mío se enojaba cuando le íbamos a ayudar a mi papá a la milpa. Decía: ‘Ya vienen estas charraludas a perturbarlos’, o si no decía: ‘Aquí no queremos charraludas’. Él decía que la milpa donde trabajaban las hembras se pestigeya, o sea que no servía; decía que las arruinábamos, que onde pasábamos las mujeres no era un trabajo bien, como el que ellos hacían. Decía que la hembra desde que hemos nacido éramos maldecidas y que el varón dende que había nacido le habían echado bendición...

Yo no supe por qué, pero él así decía. Como yo desde chiquita he sido algo habladora y opuesta con ellos, le respondía: ‘De ser maldita yo, sos maldito vos también, porque nosotros no nos vamos a dejar de ustedes’. Nos poníamos en la milpa en medio de ellos y él nos echaba porque decía que el humor de las hembras no era igual al de los varones y que era malo.

Yo le decía que con esas creencias en su cabeza quería disminuirnos a nosotras y no debía de ser así. ‘A según vales vos, valemos nosotras también. Y ¿no hemos nacido del seno de una hembra? ¿cuál es el pleito pues?’

Pero él insistía que la hembra era para estar en la casa y no para andar en la milpa. Decía que los otros hombres hacían comentarios de que él nunca iba a conseguir mujer porque como llevaba a las hermanas a trabajar así iba a querer llevar a la mujer y la familia de ella lo iba a criticar pues no se la daban para que la llevara al monte. Por eso él no quería que fuéramos a la milpa.

Muchas mujeres dicen todavía que el trabajo de la milpa es de los hombres, y que el trabajo de la mujer es el de la casa, pero cuando nosotros íbamos mi papá sacaba más fichitas y hoy ya ve que a las

cortas van las mujeres porque hay una gran necesidad y ellas se ven obligadas”.

Durante la infancia era normal que las niñas fueran a llevar el almuerzo a los varones de su familia que trabajaban la milpa, pero una vez alcanzada la pubertad, muchas dejaron de hacerlo. También las mujeres casadas podían tener problemas con un marido que no tolerara las burlas de otros hombres pues el hecho de que su mujer le ayudara, aunque fuera en trabajos mínimos, era considerada una acción deshonrosa para él, una muestra de que era *poco hombre*, es decir, incapaz de ser el único proveedor de la familia.

Así las cosas, las creencias en torno a los *malos humores* femeninos se adecuaban y reforzaban una rígida división genérica del trabajo agrícola que venía muy bien a una estructura agraria como la salvadoreña, caracterizada por la concentración de la tierra en unas cuantas manos con una amplia población de campesinado sin tierra, obligado a emplearse como jornalero en las épocas de las cosechas o a migrar hacia otras ciudades (Baumgärtner, 1998).

Pobreza y encierro. La vida diaria de las mujeres de antes

Las mujeres de antes resumen su vida en una sola palabra: pobreza. Todos los elementos antes descritos confluyen para crear un entorno de carencia donde el ingenio se desarrolla para desafiarla. El dinero era un elemento extraño en su vida porque el trueque de productos y servicios era una forma frecuente de intercambio que ayudaba a salir adelante de la pobreza.

“Eramos pobrecitos, con eso le voy a decir todo. Mi mamá, pobrecita ella, alcanzaba a comprarnos el pedacito de reforma, tal vez ya lo ha oído mentar, es una tela que valía 3 pesos la vara. Era una tela rayadita, manta teñida áspera, eso me compraba para hacerme unos

dos vestiditos al año. Como éramos bastantes no alcanzaba para que nos comprara un vestidito, eso pudo ser hasta que ya tenía gracia yo (es decir, cuando era joven). Nos vestíamos remiendo contra remiendo encima, con decirle que nosotros nunca nos pusimos un blumer como de los que se pone ahora uno. Los zapatos me los gané cuando iba a casarme porque antes a lo más mi mamá me podía comprar unas yinitas.

Yo dinero no sabía gastar. Tal vez alguna vez mi mamá nos dio unos centavitos para ir a la misa con alguna vecina... unos 25 centavos para un vaso de fresco y un pedazo de pan. Pero no lo gastábamos porque no hallábamos cómo hacerlo, no sabíamos si nos iban a descambiar eso. Nos regresábamos con ese pisto y nos decían que éramos como enfermitas. Eso pasaba”.

Según dicen la mitad de las mujeres, el poco dinero que había en la familia era administrado por ambos miembros de la pareja. Sin embargo, en varias de sus historias se puede observar que aunque ellas administraban el dinero destinado para los gastos de la casa, no siempre tenían acceso al que los hombres podían recibir por la venta de algunos animales. Por otra parte, ellas hacían cualquier otro tipo de trabajo que les permitiera afrontar algún otro gasto, como la ropa de los hijos o sus útiles escolares, ya que muchas veces sus maridos no estaban dispuestos a aportar recursos para esas actividades.

“Dinero para ellas” era un concepto extraño pues sus necesidades eran las últimas en la familia. Sus maridos, en cambio, solían guardarse un poco para acceder a algún producto extra, generalmente alcohol o tabaco. Sin embargo, esta distribución del dinero no parece ser problema para ninguna mujer, salvo en aquellos casos en que el consumo de alcohol se convierte en un problema serio.

Tan ajeno como el dinero propio estaba para las mujeres el espacio público, por ejemplo, las festividades o la organización comunitaria, ámbitos inaccesibles para ellas que no tienen el recuerdo de ninguna figura

femenina actuando en estos terrenos. Tampoco recuerdan otra actividad fuera de casa que no estuviera ligada con la Iglesia. Las fiestas eran los acontecimientos sociales más esperados aunque escasos y, como se realizaban al amparo de la Iglesia, las mujeres recuerdan que eran actividades donde no había bailes o diversiones para las jóvenes.

Esas actividades, que sí ven actualmente como accesibles para las mujeres, son consideradas un signo de los nuevos tiempos, producto de las libertades a las que ahora tienen acceso las mujeres y muestra de uno de los cambios más importantes en sus vidas, en comparación con las de las mujeres de antes.

"Mire, a nosotros no nos dejaban muchas libertades ni que anduviéramos fuera, nosotros hemos sido obedientes a lo que los papades nos decían. Lo que nosotros teníamos que hacer era el trabajo de la casa, salir a vender alguna cosita, hacer algún viajecito para traer leña o agua y eso nada más. A veces salía donde mi madrina de bautizo que me buscaba para que le fuera a almuerciar para los piones, eso sí lo hacía, pero nada más. Yo me recuerdo que mi mamá decía que la hembra no era para andar por las calles sino que era para hacer el trabajo de la casa".

Las gestiones referidas a alguna necesidad de la comunidad eran tareas de las que se encargaban los hombres, aunque tampoco la de ellos era una gran actividad pues el control político en el campo era grande para evitar los *actos subversivos*, que podía ser cualquier actividad que no le gustara a las autoridades locales. La organización campesina independiente y que respondiera realmente a los intereses de la población pobre del campo, no contaba con las mejores condiciones para emerger y desarrollarse.

En los años 60 había nacido la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) que funcionaba como una pequeña *gestapo* en cada pueblo (Armstrong y Rubin, 1993). Su propósito era "(integrar) la población campesina a la política nacional; (organizar) al campesinado, a fin de

adoctrinarlo para llevar a cabo una campaña ideológica a favor de la democracia representativa y el mundo libre, en contraposición con el mundo comunista dictatorial” (Armstrong y Rubin, 1993 p. 79).

ORDEN utilizó los métodos de relación propios de la cultura campesina para, otorgando favores y distribuyendo dádivas, atraer a quienes se constituían en guardianes del orden público jugando un papel de desaliento a la organización autónoma, misma que, a pesar de las amenazas y el control, surgiría con fuerza en la década de los 70.

El autoritarismo existente en el campo era parte de un sistema político caracterizado por un fuerte protagonismo de las Fuerzas Armadas y la ausencia de mecanismos e instituciones propias del Estado de Derecho. Un Estado que no respetaba la voluntad popular expresada en las urnas, que respondía con represión a cualquier inquietud social y para el que las mujeres eran ciudadanas de categoría inferior. Aunque el derecho femenino al voto fue reconocido en 1950, la Constitución limitaba la capacidad de las mujeres para ser electas Presidentas de la República o diputadas, restricción que fue levantada en 1962 (García y Gomáriz, 1989).

Así es como para las mujeres de antes, el espacio público se convierte en un lugar ajeno, desconocido y que las intimida. Ellas estaban firmemente convencidas de que su lugar en este mundo se circunscribía a las paredes de su hogar y a los escenarios donde se realizaban las tareas propias del cuidado y la formación de las buenas mujeres de las siguientes generaciones.

Aprendiendo a ser buenas mujeres

Para tener un parámetro de comparación de los cambios ocurridos en la vida de las mujeres y la manera como ellas los valoran, se indagaron las definiciones alrededor de lo que significa ser mujer y los que se consideran comportamientos adecuados de una *buena mujer*. En las entrevistas individuales, las mujeres tuvieron problemas para definir el comportamiento de una *buena mujer* (35% no respondieron a la pregunta y 43% describieron de manera general algunas conductas). En las entrevistas colectivas, sin embargo, se expresaron ampliamente sobre el tema de lo que deducimos que, siendo sus valoraciones el resultado de un aprendizaje individual de valores y normas sociales y culturales, éstas permanecen tan interiorizadas que sólo es posible vislumbrarlas cuando se analizan de manera colectiva.

Llama la atención que en todos los casos, las definiciones sobre lo que es una *buena mujer* hicieran referencia a lo que los hombres dicen al respecto; cuando se les pidió que dieran su propia valoración, tuvieron serias dificultades para elaborar y formular sus ideas. No eran capaces de percibirse a sí mismas y de tener una opinión sobre su valoración y reconocimiento sociales. Presentamos a continuación algunas de las respuestas obtenidas en las entrevistas colectivas:

- *“Una buena mujer, digo yo, es tenerle su comidita al hombre y tener la ropa bien aseada y también respetarlo a él”.*
- *“Es la que tiene el valor a expresarse y decirle al hombre lo que no le gusta”.*
- *“Dicen que una buena mujer es la mujer que se casa virgen y que obedece todo al hombre y que tiene los hijos que Dios le da. Tiene que aguantar todo lo que el hombre hace y es una mujer sumisa, una mujer que tiene que estar siempre bajo el mando del hombre”.*
- *“Que ella esté sólo en la casa, dedicada a él y a los hijos, que no tenga libertad de salir a ninguna parte, que ellos la tengan dominada a hacer lo que ellos dicen”.*

- “Una buena mujer se conoce porque es trabajadora, saber ser ejemplar para sus hijos y para su comunidad”.

En los tiempos de antes, trabajar y “rebuscarse” la subsistencia se consideraba un valor central de las mujeres, un *elemento fuerte en la identidad femenina*. Entendemos la identidad como un sistema de relaciones y representaciones, un proceso dinámico que se construye en el marco de las relaciones entre individuos y grupos sociales. Este proceso, activo y complejo, no es ajeno al contexto histórico y se caracteriza por tener presente elementos conflictivos, de variabilidad, reacomodo, en fin, una considerable plasticidad junto con ciertos elementos estables. Colectivamente, las identidades son “recursos para la articulación de proyectos o adscripciones culturales imaginarias que cobran vida en la conciencia social” (Bello, 1999).

La conciencia colectiva de lo que significa ser mujer es bastante homogénea entre las mujeres campesinas de antes. Las resistencias, cuando se llegaban a expresar, tenían poca cabida en su entorno o no dejaban de ser meras explosiones individuales fácilmente controlables. Algunas de las mujeres más rebeldes acababan migrando a las ciudades, donde la supervisión sobre el cumplimiento de los roles atribuidos a la *buena mujer* era menos estricta. De esa manera, la homogeneidad del “deber ser femenino” se mantenía con bastante fuerza.

Las mujeres escuchaban desde su infancia la importancia de ser responsables, sin embargo, no se les proporcionaban las habilidades necesarias para hacer frente a la situación de quedarse solas con sus criaturas, con lo cual esa responsabilidad exigía un sobreesfuerzo de su parte que, habitualmente, iba acompañado de una menor presión hacia los hombres si éstos no cumplían sus responsabilidades como proveedores. Una *buena mujer* era también aquella que era capaz de ser el ejemplo de la comunidad, sacando adelante a sus hijos sin ayuda y sin caer en *vicios*.

La decencia y la obediencia al hombre son los otros valores fundamentales de la identidad femenina. Son consideradas *buenas mujeres* aquellas que no dan motivos para el enojo de su hombre y tienen paciencia para cambiarlo en aquellas creencias o comportamientos más inaceptables. La decencia también se refiere a los comportamientos recatados en el hablar, vestir y relacionarse con la gente.

La obediencia es un tema recurrente en las historias de las mujeres. Ese era el valor central que las madres se preocupaban por inculcar en sus hijas. Obediencia a las personas mayores y, sobre todo, obediencia a los hombres y represión de su sentimiento de rebeldía ante situaciones injustas.

"Mi abuelita me decía que yo le gustaba porque era bien obediente, le hacía caso en todo lo que ella decía. Me enseñaba que tenía que respetar, que tenía que ser ordenada, que no fuera andar hablando malas palabras, que uno tenía que ser educado. Cuando usted llegue donde su madrina, me decía, la va a saludar y se va ir a sentar allá por la cocina, y cuando su madrina le hable, usted le va a decir: '¿Qué manda madrina?', y va ir a ver para qué es lo que la quiere su madrina. Esas eran las cosas que a mí me decían, porque aunque sea campesino uno, tiene que tener un poquito de educación".

La obediencia, por supuesto, se enseñaba para ejercerla ante el marido, ya que era el destino de todas las mujeres acompañarse tarde o temprano. Ninguna mujer refiere haber sido educada en un modelo alternativo a ese destino y, de hecho, todas han tenido parejas, estables o no, consagradas por la ley, la Iglesia o simplemente por el consentimiento mutuo. Ser mujer es tener una pareja heterosexual. La paradoja en este tema es que, a pesar de que las personas adultas preparaban a las jóvenes para unir su destino con un hombre, la mayoría de las mujeres recuerdan que en sus casas los novios estaban prohibidos y pocas madres hablaban claramente sobre este tema y cuando lo hacían, era para alertar sobre los peligros que la relación con un varón podía entrañar.

Por supuesto, esa prohibición era apenas una manera de asentar la autoridad de la familia de origen y probar la obediencia de las hijas. Era una forma de relación más que un mandato a acatar pues más de la mitad de las mujeres dicen que, a pesar del rechazo al novio elegido, las mujeres se iban con él. La función de la prohibición reforzaba el comportamiento recatado de una buena mujer: si ella no daba "libertades" a los hombres en su trato con ello, sería merecedora de mejores "partidos".

"Cuando ya empecé a trabajar, mi mamá me dio a saber muchas cosas. Me dijo que lo primero que tenía que hacer era cuidarme, 'tenés que cuidarte a no andarle haciendo caso a los varones, que por donde andes van a querer abusar de vos'. Los consejos que ella me daba era que una hembra bien cuidada y respetada donde quiera tiene una dicha feliz y una presentación, un carácter que nadie se va a burlar de ella. Entonces yo hacía lo que ella decía".

No por menos esperado, era fácil el tránsito de la soltería a la vida en pareja. Por regla general, las mujeres abandonaban la casa de su familia de origen para ir a vivir en el hogar del marido. En la vida de pareja de Esperanza, por ejemplo, todo se hizo *como Dios manda* y a eso atribuye ella que hasta la fecha siga conviviendo con *su viejito*. No así otras mujeres que achacan su infelicidad o su fracaso matrimonial a la falta de consejos y buena orientación en su juventud.

"Cuando yo tenía 20 años nos conocimos con mi esposo. Habíamos ido a misa y ahí él buscó la manera de acercarse a mí y como a los tres meses de andarme detrás, lo atencioné yo y quise platicar con él.

El me decía que me fuera con él así nomás pero yo no quería darle ese sentimiento a mi mamá y le decía las ideas que se me ocurrían de que cuando un hombre quiere a una muchacha se acerca a los papades y no sólo la vigeya en el monte. 'Si usted se acerca a mi papá y a mi mamá le puedo aceptar que sea novio', le dije, porque yo me estaba ganando mi gran maltratada si hablaba así con él. Y

así fue, habló con mi papá que quería casarse conmigo y que no lo hacía por burlarse ni tampoco por dejarme botada.

Mi mamá le dijo que el varón que quería una hembra le tenía que dejar siquiera un año de espacio para que lo pensara y se conocieran bien, no fuera a ser que con sólo tres meses de conocerse y sólo porque el varón quería hacer el amor con uno, se tirara así de un solo, que había que comprender la situación que podía ocurrir más después por no dar espacio.

Así fue como al año nos casamos. El día que salí de la casa me dio 15 días más para que me quedara con mis papades porque mi mamá se puso bien triste y lloraba porque se le iba la hija que más le ayudaba. Yo le dije que no se preocupara porque yo toditos los días le iba a ir a ayudar y sólo que anduviera muy atrasada no iba a ir. Yo me fui con él pensando que mi mamá se había quedado triste.

Cuando llegué a la casa de él, la suegra me recibió bien y me dijo que si quería hacer la comida aparte que ya tenía él todos los trastes comprados”.

Las muchachas sabían que tarde o temprano iban a ser madres, aunque desconocían completamente el proceso físico que permitía cumplir tal función. Las pocas mujeres que supieron algo sobre el tema se enteraron por mediación de las amigas y hermanas mayores. Escasas son las experiencias en que la madre informaba de los cambios del cuerpo y lo más común era que las chicas se llevaran un gran susto con su primera menstruación. Aunque sin saber a ciencia cierta qué estaba pasando en su cuerpo, sí eran conscientes de que eso les estaba abriendo un nuevo lugar en el mundo y que se terminaban muchas de las actividades que antes les estaban permitidas. La vigilancia sobre su comportamiento se haría mucho más estricta y los juegos con los varones se habían terminado.

Ser mujer era un destino manifiesto cargado de una simbología desconocida.

La adolescencia llegaba pronto, a los 12 o 13 años, una vez que hubieran desarrollado, entonces empezaba el tiempo de la conquista. Pero la relación no era un asunto que incumbía solamente al chico y la chica, los progenitores de ella tenían que dar su consentimiento pues se trataba de entregarla a un hombre responsable.

“El muchacho llegaba donde la muchacha con un tercio de leña, si la muchacha quemaba aquel tercio de leña es que lo quería y si no lo quemaba, ahí echaba de ver el hombre que no lo quería. Se iba el hombre porque ¿para qué iba a llegar si no lo quería? Si lo quemaba seguía el casamiento. Otras nada más se iban”.

La sexualidad era un tema ignorado, no se hablaba de ello ni siquiera con las personas más cercanas. Aún ahora las mujeres mayores no se animan a tocar esos temas porque es muy profunda su convicción de que se trata de algo pecaminoso. Es frecuente encontrar en ellas alusiones a la brujería, a lo oculto, a un destino incomprensible que les hace tener sentimientos que no pueden nombrar ni explicarse. La sexualidad es una fuerza mágica que las absorbe y de la que los hombres son responsables. Ellas son presas de un destino caprichoso y sus deseos no tienen cabida en la marcha del mismo.

“A mí me curó él para estar haciendo cosas conmigo. Y yo no me hallaba en valor de dejarlo. El me había curado, por eso yo con los vergazos, toda morada, que me ahogaba en mi propia sangre, y siempre con amor para él, aguantándolo aunque me ponía mujeres como que era almuerzo. Ese hombre jugó conmigo desde que yo era cipota. Dicen que desde entonces dijo que yo iba a ser su señora. Le voy a contar como me engañó para robarme. Un día una prima llegó a decirle a mi mamá que me dejara ir a ayudarle con la comida porque había una misa con mucha gente. Yo no quería ir porque ahí siempre había bolos pero mi mamá va de aconsejarme que fuera y me fui con esa señora. Estaba yo haciendo la masa cuando él llegó y dijo que desde ese día era su novia y nos íbamos a casar.

Yo tenía miedo y lloraba, no sabía para qué me había mandado mi mamá y la prima esa entreteniéndome mientras todos esos hombres se ponían bolos y estaban ahí con sus grandes corvos. Cuando pude agarré mi toallita y pegué carrera pero salió el gran gentío a buscarme. Yo me agazapé en un matocho de achote y pasaron sin verme. Cuando salgo voy a toparme con él y como era un gran hombre y yo bicha, no me escapé. Así que no fue gusto mío, yo no lo quería al principio pero luego no se qué me hizo ese hombre que yo no podía dejarlo”.

María piensa que la mala suerte y la terquedad del marido son la causa de su infortunio. Ella no se ve a sí misma con capacidad para alterar el rumbo de una vida de pareja que no eligió. Y es que ella ni siquiera tuvo la ventaja de otras mujeres de escoger al que iba a ser su marido —la única capacidad que les quedaba a las muchachas. Ya que no podían elegir si emparejarse o no porque su destino de mujer era ser esposas y madres, por lo menos algunas tenían la oportunidad de escoger entre los pretendientes el que más les gustara o el que fuera adecuado según los criterios de padres y madres.

La sexualidad estaba justificada en nombre de la maternidad. Los hijos e hijas que empezaban a venir desde los primeros tiempos de la relación y que no cesaban de llegar, eran la justificación del emparejamiento. Ningún tipo de control o autonomía en la decisión sobre su cuerpo era imaginable para las mujeres. Su capacidad procreativa estaba en manos de los hombres, ellas no tenían posibilidad de controlarla porque eso les abría la posibilidad, según la imaginación masculina, de ejercer la sexualidad con otros que no fueran los maridos.

“Decían que si uno estaba planificando era porque tal vez quería meterse con otro y estar con el que quisiera. En el hospital los doctores me decían que era tonta por no planificar, porque veían la gran pobreza en que yo tenía a los hijos. Pero él decía que no, que la gran vergueada me iba a dar si yo hacía eso”.

Así entonces ser mujer significaba ser madre y ser una *buena mujer*, no tener control sobre la propia vida y vivirla en función de los hijos e hijas, haciendo lo inimaginable para salir adelante con ellos en medio de la pobreza. Todo ello lo aprendían las mujeres de antes día a día, con los ejemplos de sus propias madres, sus abuelas y todas aquellas con las que compartían el encierro.

“Las mujeres de antes éramos piedras de hornilla”

Pero si bien las mujeres de antes no tenían libertad y, al decir de María Eugenia, eran como piedras de hornilla “*porque sólo en la cocina nos mantenían*”, lo cierto es que también identifican que los hombres de antes eran más responsables que los de ahora. A pesar de que pudieran darles mala vida e incluso golpearlas, el abandono era menos frecuente (recordemos que apenas un 10% de las mujeres vivieron en hogares monoparentales, y la mayoría lo eran debido a la muerte de uno de los cónyuges). Hoy, ellas notan cómo los jóvenes andan dejando *bichas preñadas* sin hacerse cargo de la mujer ni de la criatura y recuerdan con nostalgia que esa conducta era extraña, aunque no imposible, entre los hombres de antes.

Sin embargo, cuando las mujeres tratan de dar una explicación a ese fenómeno, ubican la responsabilidad del abandono en las mujeres de hoy que, con sus conocimientos de derechos y sus libertades, han fomentado la irresponsabilidad masculina. A su juicio, mientras ellas supieron darse a respetar manteniendo su lugar en la casa, los hombres tuvieron que enfrentar sus responsabilidades.

Junto con el reconocimiento de que las mujeres de ahora ya no pasan la vida encerradas, las mujeres de antes se sienten molestas por el cambio de costumbres que, por supuesto, consideraban mejores en su época.

“Dios guarde que antes las muchachas se cortaran el pelo, toda la gente las criticaba y hasta el padre había dicho en una misa que la

que se cortaba el pelo se condenaba. Y de vestirse con pantalón o cortito... ¡Ay Dios! Eso no se veía antes, todas las muchachas eran decentes, no como ahora que andan enseñando todo. Los papades se ponían serios y no les permitían esas cosas”.

Aunque ninguna mujer de antes conocía las leyes que regían su vida en esos años, no se hubieran sorprendido al saber que las desigualdades genéricas tan gráficamente narradas se plasmaban en una legislación que, en muchos aspectos relacionados con la familia, databa del Siglo XIX.

El Código Civil vigente en los años previos a la guerra era de 1859 y en él se garantizaba el predominio masculino en todos los aspectos. Por ejemplo, el adulterio era una causal de divorcio pero mientras que en el caso de las mujeres bastaba que la relación ilícita se diera, los hombres tenían que verse envueltos, además, en un escándalo público para que su adulterio fuera reconocido como un motivo de separación legal (García, y Gomáriz, 1989).

En caso de sufrir violencia, las mujeres se encontraban en una total indefensión legal. Se castigaban con más rigor los golpes que un hombre pudiera propinar a una persona desconocida que los que descargaba sobre su esposa, con lo cual se justificaba esta última como una forma más de la relación entre los cónyuges, sin que causara una especial alarma social. Por otra parte, el hombre que fuera condenado por el delito de violación, tenía atenuantes si se presuponía que la mujer agredida no era del todo “honesta” e incluso podía gozar del perdón de la víctima y quedar libre. Sin embargo, las mujeres que fingían un embarazo o un parto y acusaban falsamente a un hombre de ser responsable del mismo, tenían condenas mayores (García y Gomáriz, 1989).

En resumen, la legislación expresaba las relaciones discriminatorias entre hombres y mujeres, en beneficio de los primeros. La estricta tradición de mantener a las mujeres en casa, a riesgo de ser víctima de todo tipo de abusos masculinos si salía a la calle, también encontraba reflejo en las

leyes. Con ese panorama, es posible entender que las mujeres prefirieran la relativa seguridad de su hogar y se convirtieran en férreas defensoras del aislamiento femenino.

Los acontecimientos que se desencadenarían más tarde (la organización campesina impulsada por la iglesia popular y las organizaciones de izquierda, la cruenta represión que obligó a huir a miles de personas y que arrasó comunidades campesinas enteras) son contemplados por muchas mujeres como la causa que las obligó a romper el aislamiento y las arrojó a formas de vida de las que desconocían su funcionamiento y a las que, sin embargo, se vieron obligadas a adaptarse.



Capítulo III

De Aisladas a Organizadas

"A veces prestábamos la casa para que los muchachos hicieran sus reuniones o nos dejaban cosas para que se las cuidáramos. Entonces llegaban los soldados y hacían reguero de cosas, nos deshacían la casa porque decían que ahí teníamos las armas. Comenzó la represión a tal grado que los cipotes se empezaron a ir al monte porque no se podía dormir en las casas ni dar posada a nadie. Yo bien raro sentía, no era temor de que me fuera a pasar algo, sentía más que todo que los hijos andaban regados, que no estábamos juntos y que uno no sabía de nadie. Yo sólo la pasaba pensando cómo estarían, que tal vez estaban pasando hambre y andaban mojados, entre gente extraña".

¿Cómo fue que mujeres como Milagros, pasaron del encierro y la vida dedicada al hogar a asumir riesgos, ir a reuniones, guardar armas en su casa, en resumen, a estar organizadas? Las condiciones de miseria y penuria económica que parecían no tener salida eran un aliciente para responder a quienes difundían mensajes de esperanza y de cambio y proponían la organización como único camino para evitar que las criaturas murieran de hambre.

La Teología de la Liberación sacude las paredes del hogar

La influencia más poderosa que animaría a las mujeres a salir del encierro vendría precisamente del único sitio público adonde acudían regularmente: la iglesia. *"Las esclavizadas mayorías de nuestras gentes, aquellas que vemos en el lado de nuestro camino, viven en un sistema feudal de hace seis siglos. No les pertenecen ni sus tierras, ni sus propias vidas. Tienen que subir a los árboles y ni siquiera los árboles les pertenecen... Yo me temo que si Jesús entrara por las fronteras, allá por Chalatenango, no lo dejarían pasar. Al Hombre-Dios, al prototipo de hombre, lo acusarían de revoltoso, de judío extranjero, de enredador con ideas exóticas y extrañas... Sin duda, hermanos, que lo volverían a crucificar".* Estas palabras del discurso más famoso del padre Rutilio Grande (Armstrong y Rubin, 1993), asesinado en 1977, empezaron a escucharse en bocas de sacerdotes,

largas como las de los hombres y en los primeros niveles eran exclusivas para ellas. Los talleres eran mixtos cuando ya había un avance en la formación, así se trataba de evitar malos pensamientos y habladurías (Máquez, 1999).

“Le voy a decir que la idea de organizarse no fue idea mía, porque yo sentía eso un poco raro. Por parte de la religión católica mandaban a catequistas a prepararse y ya venían ellos con su política, entonces era así que iban formando los grupos de personas, lo invitaban a uno para que fuera a las charlas y ahí comenzaban a explicar; como le digo yo no creía que le podían ganar al gobierno, al ejército, porque casi no tenían armas. No es que yo estuviera del todo convencida pero sí me ponía de acuerdo en ayudarles. Me asignaron pasar un cursillo de primeros auxilios pero ahí sí no pude hacer nada porque estaba embarazada, pero la tortilla sí se las daba cuando pasaban pidiéndola”, recuerda Margarita, quien ahora confirma la certeza de su intuición de que los muchachos no iban a poder ganarle al gobierno.

La guerrilla llega al campo

Esos *muchachos* que recorrían las zonas rurales promoviendo la organización formaban parte de la generación que, convencida de la necesidad de una revolución, se sumaban a las nacientes y clandestinas filas de las organizaciones guerrilleras y juraban dar su vida hasta vencer al enemigo. Las décadas de los 60 y 70 fueron también los años en que se veía triunfar la revolución cubana y la figura mítica del Ché Guevara con su mochila al hombro y perdiéndose por los caminos latinoamericanos, encendía los jóvenes corazones que querían imitar su ejemplo. La pobreza, la exclusión política de que eran objeto y la represión que recibían como única respuesta a sus reclamos, dieron origen a un amplio y combativo movimiento revolucionario.

Las organizaciones populares salvadoreñas crecieron en un contexto regional de gran agitación social y en un marco internacional signado por

la guerra fría y las políticas intervencionistas de Estados Unidos, que trataba de evitar que creciera la amenaza comunista en América Latina. En la década de los 60 se habían creado el Mercado Centroamericano, el Consejo de Defensa Centroamericano y la Alianza para el Progreso, instancias apoyadas por el gobierno estadounidense para incentivar el desarrollo económico y contrarrestar las movilizaciones populares. La inestabilidad política de la región se vio reforzada por el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua y los movimientos guerrilleros en Guatemala y El Salvador. Desde ese momento, las migraciones de la población dejaron de tener razones económicas exclusivamente y se convirtieron en un fenómeno de carácter político.

Los años 70 vieron surgir en El Salvador un sinnúmero de organizaciones campesinas, sindicales, estudiantiles, barriales, de los y las cristianas comprometidas, etc. Todas ellas eran animadas por las diferentes organizaciones político-militares que intentaban ganar a la población a sus propuestas de cambio social, partiendo de los intereses de cada sector. Más adelante surgieron coordinadoras de organismos populares que aglutinaban las fuerzas acumuladas por cada una de las estructuras partidarias existentes. Un enredado mapa de siglas y nombres iba agrupando el creciente descontento popular, que se agrandaba cada día más a medida que la represión se endurecía y obligaba a cientos de personas a organizarse como única opción para salvar su vida.

“Yo me organicé, cuenta Silvia, por la necesidad que había, porque estábamos en las casas y comenzó la represión a tal grado que no se podía ni dormir porque llegaba la guardia. Nosotros, al ver que no había respeto para la gente civil nos organizamos, porque de todos modos estuviera o no organizada la gente, a todos nos trataban de guerrilleros y todos corríamos peligro, eso daba mas ánimo para organizarse”.

Las organizaciones guerrilleras se nutrieron de esa rabia e impotencia y fueron estructurándose en cinco importantes fuerzas revolucionarias que, de acuerdo con las características políticas de la izquierda latinoamericana

de aquellos años, padecían los vicios del sectarismo, el vanguardismo y la urgencia por quemar etapas, en su creencia de que el triunfo por la vía de la lucha armada estaba a la vuelta de unos cuantos meses, dependiendo únicamente del arrojo guerrillero y el apoyo de la población. Estas organizaciones, en el intento de sumar fuerzas para alcanzar el triunfo final, se unirían en 1980 en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

Cuadro No. 2: ORGANIZACIONES QUE FORMARON EL FMLN Y FRENTE DE MASAS QUE IMPULSARON

Año	Nombre	Siglas	Frente de masas impulsado
1970	Fuerzas Populares de Liberación	FPL	Bloque Popular Revolucionario (BPR) creado en 1975
1972	Ejército Revolucionario del Pueblo	ERP	Ligas Populares 28 de febrero (LP-28) creado en 1977
1975	Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional	FARN o RN	Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) creado en 1974
1975	Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos	PRTC	Movimiento de Liberación Popular (MLP) creado en 1979
1980	Fuerzas Armadas de Liberación – Partido Comunista Salvadoreño	FAL- PCS	Unión Democrática Nacionalista (UDN). Más que un frente, era un partido para la participación electoral

Fuente: Luis Armando González (1997), "1970-1992: dos décadas de violencia sociopolítica en El Salvador". ECA No. 588, UCA, San Salvador.

Pocas organizaciones formadas por mujeres tuvieron relevancia en este intenso proceso de organización y ninguna de ellas surgió en el campo. La población femenina era vista como parte del "pueblo" y, por tanto, sufriendo las mismas condiciones de miseria que sus congéneres masculinos. Las mujeres campesinas quedaban invisibilizadas como grupo social con intereses propios; sin embargo, eran parte fundamental de la

estrategia político-militar en el campo ya que los jóvenes guerrilleros necesitaban ser alimentados, protegidos, informados del movimiento de las tropas enemigas, en resumen, cuidados para que su organización e influencia pudieran crecer.

Precisamente esas funciones eran las que durante años habían cumplido las mujeres. ¿Cómo se iban a negar a darle una tortilla a un joven flaco y harapiento que bien podía ser su hijo? ¿Cómo iban a negarse a ir a reuniones a las que iban sus maridos, sus hermanos y en donde hablaba un muchacho al que ellas conocían desde que era niño? ¿Cómo podían dejar de ser madres protectoras cuando eso era lo que habían hecho toda su vida? ¿A quién se le ocurría que ellas pudieran tener otros deseos ajenos al cuidado, cuando nunca habían aprendido a pensar en ellas?

No podían dejar de ser cuidadoras, iba contra la naturaleza de su función y el legado de obediencia de siglos que habían de cumplir, aunque no entendieran del todo la causa que guiaba a los muchachos o no estuvieran convencidas completamente de los argumentos que escuchaban. Tenían que proteger a los hombres que se alzaban, cuidarles como lo habían hecho siempre, sacar de entre las piedras, si era preciso, el alimento que les darían, convertirse en las montañas que toda guerrilla necesita para sobrevivir. Ellas fueron las mujeres-montaña de la revolución salvadoreña (Vázquez, et al, 1996).

Si bien el porcentaje de mujeres que se integraron a las filas de la guerrilla fue alto en comparación con otros movimientos armados (alrededor del 30%), fue en el apoyo logístico a las organizaciones del FMLN donde la presencia femenina resultó decisiva, ya que representaban el 60% de quienes colaboraron regularmente en las tareas de abastecimiento e información (García y Gomáriz, 1989).

Sin embargo, y a pesar de desarrollar las mismas tareas que habían realizado en su casa toda su vida, la efervescencia organizativa propició una nueva realidad que rompía el aislamiento y la clausura de las mujeres. Se hacían reuniones, se establecían relaciones entre personas que no

se conocían -a pesar de vivir a unos cuantos metros de distancia-, se hablaban de temas que resultaban cercanos, se veían llegar con los muchachos a algunas chicas que parecían andar solas, sin el resguardo de sus padres y ellas también eran capaces de dirigirse a un público en una reunión y de explicar la situación que vivían. Algo estaba cambiando...

El terror obliga a guíndear, desplazarse, refugiarse

Al mismo tiempo que se rompía el aislamiento de las mujeres y de la población campesina en general, aumentaba la escalada de represión y el surgimiento de grupos paramilitares que sembraban el terror en la zona rural. Las incursiones por caseríos y cantones en busca de los "subversivos" aterrorizaba a la población que, por el hecho de vivir en determinada zona o por participar en grupos de reflexión bíblica, era susceptible de ser asesinada. Los hombres, particularmente los jóvenes, iban a ser los blancos iniciales de la represión aunque más adelante ésta adquirió un carácter indiscriminado, dirigiéndose con igual saña contra las mujeres de todas las edades.

Para 1976 ya había zonas despobladas en el campo debido a la represión. Los habitantes de esas comunidades se vieron obligados a emigrar hacia otras regiones dentro del país, convirtiéndose en un contingente de desplazados y desplazadas internas que trataban de salvar su vida yéndose a vivir con algunos parientes a regiones menos conflictivas del país, o que se cobijarían en los refugios que la Iglesia abrió en la ciudad de San Salvador y sus alrededores. Otras familias no se resignaron a dejar su lugar de origen y aprendieron a guíndear: cargando con lo indispensable a cuestas, caminaban buscando escapar del ejército o los escuadrones de la muerte, y cuando disminuía la intensidad de la represión en sus comunidades volvían a sus casas a comprobar los destrozos, a rescatar lo que no hubiera sido saqueado o destruido, para volver a huir cuando arreciaba de nuevo la persecución. Hubo quienes optaron por el refugio y con apoyo guerrillero cruzaron la frontera con Honduras dejando atrás todas sus pertenencias y sin saber cuándo volverían.

La población desplazada

Desplazados. El nuevo término se empezó a escuchar en El Salvador para designar a aquellas personas que salían de su lugar de residencia como consecuencia de la violencia y el terror, para asentarse en otros lugares del territorio nacional (Montes, 1986). La realidad de la población desplazada era diversa y para mostrar algunas de las múltiples formas que tomó esta manera de enfrentar la guerra, retomamos la caracterización de Montes (1986) en su trabajo sobre esta temática.

Cuadro No. 3: CARACTERISTICAS DEL DESPLAZAMIENTO

Población desplazada	
Concentrada	Dispersa
<ul style="list-style-type: none"> • Ubicada en lugares restringidos • Bajo la ayuda, organización y protección de alguna institución 	<ul style="list-style-type: none"> • Ubicada en espacios abiertos • Puede o no recibir ayuda institucional. Cuando lo hacen es menos regular
<ul style="list-style-type: none"> • Asentada en lugares cerrados y protegidos por la Iglesia • Asentada en lugar restringido y patrocinada por el gobierno o instituciones de ayuda • Reubicada en colonias o asentamientos erigidos para ella 	<ul style="list-style-type: none"> • Con algún tipo de protección o ayuda gubernamental • Que vive en lugares construidos provisionalmente y reciben alimentos o ropa de alguna Iglesia • Que vive en colonias marginales con algún tipo de ayuda • Que vive con familiares o amistades y reciben ayuda esporádica

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Segundo Montes (1986), "Desplazados y refugiados salvadoreños". San Salvador.

El desplazamiento fue un fenómeno masivo. En 1984, alrededor de medio millón de personas se habían desplazado de su lugar de origen (Montes, 1986). En San Salvador, la Iglesia Católica estableció los primeros centros de acogida o refugios internos en 1980 (San José de la Montaña, La Basílica, Domus Mariare y San Roque) y abrió uno más en 1986 (Calle

Real). La Iglesia Luterana abrió en 1981 el refugio Fe y Esperanza y otro más fue auspiciado por Médicos del Mundo.

La población desplazada que estuvo concentrada y con el apoyo de alguna institución, tenía mejores condiciones que aquellas personas que estaban dispersas y para quienes la satisfacción de sus necesidades básicas dependía de la buena voluntad y escasos recursos de familiares tan pobres como ellas. En los refugios de la capital había, por lo menos, un techo y comida asegurada, e incluso más adelante la posibilidad de capacitación en algún oficio.

"Se pensaba que aquello (el desplazamiento) iba a ser un fenómeno muy transitorio, de muy corto tiempo. Al inicio estábamos con una mentalidad de emergencia. Cuando la ofensiva (la primera acción del FMLN que pretendía el triunfo militar y fue desarrollada en enero de 1980) buscamos donde tener medicina, alimentos. Ya en el 82 comenzamos a caer en la cuenta de que la guerra iba a durar mucho tiempo y eso era un desafío porque pensábamos en estructuras de largo plazo pero el tipo de asistencia que dábamos era de corto tiempo, entonces había como una contradicción. Buscamos soluciones intermedias porque la gente no podía volver todavía a sus lugares y pensamos que tal vez podían irse capacitando en algo, aprender algunos oficios como mecánica, carpintería, zapatería, cultivos agrícolas. También de ahí salieron promotores de salud, de educación. El único problema era que la estancia prolongada en el refugio y el no contar con mercado donde poder ellos vender lo que hacían, hacía bien difícil superar el asistencialismo porque la gente sabía que vendieran o no su producto, la comida la tenían segura. Pero sí fue una buena escuela tratar de trabajar con cierta visión de futuro en esas circunstancias" (Octavio Cruz, sacerdote de la Iglesia Católica. Entrevista ad hoc, agosto de 1998).

La población en guinda en las zonas bajo control guerrillero

Otra parte de la población se mantuvo sin desplazarse del todo de los lugares donde vivían, huyendo cuando era necesario para volver días o semanas después. En la estrategia guerrillera era fundamental contar con población que diera apoyo a los combatientes; éstos, a su vez, la protegían de las incursiones del ejército.

“La estrategia de las FPL era organizar el poder popular con la población civil, que era fundamentalmente de niños y mujeres adultas porque las compañeras que tenían una edad de combatientes engrosaban las unidades guerrilleras. Entonces la población con la que se estructuró el poder popular, que se llamaron los poderes populares locales, comenzó a desarrollar una vida autogestionaria. Entre los años 81 y 83 se mejoraron los niveles organizativos de la gente, en muchos lugares de Chalatenango se organizaron elecciones. Las tareas fundamentales eran la producción y la autodefensa, también se comenzó la alfabetización y algunas capacitaciones en tareas artesanales para los jóvenes. A finales del 83 hubo una asamblea regional de poderes locales de todo Chalatenango, llegaron de todo el Departamento y se constituyó como un poder regional. A estas zonas nosotros les llamamos ‘áreas liberadas’ porque habían sido liberadas de la presencia del ejército, pero ya a partir del 84 hay una escalada militar, con una política de tierra arrasada que destruyen todo lo que encontraban a su paso, ya la gente no se podía mover por el territorio, entonces se vio la necesidad de que la población fuera saliendo poco a poco” (Salvador Sánchez Cerén, excomandante del FMLN. Entrevista ad hoc, agosto de 1998).

Las mujeres eran un pilar fundamental de los poderes populares pues eran las encargadas de administrar la vida de la comunidad, en tanto la mayoría de los hombres se incorporaban al ejército guerrillero. Sin embargo, como señaló Nidia Diaz, excomandante del FMLN, *“la huella de las masacres quedaron en las personas y las incipientes guerrillas ya*

no podían pasar el tiempo protegiendo a la población para que ésta se retirara y no fuera atacada por el ejército. En aquellos años no se respetaba a la “masa”, como se le llamaba a la población, y el Derecho Humanitario Internacional no estaba muy sólido. Es hasta 1982 que a la Cruz Roja Internacional se le reconoce su legalidad y ellos empiezan a velar por el respeto al derecho humanitario de la población civil que habitaba las zonas conflictivas. Entonces ya se empiezan a ir a los refugios” (Entrevista ad hoc, agosto 1998).

La alternativa del refugio

La Convención de las Naciones Unidas de 1951 define como refugiado a “toda persona que debido a fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas, se encuentre fuera del país de su nacionalidad y no pueda, o a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país”. Este concepto, sin embargo, no daba cuenta de la magnitud que el fenómeno estaba adquiriendo en América Central, donde cientos de miles de personas de Guatemala, El Salvador y Nicaragua se refugiaban en los países vecinos o en algunos más lejanos que les ofrecían apoyo.

La Declaración de Cartagena sobre los Refugiados, que data de 1984, reconoce como tales a “las personas que han huido de sus países porque su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas por la violencia generalizada, la agresión extranjera, los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos y otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público”. Esta definición sí toma en consideración la huida colectiva practicada por poblaciones que fueron —y siguen siendo— víctimas de la violencia indiscriminada producida por una situación bélica que no respeta su condición de población civil.

Debido a que las personas refugiadas pierden sus derechos de ciudadanía al salir de su país de origen, su situación varía de acuerdo al país de

acogida y al reconocimiento o no de su condición como refugiadas. Se calcula, por ejemplo, que alrededor de medio millón de salvadoreñas y salvadoreños emigraron a los Estados Unidos (Montes, 1986), pero debido a que los sucesivos gobiernos de ese país apoyaban abiertamente al régimen salvadoreño, no reconocieron, salvo en casos excepcionales, el carácter político de esta migración. Esa población, se sumó al contingente centroamericano de migrantes ilegales. Por otra parte, según datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), alrededor de 250 mil personas se refugiaron en México y otros países del área centroamericana, algunas con asistencia y otras sin ella, en tanto cerca de 30 mil llegaron a otros países de América Latina, Europa y Australia. Precisamente este país y Canadá acogieron el porcentaje más grande de esta última cifra.

En el Cuadro 4 se detallan algunas diferencias entre quienes vivieron el refugio.

Cuadro No. 4: CARACTERISTICAS DEL REFUGIO

Población refugiada	
Concentrada	Dispersa
<ul style="list-style-type: none"> • Ubicada en lugares restringidos • Bajo la ayuda, organización y protección de alguna institución 	<ul style="list-style-type: none"> • Ubicada en espacios abiertos • Puede o no recibir ayuda institucional. Cuando lo hacen es menos regular
<ul style="list-style-type: none"> • Reubicada en campos especiales bajo la protección de organismos internacionales y nacionales • Reubicada en espacios abiertos con ayuda inicial de capital o implementos de trabajo 	<ul style="list-style-type: none"> • Reconocida y con un amplio margen de libertad de movimiento • Reconocida y con un amplio reconocimiento de derechos y apoyos Iglesia • Ubicada con familiares, amistades o conciudadanos en el país de acogida con ayudas de diverso tipo y duración • No reconocida y que sobrevive por su propia cuenta

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Segundo Montes (1986), "Desplazados y refugiados salvadoreños", San Salvador.

Con la ofensiva general de enero de 1980, la guerra salvadoreña entra en una nueva fase. El FMLN, tras su derrota militar en esta pretendida toma del poder, se atrincheró en la zona rural auxiliando a la población civil, cuando es posible o acompañándola en su camino hacia los refugios, cuando no hay otra salida factible. Es en este año que se incrementa el éxodo regional que irá diseminando las huellas de la represión por toda la zona centroamericana. Hubo quienes pudieron llegar a países que les dieron un apoyo total, como Nicaragua durante el gobierno sandinista, y quienes se perdieron en el anonimato de las grandes urbes, como en el caso de México.

En el Cuadro 5 se puede observar la distribución numérica de la población refugiada en los países de la región.

Cuadro No. 5: POBLACION REFUGIADA EN PAISES DEL AREA CENTROAMERICANA, MEXICO Y PANAMA (1980-1984)

País	Población refugiada	Asistida por el ACNUR
Honduras	20,000	Toda
Costa Rica	10,000	Toda
Guatemala	70,000	No hay asistencia
Panamá	3,000	Toda
Nicaragua	22,000	Toda
Belize	7,000	2,000
México	120,000	3,600 (en promedio)

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la investigación sobre Desplazados y Refugiados Salvadoreños coordinada por Segundo Montes (1986) y los publicados por el Instituto Interamericano de Derechos Humanos en 1992.

El refugio concentrado y asistido en Honduras

En los primeros años, el éxodo hacia Honduras se realizó de manera descoordinada. La población huía y el ejército guerrillero protegía su retirada, cuando era posible. Antes de que la represión se incrementara

con la táctica de tierra arrasada, el FMLN trataba de proteger a la población para que ésta no se fuera de sus lugares de origen y siguiera apoyándole pero, como señala María Morales, exdirigente guerrillera, *“aunque era importante que la gente estuviera ahí, porque era la principal fuente tanto de información como de alimentación, llegó un momento que era imposible sostener eso y se hacían los traslados al refugio”* (Entrevista ad hoc, agosto de 1998).

Las mujeres que tenían muchas criaturas a su cargo eran las primeras en salir de las zonas de conflicto pues su protección era una tarea difícil. Aunque con el tiempo los niños y niñas aprendieron a hacer frente a los riesgos de las guindas, e incluso se acostumbraron a ellas, en los primeros años su llanto constituía un serio peligro para el conjunto del grupo —lo que ocasionó más de una muerte de menores por asfixia de sus madres, desesperadas por intentar acallar sus llantos—.

Mercedes, madre de catorce hijos e hijas, cuenta cómo fue su huida en el año 80, cuando llegó a los primeros refugios instalados en la zona fronteriza entre El Salvador y Honduras para trasladarse posteriormente al refugio de Mesa Grande.

“Yo quedé perdida, solita, estuve metida en un hoyo que habíamos hecho para protegernos de la aviación. Como a los quince días unos guerrilleros nos encontraron y nos llevaron para otro lugar y ahí fue donde me dijeron que como yo tenía mucho niño chiquito me iban a sacar del frente. Yo siento que tuve mucha suerte porque como quedé perdida cuando me sacaron para el refugio, ya no había operativo y no me tocó vivir lo que vivieron los demás, que se fueron al refugio en medio del operativo con todo el ejército detrás de ellos. Gracias a Dios porque con tanto niño que yo tenía, de seguro ahí hubiera perdido a varios. Los muchachos me encaminaron hasta la orilla del Lempa, ahí me recogieron otros hombres que me cruzaron el río y me fueron a dejar hasta los Hernández donde estaba toda la gente. Ahí estuvimos quince días, luego nos llevaron a La Virtud, y después fuimos a inaugurar Mesa Grande”.

En los primeros tiempos la población se refugiaba en las ciudades fronterizas más cercanas a las zonas de las que huían. Cacahuatal, La Cuesta, Los Monjes, El Carrizal, El Amatillo, Valladolid, Guajiniquil, La Haciendita, Los Hernández, El Limón, Mapulaca, San Marcos, eran los nombres que para la gente significaban seguridad... momentánea. *“El gobierno hondureño, aliado importante de Estados Unidos en su política de control de la zona centroamericana, no acogía de la mejor manera a una población a la que acusaba de asistir y hospedar a la guerrilla salvadoreña y hostigaba frecuentemente en abierta colaboración con el ejército de El Salvador”* (Centro de Documentación de Honduras, 1987).

La población de los Departamentos de Cabañas y Chalatenango abandonó, no sin resistencia, los campamentos de La Virtud y la Guarita para irse a Mesa Grande, uno de los tres campamentos que se instalaron en Honduras en 1981; los otros dos fueron levantados en las zonas de Colomoncagua y San Antonio. La población asistida por el ACNUR en estos tres campos llegó a sumar 20 mil personas, de acuerdo a la distribución anual que puede observarse en el Cuadro 6.

Cuadro No. 6: POBLACION REFUGIADA ASISTIDA POR EL ACNUR (1981-1988)

AÑO	POBLACION
1981	15,250
1982	16,000
1983	18,274
1984	19,523
1985	20,726
1986	20,964
1987	15,048
1988	13,325

Fuente: ACNUR (1989), "Centro América: Refugiados, repatriados y desplazados", Guatemala.

Los tres refugios estaban ubicados entre montañas, rodeados de pinares. En la época seca soportaban oleadas de polvo que se tornaban lodo con las lluvias. Las tierras que les rodeaban eran yermas por lo que poco se podía sembrar en ellas. Mesa Grande se ubicaba a 35 kilómetros de la frontera y llegó a albergar hasta 10 mil personas. San Antonio, era el más pequeño, con un terreno de apenas 4 manzanas. Aunque era el más cercano a la frontera salvadoreña, su ubicación lo hacía más inaccesible de manera que los alimentos y medicinas tenían que ser trasladados por avioneta ocasionando retrasos de consideración. Planeado para 150 personas, llegó a albergar 2 mil. Colomoncagua se instaló a cinco kilómetros de la población hondureña del mismo nombre y abarcaba una extensión aproximada de ocho kilómetros. Llegó a ser habitado por 9 mil personas.

La población refugiada fluctuaba por la llegada de nuevas refugiadas y refugiados, el retorno individual de quien decidía volver a su país y las incursiones de combatientes que iban a reposar, y cuya presencia se mantenía oculta para no dar más argumentos a los gobiernos hondureño y salvadoreño que insistían en ver los refugios como “retaguardia del FMLN”. Y aunque no lo eran, lo cierto es que la gente que los habitaba tenía una clara simpatía por las organizaciones guerrilleras, en primer lugar porque su situación la había causado la represión de las Fuerzas Armadas mientras el Frente les había protegido y salvado sus vidas; y en segundo lugar, porque en sus filas había familiares a quienes se apoyaba sin reparos.

Por otra parte, según Sánchez Cerén, en los refugios se continuó la experiencia de los poderes populares poniendo énfasis en el elemento productivo y educativo más que en la autodefensa. La población producía lo necesario para su subsistencia y también, de manera clandestina, algunos bienes necesarios para los combatientes (uniformes, zapatos); además, desarrollaba una estructura organizativa que mantenía un perfecto control de toda la zona del refugio, combatía el analfabetismo, procuraba mejorar las condiciones de salud, proponía actividades para el tiempo libre e incluso, atendía las necesidades espirituales de la gente.

Toda una experiencia de "zona liberada" en medio del cerco y el peligro de la guerra.

Con los hombres sumándose a las filas de la guerrilla, la población femenina se vio de golpe con la responsabilidad de hacerse cargo de sus agobiadas familias. Desplazadas, guindeando o refugiadas, las mujeres de antes vieron desmoronarse la estructura de sus comunidades y de sus vidas. El aislamiento ya no era posible, ahora tenían que convivir en condiciones de hacinamiento; los roles claramente establecidos tampoco podían sostenerse porque la barrera entre el espacio público y privado se había resquebrajado; aunque seguían siendo responsables de las labores domésticas y el cuidado de su prole, ahora también aprendían a leer, a coser, bordaban colectivamente, iban a reuniones, respondían preguntas de personas extrañas que iban a visitarlas...

Habían dejado atrás el aislamiento y ahora eran mujeres organizadas.



Capítulo IV

***Las Mujeres
Refugiadas***

“Cuando llegué al refugio pensé que nos habían abandonado, no entendía por qué y cómo estábamos ahí, corriendo peligro y sin poder salir. Los primeros días fueron difíciles para mí. Por un lado, yo iba contenta porque nos íbamos alejando del peligro, pero al mismo tiempo uno se sentía preocupado por todos los que quedaban en el frente, entonces para uno no era tranquilidad alejarse del país. Nos costó lágrimas pasar la frontera, pero al mismo tiempo nos fuimos conformando y encontramos una vida bien distinta, descansada, donde teníamos alimentación adecuada y buena asistencia médica”.

Tristeza, nostalgia, miedo, alegría, desaliento, tranquilidad... un conjunto de emociones encontradas embargó a las mujeres al ingresar en las tierras polvorientas que cubrían champas provisionales, unas pegadas a otras, sin nada de aquella soledad hogareña en medio del campo. Pero al mismo tiempo eran recibidas por personas que les proporcionaban alimento y el sentimiento de indefensión ante la violencia disminuía, sin que faltara el pinchazo de la culpa al recordar a quienes se habían quedado atrás, a quienes no pudieron llegar y cuyos cuerpos quedaron tendidos en las quebradas.

Para todas, esa situación de vivir hacinadas, controladas y con la subsistencia asegurada era nueva; la mayoría pensaba que se trataba de algo transitorio, que duraría unas cuantas semanas, quizá unos pocos meses para después poder reconstruir sus casas, seguir su vida. Esa idea les daba fuerzas para enfrentar las innumerables situaciones novedosas a las que tenían que hacer frente. Hasta mucho tiempo después se darían cuenta que los meses se convirtieron en años y que el tránsito duró diez años para algunas.

El refugio, recordado por todas aquellas que lo vivieron, se asemeja a un caleidoscopio. Los años que se tenían al entrar en él, el tiempo que se vivió, el refugio e incluso el subcampamento en que se habitaba, las tareas que se cumplían, el nivel de compromiso organizativo con el FMLN, el miedo que se tiene todavía, la confianza que se tenga a quien escucha,

son algunas de las piezas que se combinan para formar las imágenes que las mujeres transmiten al hacer un recuento de esa experiencia.

Imágenes diversas, reales todas en la vivencia individual. Algunas recordando con nostalgia y añorando la seguridad que tuvieron en los refugios; otras, resaltando su impaciencia ante la imposibilidad de salir, sintiendo que en aquellos años les ahogaba la falta de libertad; otras más recordando la importancia que tenían sus tareas clandestinas, todavía imposibles de compartir para algunas de ellas, en tanto que hay quien sólo recuerda el agotamiento de jornadas con escaso tiempo libre. Y entre toda esa diversidad es posible encontrar algunas conclusiones comunes: la vida cambió, las mujeres se convirtieron en personas centrales en el refugio, se aprendieron oficios y conductas hasta entonces desconocidos, se escucharon sentencias impensables en la vida de antes, se supo que las mujeres tenían derechos.

Un nuevo hogar

El nuevo hogar de miles de mujeres se asentaba en tierras ajenas a su historia. Habían dejado de ser parte de una comunidad para convertirse en población refugiada que no era del todo bienvenida; se les toleraba pero al mismo tiempo se desconfiaba de su condición civil y se sospechaba que sus nexos con la guerrilla eran muchos, a pesar de su negativa. Se les dio asistencia en condiciones de confinamiento, aislamiento y un hostigamiento militar constante. Incluso la población pobre que vivía en los alrededores de los campamentos se resentía al observar las ayudas que llegaban para los refugiados y compararlas con sus carencias (Cagan y Cagan, 1993).

Las condiciones físicas de esos nuevos hogares eran diametralmente opuestas hasta las que entonces habían formado el entorno femenino, tan importante en su identidad. Ellas y su casa habían sido inseparables: ellas cuidaban el hogar y éste la protegía. Ahora la casa era una carpa donde las paredes se habían convertido en delgadas láminas de cartón

por las que se colaban los llantos, las riñas, los silencios. Algunas condiciones físicas en las que vivieron las mujeres refugiadas se describen a continuación.

MESA GRANDE

- Constaba de 7 campamentos divididos en dos zonas y numerados para facilitar su identificación.
 - La zona de “arriba” estaba formada por los campamentos 1 y 2, los primeros en instalarse.
 - La zona de “abajo” integraban los campamentos del 3 al 7.
 - El tamaño de cada uno era similar aunque dos de ellos (el 1 y el 5) eran un poco mayores.
- El sector estaba constituido por una línea de 15 viviendas.
 - El campamento 1 tenía 5 sectores, el campamento 5 tenía 8; los restantes, alrededor de 4.
 - La vivienda era una construcción de madera con techo de lámina de zinc. En cada vivienda habitaba un promedio de 15 personas, la mayoría de las veces, parientes.
 - Cuando las familias que llegaban eran menos numerosas, se les construían viviendas más pequeñas.
- Cada campamento tenía su bodega y su área de reunión.
- Los talleres, las guarderías y la escuela se distribuían por zonas.
- Había dos iglesias, una para la zona alta y la otra para el resto de campamentos.
- Había dos clínicas y cada campamento contaba con un botiquín para emergencias

COLOMONCAGUA

- Constaba de 9 subcampamentos: Limón I, Limón II, Quebrachito, Callejón, Copinol, Vegas, Esperanza, Progreso y Triunfo.
 - Algunos estaban colocados uno al lado de otro pero otros estaban distantes.
 - El refugio se dividía en dos zonas: la alta y la baja, separadas por la quebrada y conectadas por la calle.
- Las familias vivían en galeras con subdivisiones de dos o tres habitaciones para cada núcleo.
 - Las galeras eran construidas de madera con techo de lámina y estaban separadas por estrechos pasajes.
 - Muchas viviendas no tenían ventanas, pero todas tenían dos puertas.
 - El área para cocinar se ubicaba fuera para evitar el humo.
 - Cada cierto número de viviendas contaba con una serie de letrinas cercanas.
- No había agua ni luz eléctrica, aunque estos recursos sí se encontraban en algunas construcciones de uso comunitario como los talleres.
 - Había depósitos de agua potable para cocinar y beber. Su suministro era limitado.
 - Para la higiene personal y lavado se usaba el agua de las quebradas cercanas.
- Cada subcampamento tenía una pequeña área abierta que funcionaba como centro de información y lugar de reunión.
 - En los subcampamentos que contaban con electricidad, llegó incluso a instalarse una televisión en las áreas comunes
 - Se emitía un noticiero diario que llegaba a todo el refugio mediante un sistema de altavoces.
- La ropa y el calzado se producían en los talleres del refugio.
 - Cada persona tenía derecho a dos o tres mudas al año e igual número de pares de zapatos.

Aunque las condiciones de vida eran duras, lo más difícil para las mujeres fue superar el sentimiento de vulnerabilidad tan intenso en las primeras semanas de su estancia en el refugio. Ellas estaban acostumbradas al trabajo y las carencias pero no a estar solas en situaciones totalmente desconocidas, en un medio que no controlaban y en el que no podían hacer uso de sus recursos habituales pues eran inútiles. Sus casas y sus hombres habían desaparecido, también lo habían hecho su sistema de vínculos comunitarios y se sentían totalmente dependientes de la caridad de la gente. El testimonio de Lucía es muy ilustrativo de esta sensación de desamparo.

“No nos dejaban salir y ahí estábamos, nomás sentados, nomás esperando. A alguna gente que les daban lástima los niños quizá nos regalaban una tortilla y de esa tortilla que nos daban yo hacía dos pedacitos y les daba un pedacito a cada niño y yo no comía nada. La primera semana fue triste porque no teníamos nada, a veces ni agua conseguíamos para darle a los niños. Mire, en esa primera semana yo ahí no esperaba más que la muerte. Una gente decía que mejor se iban a regresar para acá, para El Salvador, porque como ahí la mayoría de mujeres éramos solas... decíamos que éramos solas, y decía el ejército de ahí “y sus maridos ¿que putas los hicieron?”, y cuando les decíamos que no teníamos maridos se reían. “¡Vaya!, ahora tienen hijos de tierra. No traen marido porque son guerrilleros”. Eso decían y nosotros va de decir que no tenemos marido, que hemos vivido solas con los hijos. Ahí estábamos las mujeres con sus hijos y los viejitos con sus viejitas. Fue tremenda esa primera semana”.

Como Lucía, para una tercera parte de las mujeres entrevistadas su llegada al refugio fue un acontecimiento traumático, sobre todo para las que llegaron en los primeros tiempos, cuando aún no se desarrollaba la organización del mismo. Las pequeñas recuerdan la aflicción de sus madres pero ellas tienen más fresco en su memoria la sensación de seguridad que les proporcionó el refugio al igual que aquellas que llegaron con criaturas pequeñas después de penosas caminatas bajo fuego cruzado.

Así, instaladas en lo que sería su nuevo hogar en los próximos años, ante las mujeres se abría un panorama de trabajo, tanto para garantizar su subsistencia como para superar la serie de eventos traumáticos que las habían llevado al refugio.

El trabajo espantará los malos recuerdos

Llama la atención que pasados casi 20 años, esta primera semana se conserve con tanta nitidez en la memoria de algunas mujeres. Las emociones asociadas a este recuerdo son intensas y ellas las reviven como si hubieran sucedido ayer. Las pérdidas que habían sufrido eran múltiples y de diversa naturaleza, desde sus escasas pertenencias hasta su comunidad entera. Su identidad misma estaba profundamente dañada y, sin embargo, no hubo tiempo para recapitular sus pérdidas y mucho menos elaborar los duelos necesarios. La urgencia de las necesidades de sobrevivencia lo impidió.

Todas recuerdan que en cuanto llegaban al refugio quienes estaban al frente de la organización de los campamentos les advertían que no debían salir de los límites del mismo a riesgo de sufrir algún tipo de agresión por parte del ejército hondureño. Una vez impartidas las instrucciones de seguridad, pasaban a asignarles tareas. Sólo quienes se incorporaron al refugio siendo muy pequeñas no recuerdan haber sido integradas a las tareas del mismo, el resto (90%) afirma que le asignaron tareas en cuanto llegó.

Las tareas estaban relacionadas con la producción, que abordaremos detalladamente más adelante y la atención de las necesidades domésticas. El cumplimiento de esas faenas fue la manera de distraerse de sus preocupaciones pero éstas no desaparecieron, quedaron ahí ocasionando malestares físicos y emocionales. Al parecer, tanto las mujeres como el resto de personas en el refugio, consideraban que sumergirse en esas tareas era la mejor cura para olvidar lo ocurrido y seguir adelante. Y a esa idea ayudaba un contexto en donde las labores domésticas eran aún más pesadas debido a la carencia de medios para su realización.

A pesar de que se habían terminado los hogares unifamiliares y algunas tareas domésticas se habían colectivizado (como la elaboración de una parte de la comida) había que seguir manteniendo la limpieza de las habitaciones, de la ropa, de los enseres, lo que significaba hacer largas filas para conseguir agua o grandes caminatas para encontrar alguna quebrada o río. Las mujeres, por supuesto, eran las encargadas de realizar estas labores así como de encargarse del cuidado de los niños y niñas.

“Sin tener cosas qué hacer, me levantaba como a las 7 de la mañana, cuenta Leonor que no participaba en los talleres porque tenía a su cargo cinco criaturas pequeñas. A esa hora yo le hacía la pacha a mis niños y hacía el desayuno para mí. Luego iba a traer agua o a lavar para que la ropa se secara. Ya como a las 11 comenzaba a bordar (e bordado de mantas con escenas de la vida en el refugio y de la guerra, era una actividad frecuente en mujeres que estaban en la misma situación que Leonor). Cuando se llegaba la hora del almuerzo sólo hacía el de los niños, a la niña le hacía su pachita, la acostaba y seguía bordando. A veces teníamos que ir a la bodega porque había algunos repartos: la sal, el gas, la carne. Los días lunes de todas las semanas daban maíz, arroz o frijoles, la leche de los niños la daban los jueves. Así se iba la tarde porque cuando ya no había sol ya no se podía bordar. Había que preparar la cena y luego irse a dormir”.

Había otras mujeres que, además de realizar el trabajo doméstico, se involucraban activamente en las tareas de producción y de participación en el refugio. Ir a reuniones, cumplir tareas formaba parte de su nueva rutina en la que no les quedaba ni un momento libre. Era, para ellas, la manera de no pensar en nada, de sentir que el tiempo pasaba más rápido y que se acercaba el momento de volver a su país. La jornada de Ernestina que, a diferencia de Leonor no tenía ya bebés, transcurría de esta manera.

“Tal vez para las cinco ya estábamos de pie, es que una de mis hijas daba clases y la otra iba a los talleres, y antes de que cada quien agarrara su camino, una se levantaba a lavar, otra a moler, otra a

hacer limpieza, total que a las ocho nos íbamos todos y a las doce íbamos llegando de nuevo, la que llegaba primero se ponía a calentar el almuerzo. Yo trabajé duramente porque me comenzaron a visitar para un montón de cosas, trabajé con la iglesia y estuve como responsable de dos campamentos en todo lo que tenía que ver con la iglesia. No me quedaba tiempo libre en el día”.

La salida hacia delante y la actividad incesante fue una manera de sobrevivir y tolerar las pérdidas. Para la mayoría de las mujeres fue la única salida posible aunque el pasado reciente seguía muy presente en las pláticas con sus vecinas mantenidas durante el tiempo libre. El recuento de sus penurias, su huida, el sufrimiento durante la guerra y la llegada al refugio eran temas recurrentes que compartían entre ellas, que contaban a las y los visitantes pero que no recibieron mayor atención emocional en aquellos momentos, por lo menos en lo que a las mujeres de la muestra se refiere.

Aunque el contexto y el entorno de vida de las mujeres cambió radicalmente, el recurso para hacer frente a ese desequilibrio fue un elemento de la identidad femenina muy arraigado en todas ellas: el trabajo y el sentimiento de responsabilidad. Sin hombres cumpliendo funciones proveedoras en el hogar y solas en muchos casos, esta característica pudo desarrollarse en toda su magnitud. El trabajo se convirtió en el recurso para intentar superar las tragedias personales y colectivas y seguir adelante. Por supuesto que la situación política ayudaba a que esto fuera así, pues en ningún momento existió un clima de total seguridad para la población refugiada.

Un refugio bajo constante presión

La seguridad y la sobrevivencia de los campamentos estaban bajo la responsabilidad de ACNUR que garantizaba la provisión de alimentos, la vivienda, los servicios básicos y algunos programas de capacitación.

Aunque su mandato estaba centrado en la ayuda humanitaria, la época se caracterizaba por una gran convulsión social para que este organismo pudiera mantenerse al margen de las controversias políticas que rodeaban la condición de la población refugiada.

A decir de una funcionaria de ACNUR, un primer problema que enfrentaban era *“que los salvadoreños llegaban en tal cantidad que para el ACNUR era imposible aplicarles la convención de refugiados y fue a raíz de los conflictos en la región que se amplió la definición de refugiados para abarcar a todas aquellas personas que no eran directamente perseguidas pero que huían de una violencia indiscriminada. El otro problema era que en Honduras también estaban los nicaraguenses que eran ideológicamente opuestos, entonces fue por eso que el gobierno decidió poner los campamentos y nosotros teníamos que garantizar que la gente pudiera sobrevivir”* (Adela Quezada, entrevista ad hoc, junio de 1998).

Para los Estados Unidos, bajo la era de la política de Reagan, el conflicto centroamericano era una expresión del avance comunista dirigido desde Cuba y había que frenarlo a toda costa, aunque eso significara poner en riesgo la seguridad de la población refugiada. Las constantes agresiones del ejército hondureño ponían en entredicho la función de ACNUR. Algunos de sus funcionarios señalaban la existencia de los refugios cercados para la población salvadoreña como un fracaso de su misión porque *“a nosotros lo que nos interesa es ubicar a los refugiados en asentamientos rurales, a donde tengan libertad de movimiento, desarrollen sus propios medios de subsistencia y tengan relaciones económicas con los pueblos cercanos... El problema es que ya sea el ejército hondureño o el gobierno norteamericano ha ido jugando con nosotros...”* (Declaraciones de un funcionario de ACNUR en agosto de 1983 citado en Camarda, 1987, pag. 29).

Para la población refugiada, sin embargo, ACNUR era parte, e incluso responsable de la tensión constante en que vivían. Las relaciones con este organismo tuvieron sus altas y bajas siendo uno de los temas más difíciles la constante amenaza de reubicación a zonas más alejadas de la frontera. Como un ejemplo de la percepción de la población sobre la

situación de los refugios, se reproduce un comunicado en donde denuncian sus condiciones de vida y anuncia las acciones de protesta que efectuarán.

COMUNICADO DE LA COMUNIDAD REFUGIADA SALVADOREÑA EN COLOMONCAGUA, HONDURAS

Comunicado dirigido al movimiento de solidaridad internacional y nacional, a los organismos humanitarios, movimientos ecuménicos de iglesias, organismos no gubernamentales, a los gobiernos amigos, a los trabajadores de todo el mundo.

COMUNICAN:

Que el día 28 de junio de 1988 inician un ayuno permanente con carácter indefinido, debido a los siguientes hechos:

- la instalación desde 1985 de un cerco militar por parte del ejército hondureño
- las constantes amenazas de repatriación y/o reubicación
- invasiones del ejército hondureño con el objetivo de capturar, golpear, torturar o masacrar a la población refugiada.
- posición de algunos de los funcionarios de ACNUR donde se acusa a este campamento de estar altamente politizado, ser manejado por el FMLN y permitir el ingreso de combatientes para su descanso, estas acusaciones se relacionan directamente con las del Pentágono estadounidense, por lo que se puede apreciar el papel del ACNUR para con los refugiados/as.
- la situación dramática de la asistencia que ACNUR brinda a los refugiados:
 - hacinamiento
 - falta de agua
 - falta de saneamiento ambiental

- alimentación de mala calidad
 - pésima atención médica
 - falta total de medicinas
 - falta de equipos y materiales en las clínicas
 - ausencia total de capacitación en el área de salud
 - recortes presupuestarios
 - falta de mobiliarios
 - implantación de una dieta recortada
- Presiones del ACNUR-Honduras en relación a la seguridad y protección, aplicando una política de chantaje y amenazas reflejadas en:
- promover la repatriación individual
 - irrespeto total a los refugiados en relación a los acuerdos tomados sobre la repatriación
 - retiro de los oficiales del ACNUR de los campamentos de refugiados
 - permitir que el ejército hondureño regulara la presencia de cooperantes voluntarios extranjeros
 - no denunciar las violaciones que el ejército hondureño hace en el campamento
 - apoyo al ejército hondureño para capturar a niños para “descomponerlos” para que luego éstos “descompongan” a otros niños
 - amenazas del ACNUR-Honduras de que abandonarían los refugios si los refugiados siguen exigiendo un trato con dignidad

Sin fecha

Como se señala en el comunicado, buena parte de esta constante tensión se ubica en el papel que los refugios jugaban en la guerra y, sobre todo, la convicción existente por parte de los gobiernos y ejércitos de El Salvador y Honduras así como de ACNUR, que el FMLN se abastecía de ropa, medicinas y alimentos de los que se proporcionaban a la población refugiada y que nutría sus filas de las y los jóvenes que ahí crecían. Ya que la tercera parte del presupuesto de ACNUR provenía de los Estados

Unidos, al gobierno de ese país le hacía muy poca gracia financiar indirectamente al ejército guerrillero mientras financiaba directamente a los ejércitos que lo combatían.

Pero lo más difícil de aceptar para quienes cuestionaban la injerencia del FMLN en los refugios, era que la población estaba dispuesta a reducir sus porciones de alimento para compartirlas con los combatientes, que no le importaba trabajar más horas para producir los pertrechos guerrilleros y que estaba convencida que los riesgos que corrían al hacerlo eran mucho menores que los que sufrían quienes estaban en el frente de guerra: sus hijos, sus maridos, sus padres. El vínculo con el FMLN de la población refugiada, mayoritariamente femenina, no era solamente político sino, y quizá principalmente, afectivo. Y ese vínculo fue capaz de resistir la inestabilidad política y las presiones así como asegurarse la existencia de estructuras organizativas que fueran capaces de desafiar el control sobre la población y disminuir su vulnerabilidad.

Una organización carpa por carpa, comité por comité

La organización de los refugios se caracterizaba por integrar tanto la estructura territorial como las actividades de los distintos comités y talleres, de manera que podía tener y llevar información a todas las personas del refugio, tanto en su lugar de vivienda como en sus centros de ocupación. Esa estructura vertical y fuertemente jerarquizada para la toma de las decisiones más importantes se asemejaba mucho a al funcionamiento familiar al que las mujeres estaban acostumbradas y posiblemente les transmitía la confianza y seguridad necesarias en aquellos momentos de desestructuración.

Este tejido social era sumamente eficaz en su capacidad de respuesta. Su representatividad era amplia y la participación de la población en su designación, también. Su carácter democrático es cuestionado por aquellas personas que sabían que un factor esencial para tener una real autoridad en esa estructura era la fidelidad y obediencia a las directrices

de los distintos partidos del FMLN. La mayoría de las mujeres entrevistadas, a pesar de haber jugado un rol de dirección, no formaban parte de esa estructura subterránea más ligada al Frente y, aunque sabían de su existencia, afirman que buena parte de las decisiones administrativas estaban en las instancias electas.

Es posible que ambas percepciones sean ciertas, es decir, administrar la vida de cerca de diez mil personas requería de un sinnúmero de tareas imposibles de ser realizadas por unas cuantas personas, para su eficaz implementación era necesario un involucramiento amplio de la población adulta. En ese sentido es posible que las instancias electas por las y los refugiados tuvieran un campo grande de actuación para operativizar proyectos diversos. También es cierto que para que los refugios pudieran cumplir su rol como retaguardia del FMLN se necesitaba otra estructura de tipo clandestino que garantizara la presencia de personas confiables en puestos claves, por ejemplo, a cargo de las bodegas, de los talleres o con acceso a las medicinas. Era posible que este contingente ganara la simpatía de la población y fuera electo sin dificultad.

Las instancias de coordinación se elegían por campamento, se les nombraba directivas y estaban formadas por aproximadamente 15 personas, responsables de sectores, talleres y comités. Estos responsables reproducían la estructura vertical ya que el responsable de talleres, por ejemplo, se reunía con quien se hacía cargo de cada uno de los talleres en su zona; la responsable del comité de educación, a su vez, supervisaba la actividad de quienes alfabetizaban y así a todos los niveles. Cada directiva tenía también un coordinador o coordinadora general.

En Mesa Grande esta estructura se repetía en cada uno de los siete campamentos y cuando era necesario dar solución a problemas de tipo general o planificar esfuerzos que implicaran a todo el refugio, se reunían las personas que coordinaban cada una de las siete directivas. Se observaron contradicciones en la información obtenida sobre la existencia de la figura de Coordinación General del refugio. Mientras algunas informantes señalan que sí existió, otras dicen que todas las decisiones

se tomaban entre las coordinaciones de cada campamento. Una explicación posible a esta divergencia es que la figura hubiera existido durante algún tiempo y no de manera permanente.

Las directivas propiciaban la autonomía de gestión y administración de proyectos de cada área, por ejemplo, las agencias que apoyaban algún proyecto se entendían directamente con quien coordinaba ese trabajo que, a su vez, consultaba con su equipo de trabajo.

“En las cuestiones que tenían que ver con la vida del campamento, o sea lo social, a veces ni los coordinadores participaban, dependía del tema. En un tema político hacían reuniones ampliadas, masivas. Nunca los siete coordinadores se reunían para hacer un plan o para contrarrestar algo, sino que llamaban a toda la gente que consideraban importante para tomar decisiones. Ellos más que todo hacían reuniones ampliadas, nunca tomaban decisiones sólo los siete por separado, más bien lo hacían para coordinar un esfuerzo, se ponían de acuerdo por donde comenzar y había casos que cada quién lo hacía por separado.

No había jerarquía, porque ellos lo que hacían era coordinar proyectos y coordinar la red que tenían en su campamento, no dependían uno del otro, la mayoría de decisiones las tomaban con las agencias, o sea que las agencias de cooperación tenían tanta autonomía que se iban directamente donde el coordinador del campamento de esa área...los coordinadores de campamento no andaban metidos en todo eso, o sea que los coordinadores no controlaban todo” (Guadalupe Erazo, entrevista ad hoc, octubre de 1998).

La estructura administrativa era similar en Colomoncagua aunque llegó un momento que se consideró difícil presentar un frente único de negociación ante ACNUR y otros organismos por la autonomía de cada subcampamento; asimismo, esta autonomía fomentaba la toma de decisiones personalizadas que no siempre eran bien vistas. Así es como

en 1988 se decide formar otra estructura. *“La nueva estructura organizativa estableció un sistema integral de dirigencia electa y nombrada, con clara división de responsabilidades y autoridades. Los dirigentes a nivel de colonias surgieron de elecciones directas; y esta dirigencia de base seleccionaba los dirigentes para el nivel de campamento y refugio, de forma piramidal”* (Cagan y Cagan, 1993, pag. 55) .

Antes del retorno la estructura administrativa de Colomoncagua era bastante compleja ya que integraba una nueva modalidad además de la estructura territorial por colonias y los comités por área, eran los sectores. Así se denominó a los grupos demográficos (hombres, jóvenes, niños y lisiados) que se reunían para discutir sus problemas específicos (Cagan y Cagan 1993).

Otro elemento que diferenciaba la organización de los dos refugios está relacionado con las fuerzas políticas del FMLN presentes en cada uno de ellos. En Mesa Grande había influencia de las Fuerzas Populares de Liberación, la Resistencia Nacional y el Partido Comunista, lo que requería un mayor nivel de coordinación y/o la existencia de más estructuras clandestinas que funcionaban de manera paralela. En Colomoncagua sólo estaba presente el Ejército Revolucionario del Pueblo. La quinta fuerza, el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos influía en el refugio de San Antonio que no fue incluido en este estudio.

A decir de los y las informantes que tuvieron la oportunidad de conocer ambos refugios, señalan que era posible detectar la presencia de distintos estilos de trabajo en cada uno de ellos. Por ejemplo, percibían una mayor disciplina en Colomoncagua y también más susceptibilidad e incluso desconfianza hacia las presencias extrañas. Hay quien comenta que incluso se llegaban a prohibir las relaciones amistosas de las refugiadas con los visitantes extranjeros. También se señala que aunque en ambos refugios las mujeres eran mayoría, en Mesa Grande se podía observar una mayor presencia de hombres adultos.

Como veremos más adelante, es posible reconocer en las experiencias de las mujeres algunas diferencias según el refugio en que estuvieron. En el plano organizativo se reconocía en Colomoncagua a un sector de mujeres. En Mesa Grande, por su parte, se impulsó la creación de dos estructuras de participación exclusivas para la población femenina.

Las mujeres refugiadas como sector organizado

El Comité de Madre fue fundado por las Fuerzas Populares para la Liberación (FPL). Aglutinaba a todas aquellas que tenían hijos o hijas incorporados en el ejército guerrillero, estuvieran con vida o hubiesen muerto. Su objetivo era denunciar las injusticias y violaciones a los derechos humanos cometidos por los ejércitos y gobiernos salvadoreño y hondureño. Por la misma época (primer lustro de los 80) se había impulsado la creación de agrupaciones de madres en San Salvador, a semejanza de los organismos que tanto impacto habían tenido en Argentina; también existió una organización similar en Colomoncagua. Las asociaciones de madres de desaparecidos, presos, exiliados y asesinados, jugaron un papel importante en la denuncia de las violaciones a los Derechos Humanos en el país y, como su nombre lo indica, las mujeres —en tanto madres— fueron las protagonistas de estas estructuras.

Además de las vigiliias, ayunos y asambleas, el bordado de mantas era una actividad propia de este grupo. Como las famosas arpilleras chilenas, estas mantas bordaban escenas de la guerra, sobre todo, las masacres contra la población civil. Su comercialización se producía entre las delegaciones extranjeras de periodistas o visitantes, aunque también se les podían regalar como recuerdo de su paso por el refugio.

Entre las informantes se escuchaban voces críticas a esa práctica. Se consideraba que se manejaba el dolor de las mujeres para causar impresión y conseguir donativos. Pero a las mujeres que se dedicaban a esta labor les agradaba. Como hemos señalado anteriormente, no existieron espacios para compartir las penalidades de su vida a partir de

la represión, su huida, sus pérdidas. Estas mantas eran probablemente, para algunas, la única forma de dar salida a sus experiencias traumáticas y podían tener algún efecto terapéutico aunque, sin duda, también eran un elemento conmovedor que haría difícil a las visitas negar alguna petición que se les hiciera después de haberlas visto y haber escuchado la historia que dibujaban.

La Asociación de Mujeres Refugiadas (AMR) era el otro organismo de mujeres existente. Era una instancia impulsada por los tres partidos políticos que actuaban en Mesa Grande y pretendía aglutinar a todas las mujeres con el ambicioso y poco preciso objetivo de lograr la incorporación femenina en todos los espacios del refugio. Las tareas de este organismo estaban centradas en la gestión de dos guarderías, un centro de nutrición infantil, un centro de cuidados materno-infantil y dos talleres de bordado.

Tanto su objetivo como sus tareas dejan claro que el FMLN no tenía mayor reflexión sobre la relación desigual entre los géneros y la subordinación femenina, que entendía por incorporación femenina la gestión de proyectos que beneficiaban principalmente a las criaturas, dando por sentado que una preocupación de las mujeres (la alimentación y salud de su prole) se convierte automáticamente en un interés exclusivo de ellas.

Es probable que estos organismos nacieran al amparo de las políticas que a finales de los años ochenta impulsaron los organismos de cooperación internacional; políticas que pretendían visibilizar a las mujeres como agentes fundamentales para el desarrollo de la comunidad y que empezaba a destinar recursos para proyectos impulsados por ellas, aunque no necesariamente en beneficio de ellas.

Algunas mujeres también recuerdan haber formado parte de AMES (Asociación de Mujeres de El Salvador, un organismo impulsado por las FPL que actuaba no solamente en los refugios de Honduras sino en otros colectivos de refugiadas en diferentes países y al interior de El Salvador) aunque su pertenencia se limitaba, según sus testimonios, a algunas reuniones entre ellas y con delegaciones extranjeras.

Pero más significativo que estas instancias, que parecen no haber jugado ningún papel relevante en la experiencia de las mujeres entrevistadas y apenas unas cuantas recuerdan su existencia, es el papel tan importante que jugaron las mujeres en la producción, la vigilancia y la administración de la vida en los refugios. Eso constituyó una vivencia más generalizada e impactante que las organizaciones que nacieron por iniciativa externa más que de las inquietudes de las mujeres.

Las manos femeninas en la producción

Aunque los alimentos básicos los proporcionaba ACNUR, se necesitaban muchos otros productos para que la vida en los refugios fuera un poco más llevadera. La producción de buena parte de ellos estuvo en manos de la población: de los hombres que estaban refugiados (lisiados muchos de ellos, demasiado jóvenes o viejos para combatir en otros casos o adultos que tenían la misión de quedarse en el refugio para garantizar su conducción política) y de las mujeres que no tenían demasiadas criaturas a su cargo o que contaban con el apoyo de alguna mujer de la familia que se hiciera cargo de su cuidado.

A pesar del desequilibrio poblacional y la mayor presencia de mujeres, la división genérica de trabajo siguió funcionando en los refugios con áreas de producción claramente masculinas y otras exclusivamente femeninas. Aunque esto fue así tanto en Colomoncagua como en Mesa Grande, algunos/as informantes que conocieron ambos refugios señalan que podían verse más mujeres en los talleres típicamente masculinos en Colomoncagua.

Hay quien explica esta situación como *“una combinación fortuita de convulsión social, idealismo revolucionario y oportunidades pragmáticas que hizo posible un espacio social más sinceramente compartido”* (Cagan y Cagan, 1993, pag. 87) pero otra explicación posible se puede encontrar en una política del ERP, la organización del FMLN presente en Colomoncagua, que no fomentaba la participación femenina en la lucha

armada y que incluso la prohibía, según afirma Mena Sandoval, responsable de la formación militar de nuevos integrantes de ese organismo durante la guerra.

“... tuvimos la mala suerte de que el combate estuvo duro y entonces murieron cuatro mujeres y en un curso de hombres jamás me había pasado, salieron como siete mujeres heridas... cuando ya discutimos en la dirección dijeron que era un problema tener grupos de mujeres combatientes, yo discutía que no era por ellas sino porque el combate estuvo duro, pero la verdad es que allí hubo una decisión de que no fueran mujeres al combate y fuera de algunas decisiones muy personales, así fue” (entrevista ad hoc, mayo de 1998).

Es posible que esta política disminuyera el número de hombres en Colomoncagua con lo cual las mujeres se vieran obligadas a suplirles en mayor medida que en Mesa Grande, donde los partidos políticos que estaban presentes incorporaban más a las mujeres en sus unidades de combate.

Esta diferencia entre ambos refugios, sin embargo, no eliminó la tendencia a reproducir la división genérica de trabajo y a dirigir los esfuerzos porque las mujeres se incorporaran a tareas tradicionalmente masculinas más que a incorporar a los hombres a las tareas domésticas, por ejemplo.

La mayoría de las tierras que rodeaban los campamentos no eran aptas para el cultivo, así que con mucho esfuerzo se logró producir un poco de maíz y diversas hortalizas que permitían enriquecer la dieta alimenticia. En esta última tarea existió una amplia participación de mujeres aunque en la primera su presencia fue menor. Otra actividad que permitía mejorar la alimentación era la crianza de animales como pollos, conejos, cabras y cerdos. Los huevos y la leche obtenidos se utilizaban prioritariamente para su consumo en los centros de nutrición infantil, la carne de los animales era repartida por todo el refugio cuando llegaban a destazarse.

Los talleres de sastrería y zapatería que producían la ropa y el calzado necesarios para toda la población estaban integrados mayoritariamente por hombres, así como los de carpintería y hojalatería que elaboraban los enseres necesarios para la vida cotidiana. Algunas mujeres jóvenes intentaron integrarse a esos talleres pero aunque lograron capacitarse, el ambiente era claramente hostil hacia ellas por lo que sólo quienes mostraban una gran firmeza de carácter podían sostener su presencia.

La producción de hamacas, sombreros y petates tampoco contó con mucha mano de obra femenina en tanto que los talleres de costura y bordado eran ocupados casi exclusivamente por mujeres. En ellos se producían los bordados a los que se ha hecho referencia anteriormente así como otras prendas de vestir que, después de cubrir las necesidades del refugio, podían ser comercializadas entre las visitas.

En Colomoncagua existía, además, un taller para la fabricación de instrumentos musicales que eran utilizados por los grupos formados en el refugio que animaban los eventos con cantos de denuncia.

Los talleres funcionaban como verdaderos centros de trabajo, con horario fijo que se cumplía durante seis días a la semana, con una pausa para el almuerzo. Había unos responsables de la producción que se encargaban de cumplir las metas y de negociar con las instituciones que proporcionaban las materias primas. La única diferencia con un trabajo asalariado fuera del refugio era que no había un salario de por medio ya que la producción era para el autoabastecimiento del refugio.

Hombres y mujeres sabían que su desempeño en los talleres era fundamental para disminuir las carencias de una gran cantidad de población infantil y anciana que sólo contaba con su amparo para sobrevivir. Había, además, una motivación extra entre quienes sabían a ciencia cierta –y también entre quienes lo intuían aunque no supieran exactamente los mecanismos por los que se hacía realidad– que los combatientes del ejército guerrillero se beneficiaban con los productos de su trabajo.

El control existente era otro punto que favorecía la alta productividad. Existían medidas disciplinarias que presionaban para que nadie que estuviera en condiciones de hacerlo quedara fuera del trabajo productivo. Las mujeres recordaban, por ejemplo, que a algunos vagos los cambiaban de refugio como castigo (eso significaba alejarlos de sus familiares y amistades); también comentaron que se amenazaba con la expulsión del campamento sabiendo que eso significaba una segura agresión por parte del ejército hondureño, aunque se apresuran a señalar que no recuerdan ningún caso en que tal medida disciplinaria se llevara a cabo.

Pero aunque las medidas coercitivas jugaran un papel importante para asegurar la participación en los talleres existía otra importante motivación. Se trabajaba para ocuparse en algo que se sabía útil y productivo en medio de tanta destrucción y eso generó un fuerte sentimiento de identificación, por lo menos entre en las mujeres, con una comunidad refugiada. Ese sentido de pertenencia y el orgullo de no sobrevivir solamente de la caridad ajena sino de su propio trabajo, ejercía un control no formal tanto o más efectivo que las medidas disciplinarias, ya que el rechazo o la crítica colectiva hacia actitudes displicentes sin causa justificada podía ser motivo de aislamiento interno (en un contexto que estaba aislado por definición).

Un 55% de las mujeres de la muestra se integraron a los diferentes talleres existentes en los refugios, las que no lo hicieron señalan la carga de trabajo doméstico como causa de esta situación y en menor medida porque no les gustaba esa actividad. El porcentaje de incorporación en los talleres es mayor en Colomoncagua, donde un 77% de mujeres trabajaban de manera regular. Prácticamente todas las que llegaron a los refugios siendo niñas se fueron incorporando a los talleres a medida que crecían, en tanto las adultas lo hacían sólo cuando tenían resuelto el tema del cuidado de sus crías.

“Las que sabían un oficio, cuenta Teresa, trabajaban en talleres, habían otras que pasaban permanentes en la cocina para hacer la comida de los trabajadores, otras trabajaban en la guardería

cuidando a los niños de las mujeres que trabajaban, otras haciendo comida para los ancianos, otras en los centros de nutrición. Todas las mujeres desempeñaban tareas”.

“Yo fui una de las mujeres que entró en eso, recuerda Maira, y aprendí a coser, a tejer el material de sombrero, petate y todas esas cosas, el bordado y también artesanía de barro. Después cuando ya había aprendido trabajaba en el taller general de producción para todo el refugio. Fue una experiencia bastante buena porque entonces tenía 12 años, era una bicha pero ya hacía los vestidos para mi mamá. Eso me daba mucho contento”.

Magda fue una de las pocas mujeres que defendió su atracción por los oficios considerados masculinos y que tuvo la suficiente fuerza para preservar, entre sus propias amigas, su derecho a aprender mecánica y a trabajar en el taller que existió en Mesa Grande en los últimos años para reparar coches y la maquinaria utilizada en otros talleres.

“De mí, al principio, hablaba la gente, porque como a mí me gustaban cosas de varones, sólo quería aprender cosas de varones. Yo soñaba que quería aprender mecánica y en Mesa Grande se me da la oportunidad y habían como 40 y algo de varones y sólo yo de mujer. Ninguna otra muchacha en el campamento, ni la amiga especial que yo tenía que nos queríamos como hermanas, ni ella me quiso acompañar. La gente me agarró como que, como que era una cosa que se podía quitar y poner, mucho hablaban de mí, pero según la gente pensaron que me iba a molestar, pero yo seguí”.

A pesar de estos problemas, las mujeres que participaron en ellos recuerdan los talleres como una de las mejores experiencias de aquellos años. Aunque siempre habían sido trabajadoras y esa cualidad era fundamental para la calificación moral de buena o mala, pero esa condición era privada, sin un valor social ya que se daba por hecho que las mujeres eran así. Era un legado transmitido a las nuevas generaciones a través de la línea materna.

En el refugio esa cualidad se convirtió en un hecho público altamente valorado por el conjunto de la población y, sobre todo, por aquellos de quienes importaba el halago: los muchachos, los internacionales (como se llamaba a los y las cooperantes internacionales en el refugio). La producción, se dijo en repetidas ocasiones, era posible por la alta participación de las mujeres y esa mirada positiva animó a las mujeres a sumar a sus labores domésticas aquellas de orden productivo ya que los esfuerzos de colectivizar las primeras fueron mucho menores e inconsistentes.

Vigilantes del orden público y privado

“- ¿Cómo se sentía usted en el refugio?

- Con miedo de que el ejército hondureño se metiera a sacarnos.

Hubo una noche que nos llegaron a sacar porque se habían metido los soldados a andar vigiándonos. No nos dejaban en paz”.

Los refugios tenían un cierto aire de campo de concentración, cercados, alertas... las mujeres tenían miedo, los soldados hondureños se metían en la oscuridad a sacar a los hombres que después acusarían de guerrilleros, muertos, heridos, secuestrados, sedentarismo obligado... y constantes amenazas de reubicación que les llevarían a zonas más peligrosas, donde quedarían totalmente a merced de las agresiones del ejército hondureño.

Las refugiadas de Mesa Grande ya tenían la experiencia de la reubicación forzosa que se había dado entre 1981 y 1982 y que les había obligado a abandonar La Virtud. Luego de continuas amenazas y diversos actos de violencia (detenciones, desapariciones y asesinatos) fueron desalojados de esa zona fronteriza que se convirtió en campo despejado para realizar operaciones conjuntas de los ejércitos salvadoreño y hondureño contra la guerrilla (Camarda, 1987).

En 1983 hubo una gran movilización de la población refugiada para evitar una nueva reubicación en Olancho, el Departamento más grande de Honduras y también uno de los menos habitados y con graves problemas de falta de tierra para el campesinado. El Arzobispo de San Salvador de aquellos años, Monseñor Rivera y Damas, caracterizaba de esta manera la zona: *“La región es despoblada y aislada y van a tener dificultades serias para comunicarse... Hay escuadrones de la muerte y grupos paramilitares financiados por grandes terratenientes... en el mismo Departamento, los somocistas tienen sus bases de donde salen para lanzar sus ataques a territorio nicaraguense... los Boinas Verdes norteamericanos están entrenando a tropas salvadoreñas a dos horas por carretera... ¿Cuál puede ser el destino de miles de refugiados salvadoreños en este u otros Departamentos?”* (Camarda, 1987, pag. 37).

En un clima de represión y amenaza constantes, la vigilancia para garantizar la seguridad del refugio y su respuesta pronta en caso de una incursión de los soldados hondureños era una tarea prioritaria en donde participaban todas las personas refugiadas, niños y niñas incluidas. El 83% de las mujeres entrevistadas cumplieron tareas de vigilancia nocturna, tarea que a las jóvenes les gustaba, pero que las mayores consideraban una obligación y la cumplían sin mucho entusiasmo. Se pudo observar que mientras un 25% de las mujeres de Mesa Grande no participaban en la vigilancia, ninguna mujer de Colomoncagua dejó de hacerlo.

Las tareas de vigilancia se extendían para garantizar la seguridad interna de los refugios ya que había que cuidar las bodegas para evitar el robo de los productos y tratar de impedir que la gente saliera a venderlos. También se intentaba frenar el intercambio o venta, clandestina y habitual, de los productos que la población refugiada recibía por otros que le podía ofrecer la gente de los pueblos cercanos. Según varias mujeres, los hombres eran los más interesados en la venta de raciones de alimentos o su propia ropa para poder comprar guaro y cigarros, por lo que su preocupación central, más que frenar el trueque, era disminuir el alcoholismo. De hecho, hacia el final de la vida en los refugios el trueque era una práctica cotidiana tanto al interior de los campamentos como con

la población aledaña e incluso llegaron a establecerse pequeños puestos de golosinas en los que circulaba el escaso dinero existente.

La vigilancia también era una tarea clave para garantizar la seguridad de los y las guerrilleras que entraban o salían del refugio. Pero una vez que las mujeres descubrieron el poder de la vigilancia, esa labor se extendió hacia el ámbito privado, es decir, controlaban a las mujeres que, según sus palabras “les gustaba ir a dormir con los soldados hondureños” y ponían orden en las riñas domésticas o en otras conductas que consideraban poco correctas.

La violencia contra las mujeres disminuyó aunque no desapareció del todo. Las condiciones de vida explican fácilmente esta situación. Había menos hombres y el hacinamiento no era un contexto idóneo para mantener en silencio las discusiones entre las parejas; el alcohol estaba prohibido por lo que los hombres tenían que transgredir la disciplina para tomar (lo que algunos hacían con frecuencia) y se arriesgaban a sufrir castigos.

Todo ello contribuyó a que las mujeres se sintieran más seguras aunque, a decir de María Eugenia no podía esperarse que los malos tratos y los golpes desaparecieran del todo porque “los hombres son celosos y como toda la gente estaba amontonada tenían miedo que le fueran a quitar a la mujer”. Algunas violaciones sexuales también ocurrieron aunque, insisten las mujeres, el ambiente era bastante más tranquilo en comparación con el que tienen que sufrir en la actualidad.

Más difícil de controlar la violencia física y sexual fue el acoso que algunos hombres ejercían sobre mujeres a las que reclamaban favores sexuales a cambio de algunos productos. Por supuesto quienes podían hacer esto eran aquellos que tenían responsabilidades o acceso a las bodegas o talleres. Esta realidad era mucho más soterrada y, en general, las mujeres tienden a culpar a quienes sufrían esta situación alegando que en el refugio todo lo tenían y que sí padecían estas molestias era por que “algo habrían provocado”.

Entre las mujeres que estuvieron en Mesa Grande existe la experiencia de un grupo de mujeres cuya intensa labor vigilante en el orden interno (castigando a los hombres que bebían y maltrataban a las mujeres, denunciando el adulterio y abuso sexual de menores e incluso interviniendo en los pleitos femeninos causados por amores hacia el mismo hombre) les llevó a ostentar el título de “Batallón Pacho”. Lo de batallón resaltaba su carácter combativo en tanto que pacho hacía referencia a la falta de genitales masculinos. De esa manera los hombres pretendían hacer burla a su labor aunque ellas retomaron orgullosas la tarea e incluso el nombre.

En la entrevista colectiva con las mujeres que viven en Guarjila, el recuerdo del “Batallón Pacho” fue celebrado con gran entusiasmo, risas cómplices, y comentarios animados entre ellas así como deseos de contar su experiencia de participación en ese grupo femenino de vigilancia.

“ - Yo vivía en el campamento 1 y salíamos en la noche a ciertas partes allí, y porque nosotros salíamos a ver lo que estaba pasando nos pusieron un apodo, nos pusieron el batallón pacho. Nosotros no hacíamos caso, no nos importaba que nos dijeran eso, a lo que se quería era que se estuviera bien, verdad, que no hubiera ningún maltrato.

- Era divertido porque les metíamos miedo, porque muchos hombres que andaban haciendo algo fuera de lo común allí quedaban acorralados y amanecían presos, o si no se capturaban con algo que salían a vender a los cantones, de allí cerca, se robaban cosas de alguna parte o gente que trabajaba y lo iban a vender y muchos cayeron en esas redes. Yo me siento orgullosa de eso.

- Cuando yo llegué a Mesa estaba pequeña pero después a mí me pusieron de coordinadora de la vigilancia y tenía un montón de mujeres sólo mayores, yo cipota en medio de todas las señoras. Habían veces que dormíamos fuera de la champa, todas las mujeres amanecíamos bien heladas, pero uno estaba bien pendiente de lo que pasaba y también si es que iba a entrar gente. Nos acostumbramos a que nos dijeran batallón pacho.

- Y la consigna que había era que si se veía algo peligroso, algo que no podíamos solucionar, las piedras retumbaban encima de los techos de las casas y toda la gente sabía que era algo serio.

- Hasta un hombre que abusaba de su hija nos tocó que ajusticiar porque le llamamos al orden y no entendía y decía que tenía derecho a recoger la semilla que él sembró. Así decía.

- Nos tocaba que poner el orden en el campamento, poner quietos a los hombres que no querían portarse bien y también a las mujeres que se portaban mal. Había muchas que agarraban pleito que no estaba bueno, decían que una le había quitado el marido a la otra. Cuando eso pasaba se llevaban presas, ese era el castigo y para que tuvieran miedo”.

Respetadas e incluso temidas, las mujeres en su rol de vigilantes llegaron a sentirse poderosas, con capacidad para controlar aquellas conductas que les disgustaban en el plano moral y que en el pasado sólo podían soportar resignadamente. Se puede entender el orgullo de las mujeres ante el recuerdo de su batallón que aún sin los atributos masculinos que generalmente acompañan las tareas de defensa y protección, les proporcionó una sensación de seguridad necesaria mientras estaban sin su hombre para cuidarlas.

Descubrieron la posibilidad de prestarse apoyo mutuo y el encanto de ser vigilantes, ellas, las eternamente vigiladas.

Enseñando y aprendiendo. La educación en los refugios

Alrededor del 40% de las mujeres entrevistadas participaron regularmente en los comités que se formaron en los refugios para atender diversas necesidades colectivas. El 65% de ellas se integró al comité de educación sobresaliendo la participación de las mujeres menores de 25 años.

A diferencia de las comunidades rurales donde son escasos los rótulos porque apenas algunos podrían distinguir lo que quieren comunicar, las y los informantes coinciden en señalar que en los refugios había todo tipo de carteles para recomendar, informar, recordar, y mostrar los importantes avances en la eliminación del analfabetismo, un mal endémico de la población rural femenina salvadoreña.

Los comités de educación eran responsables de llevar adelante toda la gestión del proceso educativo: matrícula, elaboración de contenidos, aprovisionamiento de material didáctico, control en las aulas, relación con las y los educadores de Cáritas que trabajaban conjuntamente con las maestras populares... su responsabilidad era que todas las niñas y niños asistieran regularmente a la escuela y que la población adulta también fuera a clases de alfabetización, venciendo las resistencias de la edad, el exceso de trabajo, la falta de visión, el cansancio y la vergüenza.

El éxito de la labor del comité de educación es evidente entre las mujeres de la muestra. Ninguna de las que llegó al refugio siendo niña quedó sin educación básica e incluso un 11% continuó estudios de bachillerato y universidad una vez terminada la guerra. De las mujeres adultas que no sabían leer y escribir cuando llegaron al refugio, el 70% aprendió a hacerlo.

Cuadro No. 7: DISTRIBUCION DE LA MUESTRA SEGUN REFUGIO Y ESCOLARIDAD

	Mesa Grande	Colomoncagua	TOTAL	%
ESCOLARIDAD	Ninguna	3	4	11.1%
	Lectura y/o escritura	14	16	43.2%
	Algún año de educación básica	6	10	27.0%
	Algún año de educación secundaria	3	3	8.1%
	Bachillerato		2	5.4%
	Estudios superiores	1	1	5.4%
TOTAL	27	10	37	100.0%

Aunque la muestra de este estudio no es representativa de la población femenina del refugio, en el aspecto educativo parece coincidir con todos los estudios que refieren el alto grado de alfabetización adulta alcanzada en los refugios (Cagan y Cagan, 1993; Schrading, 1991; Montes, 1985); comparadas estas cifras con los niveles de analfabetismo femenino en las zonas rurales que alcanzaba en 1980 un 45,5% (Valdes y Gomariz, 1995) se puede afirmar que las mujeres gozaron de una inusitada atención para lograr reducir su falta de acceso a la educación y fueron, a su vez, pieza clave de este proceso en su rol como educadoras.

A pesar de que su presencia iba disminuyendo conforme avanzaban los niveles de escolaridad, siguiendo la misma dinámica que en cualquier sociedad en tiempos de paz, las maestras populares jugaban un importante papel en el proceso de concientización de su alumnado, pues a la vez que enseñaban las letras iban dando una explicación de las causas de la situación vivida introduciendo los conceptos de justicia, organización, derechos. El método de la educación liberadora de Freire era el utilizado en las escuelas de los refugios, sobre todo con las y los adultos recurriendo a métodos más tradicionales para la educación infantil.

Si las que aprendieron a leer y escribir en el refugio se sienten orgullosas de los resultados de su esfuerzo, más lo están aquellas que les enseñaron y que descubrieron un mundo desconocido y apasionante, por lo menos así lo fue para Reina, una joven refugiada que fue maestra popular en Mesa Grande.

"Yo tenía que madrugar para lavar, hacer el desayuno, dejar a los niños en la escuela y luego salir a trabajar. Nosotros trabajábamos todo el día, a las ocho teníamos que estar en la capacitación y de ahí hasta a las once y media o doce que veníamos a hacerle el almuerzo a los niños. Después salíamos a dar clases, a la una entrábamos y salíamos a las cuatro. De ahí nos reuníamos y se departían temas políticos sobre la organización para mejorar y así teníamos que estar hasta como a las nueve de la noche.

Yo tuve la oportunidad de prepararme, había gente que se interesaba en apoyarnos, en capacitarnos. Yo recuerdo que cuando empecé a estudiar allá noté la gran diferencia, porque cuando fuimos a la escuela aquí a la gente que iba del campo la trataban diferente que la que era del pueblo, a veces atendían más a los que iban del pueblo, en cambio allá no había diferencias, eso fue lo que a mí me gustaba, me motivó y logré aprender también”.

Las maestras populares eran conscientes de su gran responsabilidad y de los escasos medios con que contaban para cumplirla. Reina también recuerda la escasez de material educativo que había en Colomoncagua y el ingenio utilizado para superarla.

“Era una responsabilidad educar a esos niños y hacer que no se golpearan porque eran muy peleones, no estaban acostumbrados a estar amolotados así con los demás niños. Cuando en Honduras se empezó a dar clases se daba debajo de los palos, sentados en piedras y sin cuadernos, escribiendo con carbón. Era un gran esfuerzo que hacía la mujer de agarrar ese grupo de niños, enseñarle a como ella pudiera y con lo que ella sabía, con tercero o segundo, cuarto grado, pues. Fíjese que los cuadernos se hacían con las bolsas donde venía la harina para hacer la leche, de allí sacaban las hojitas de papel para que los niños escribieran. ¡Ay Dios!, esas bolsas se cuidaban tanto que dolía ver que los cipotes las mancharan porque era bien difícil conseguir otro cuaderno”.

A pesar de esas limitaciones, hacia el final del tiempo en el refugio, se pudo levantar una pequeña biblioteca en Colomoncagua. Además de la instrucción académica básica, también se impulsó una escuela técnica en la que se enseñaba dibujo técnico, matemáticas, mecanografía. Los instructores motivaron a las muchachas para que se incorporaran a esta modalidad de enseñanza, pero pocas de ellas se animaron y sus clases eran mayoritariamente masculinas.

Sin embargo, con respecto a la educación algo importante había sucedido. Las mujeres que antes no veían en ella un medio para mejorar, para imaginarse un futuro distinto, aprendieron una importante lección: podían aprender y podían enseñar. Ambas actividades se perfilaban como el primer paso de nuevos rumbos para sus vidas.

La salud y la planificación: derechos nuevos

La salud fue uno de los problemas más graves en el inicio de la vida de las mujeres como refugiadas. Sin comida ni agua suficiente, en condiciones higiénicas lamentables, con un calor extenuante por el día y una fuerte humedad por la noche, con heridas producidas durante su huida, con el miedo a cuestras, las infecciones arreciaban al igual que las diarreas y la deshidratación que ocasionaban la muerte de la población físicamente más vulnerable. En los primeros meses, los escasos médicos y enfermeras que prestaban auxilio a quienes llegaban al refugio no se daban abasto.

Con el paso del tiempo y la mejora en las condiciones de vida la situación mejoró, se controló la desnutrición, el cuerpo se adaptó a las nuevas condiciones climáticas y se pudo iniciar un amplio programa de salud donde el personal médico extranjero y un amplio número de mujeres jóvenes formaban comités de salud para la atención preventiva y curativa en las áreas de la salud materno-infantil, nutrición, odontología.

Las organizaciones Médicos del Mundo y Médicos sin Fronteras estuvieron presentes para prestar sus servicios. La relación con la población no siempre fue buena, sobre todo de la última, que en 1988 se retiró de Colomoncagua debido a las quejas que suscitó su labor. Desde ese momento el Ministerio de Salud de Honduras asumió el servicio en ese refugio.

A pesar de las carencias y las angustias de los primeros tiempos, el servicio de salud con que contó la población refugiada fue una novedad en su vida. La muerte por enfermedades de fácil prevención y debidas en gran

medida al hambre, era —y sigue siendo— una realidad cotidiana en la vida del campesinado. Una alta tasa de mortalidad infantil que en la década de los 70 alcanzaba una tasa de 99 por cada mil nacimientos y de 77 en los años 80 (Valdes y Gomariz, 1995) era un mal que las mujeres habían aprendido a tolerar y que en los refugios vieron que era posible frenar.

Un amplio sistema de prevención y educación corrió a cargo de las promotoras de salud que visitaban a cada familia para enseñar medidas higiénicas básicas (como la esterilización del agua y el lavado de manos), garantizar la limpieza de las letrinas, comentar la mejor manera de aprovechar los alimentos, dar seguimiento a quienes padecían alguna enfermedad para evitar que se agravara por falta de atención, explicar los análisis, atender las dudas de las embarazadas... en fin, dotar a la población de conocimientos mínimos para prevenir enfermedades o detectarlas en sus fases iniciales.

Y junto con el aprendizaje de su nuevo derecho adquirido —el derecho a la salud—, las mujeres se enteraban de una nueva posibilidad al alcance de la mano: controlar su fertilidad. En el pasado, ésta podía prodigarse hasta en catorce embarazos como en el caso de la mujer entrevistada con mayor número de hijas e hijos y prolongarse a lo largo de 25 años, si se toma en cuenta que las primeras concepciones se tenían alrededor de los 15 años o un poco menos para cesar hacia los 40 años o un poco más.

Tomando en cuenta las edades que las mujeres de la muestra así como los comportamientos de su fertilidad arriba mencionados, se ha elaborado un cuadro comparativo del promedio de hijos e hijas que se tuvieron antes y durante el refugio.

Cuadro No. 8: PROMEDIO DE HIJAS E HIJOS ANTES DEL REFUGIO Y DURANTE LA ESTANCIA EN EL MISMO SEGUN CAMPAMENTO

Refugio	Promedio de hijas/os al llegar	Promedio de hijos/as durante la estancia
Mesa Grande	3.8	1.24
Colomoncagua	3.4	0.6

El descenso de los embarazos durante el refugio no es algo raro ya que la mayoría de las mujeres no tenían pareja estable en el refugio, muchos de ellos eran combatientes o habían muerto. También se puede explicar por el acceso a los anticonceptivos que tenían las mujeres por primera vez en su vida. Aunque todas las mujeres reconocen que la posibilidad de controlar su fecundidad es una diferencia importante en su vida como refugiadas, hablar de ese tema sigue ocasionándoles enormes dificultades. Parece ser que no están del todo seguras que sea un cambio positivo aunque tampoco pueden negar absolutamente el alivio que les proporcionó.

En las entrevistas colectivas, algunos de cuyos fragmentos se reproducen a continuación, se puede observar claramente esta ambivalencia. A las preguntas explícitas responden con rodeos y resistencias, como si fuera un tema que sólo incumbe a las mujeres de dudosa reputación. Veamos.

Entrevista colectiva con las mujeres de la comunidad Segundo Montes, provenientes del refugio de Colomoncagua

- ¿Qué pasó con la idea de que había que tener los hijos que Dios quisiera, también cambió en el refugio? ¿Las mujeres podían planificar?
- Si no teníamos marido allá. (Todas ríen)
- ¿Pero algunos niños nacerían en el refugio ¿o no?
- Sí, algunos ya nacían.
- ¿Entonces?
- A veces hay mujeres que tal vez... algunas estaban solas, a veces de tanto esfuerzo que habían hecho venían a regarla en unos minutos, vaya, algunas se trajeron hasta tres niños de allá, cuatro. O a veces algunas que tenían sus esposos acá y se metían con otro hombre allá, tenían otro niño... porque a veces hay hombres que... había una mujer que tuvo un niño de otro hombre, pero dijo que no era así y el marido acabó acostándose con otra. Otros que se metieron con algunas mujeres que tenían niños de otro y así, son problemas que se dieron allá en el refugio. Lo otro es también, vaya, como algunas allá andaba dando tantas charlas de planificar...
- ¿Quién daba esas pláticas?
- Sabían que se estaban dando muchos problemas con lo de tener muchos niños. Vaya decían algunas mujeres 'voy a tener otro hijo' y como allá todo se daba si había otro niño había otra ración. Decía la mamá 'bueno se va aumentando la ración',

pero más no sabía que iba a llegar un tiempo que teníamos que ver cómo nos íbamos a mantener acá. Aquí cuando venimos nos dieron todavía algunos días alimentación, pero ya de allí si ya suspendieron la ayuda y entonces fue cuando empezamos a brincar que ya no hallábamos cómo hacer para poder mantenernos. Pero como digo que...vaya algunas mujeres que estaban allá que tenían sus hombres acá, pues contaba con que los querían, bueno y esas mujeres no hicieron eso, se sostuvieron... porque hubo un tiempo que al hombre se le concedió ir a visitarla.

- ¿Qué apoyo tenían las mujeres que no querían salir embarazadas en el refugio?
- Yo no recuerdo que haya habido exigencia a planificar allá por nadie, no era exigido. La que quería lo podía hacer.
- Había mujeres que a veces hasta dos tenían un solo marido y cuando una estaba criando la otra ya lo tenía grandecito. No era muy común eso pero sí se daba. Había señoras que ya no hallaban qué hacer con tanto hijo, a veces hasta querían regalar sus a niños porque era trabajo darles de comer.

Llama la atención que este grupo de mujeres, que se había expresado fluidamente en una amplia entrevista dando su opinión sobre diversos temas, se mostrara tan confuso en sus expresiones al abordar este aspecto. Da la impresión que la vida sexual durante la guerra fuera para ellas algo tan enredado como sus palabras de ahora. La frase “algunas mujeres que estaban allá que tenían sus hombres acá, pues contaba con que los querían, bueno y esas mujeres no hicieron eso, se sostuvieron...” encierra una fuerte crítica a las mujeres que se embarazaron en el refugio, lo mismo que la referencia a la causa por la que se iniciaron las charlas sobre planificación.

Un fuerte ideologización sobre la necesidad de controlar la natalidad – actitud bastante sensata en una situación de guerra- combinada con un amplio acceso a los anticonceptivos -que las mujeres se apresuran a afirmar que no era una exigencia- por lo menos entre las más involucradas en la organización del refugio, podría explicar el menor número de hijos que tuvieron las mujeres de Colomoncagua. Asimismo, una rígida política del ERP sobre los embarazos, que a decir de algunos de sus dirigentes llevaba a presionar a las mujeres a que abortaran y guardaran silencio sobre ello (Vázquez, et al, 1996) puede ser una de las razones para entender el discurso confuso de las mujeres sobre el tema.

Más claros son los comentarios de las mujeres de Santa Marta que afirman sin ninguna duda que la planificación era la única opción que tenían las muchachas que querían incorporarse al ejército guerrillero y que observan esta práctica como parte del conjunto de cambios que vivieron en el refugio.

Entrevista colectiva con las mujeres de la comunidad Santa Marta provenientes del refugio de Mesa Grande

- ¿Y díganme, en el refugio las mujeres planificaban?
- Por razones de guerra sí, por ejemplo, la esposa de mi hijo era sólo tomando pastillas para que no quedara embarazada. Allí comenzó la planificación.
- ¿Para todas?
- Sí, en el centro de salud de allí, por ejemplo, si usted se iba ese día a incorporarse al FMLN, a venirse para la zona, le decíamos nosotros, si estaba embarazada no se la traían. Por eso ellos nos aconsejaban planificar, para no salir embarazadas luego.
- ¿O sea que en el refugio conocieron la planificación?
- Sí, y fue otro cambio. Antes tampoco las mujeres participaban

en una carpintería, ese fue otro cambio y había un tipo de igualdad, pero como todavía no entendíamos que era la igualdad que se buscaba, entonces eso fue diferente. Pero también las que iban a la mecánica, ya era como un trabajo de hombre... otro cambio.

Pero aunque se expresan claramente sobre el tema, no queda del todo claro si las mujeres de este grupo valoran positiva o negativamente ese cambio, lo incluyen dentro de una serie de conductas que se estaban modificando y para las que tal vez no tenían una valoración precisa. Son las mujeres de Guarjila las que desenmarañan las confusiones sobre la planificación: es un pecado. Un pecado que algunas consideran necesario para que no haya tantos niños sufriendo pero que ninguna se atreve a reclamar como un derecho.

Entrevista colectiva con las mujeres de la comunidad de Guarjila provenientes del refugio de Mesa Grande

- Yo tuve 12 hijos, y tuve 12 porque pequé, planifiqué un año de escondidas, porque él no quiso nunca.
- En un tiempo bastantes mujeres planificaban ya, lo hacían bastante oculto porque cuando la gente se daba cuenta que aquella mujer estaba planificando todo mundo decía 'aquella mujer pecadora'. Lo hacían bastante en silencio.
- Otros pecados los tengo pero decir que yo me voy a beber una pastilla para no tener hijos, no lo hice. Mi mamá también tuvo los 9 y ella no pecó; la otra hermana que tuvo 19 no pecó tampoco.

- Yo tengo la duda... dicen que las mujeres que se esterilizan son mulas del infierno, entonces digo yo que ahorita estamos unas cuantas, incluida yo. Yo oigo decir que bastantes mujeres se esterilizan, pero si será cierto, a saber... de eso no se habla.
- Yo digo que la que va a botar un niño sí las encuentro como mulas del infierno, porque eso no lo deberían de hacer. Pero las que se esterilizan, esas no, porque es una prevención, pues, no tener tanto hijo, porque mucho sufrimiento para los niños.

Así es como en el recuento de las mujeres de sus nuevas capacidades y derechos reconocidos en el refugio, entra haber tenido acceso a una mejor atención de su salud, en general, pero no así el descubrimiento de los anticonceptivos. En el mejor de los casos, ese cambio se reconoce pero no es de los primeros que se reivindican.

Rompiendo la reserva y el miedo a hablar

Sí se reivindica amplia y rápidamente, en cambio, la ruptura de sus tradicionales actitudes de reserva y timidez que cambiaron drásticamente al tener que convivir con mucha gente distinta y animadas a expresar sus ideas en público. Ese cambio fue de gran impacto para las mujeres, sobre todo para las adultas que junto con el aprendizaje de la obediencia habían adquirido el hábito de callar, no preguntar y, por supuesto, no dar su opinión ni esperar que alguien se las pidiera.

“Cuando llegamos a Honduras, recuerda Reina, la gente ni al saludo respondía. Había gente que no iba ni a la cocina porque le tenía miedo a las otras mujeres. Yo bien me acuerdo que mi mamá pasaba haciendo la comida sólo con la misma familia porque las otras mujeres ni se acercaban por el miedo. Ya después la gente se tenía confianza, hasta el nombre se preguntaban y se daban conversación”.

Para llevar adelante el modelo de vida colectivo del refugio, la reserva y timidez de las mujeres era un obstáculo. Se necesitaba de su participación pues como se ha visto eran parte fundamental de algunos comités y talleres. Sin hombres a su alrededor que opinaran por ellas tenían que vencer el temor a expresarse... y lo hicieron. Algunas recuerdan que hasta clases de teatro recibieron donde les hacían cantar canciones y representar situaciones varias para superar la vergüenza de expresarse en público.

La palabra, elemento fundamental de la comunicación, les estaba limitada a las mujeres. En gran parte de su vida sólo podrían hablar con otras mujeres de asuntos domésticos o tratar con criaturas pequeñas en un lenguaje accesible para hacerse obedecer; otros problemas le serían ajenos porque no entendían las palabras que los expresaban y porque no tenían palabras suficientes para expresar sus preocupaciones.

En el refugio no sólo adquirieron la palabra, junto con ella reconocieron su derecho a utilizarla para quejarse, exigir y, en menor medida, también para orientar y proponer. Y es que aunque en todas las historias de las mujeres está presente el orgullo de haber aprendido a expresarse –la aceptación de la entrevista era una buena muestra de ello- y el reconocimiento de que la población femenina era mayoría en el refugio, haciendo un recuento de su participación en las instancias de coordinación de los mismos se evidencia que todos estos cambios tuvieron un límite al llegar a las tareas de conducción de la vida pública de los refugios.

Llama la atención, como se verá en el cuadro 9, que la principal razón para no integrarse en esta tarea se ubica en una causa externa. Con la frase “no me dijeron” las mujeres evidencian su dificultad para tomar la iniciativa en un terreno que no consideran propio y queda planteada la duda de que hubiera pasado con su participación si les hubieran dicho.

Cuadro No. 9: PARTICIPACION EN DIRECTIVAS. PORCENTAJES SEGUN REFUGIO Y RAZONES PARA NO PARTICIPAR

	Participación		Razones para no participar			
	SI	NO	No le gustaba	No le dijeron	No se sentía capaz	Tenía otras tareas
Mesa Grande	25%	75%	20%	47%	20%	13%
Colomoncagua	45%	55%		67%	33%	

Otro dato que llama la atención es que el 70% de quienes sí formaron parte de las directivas por subcampamento se ubica en el grupo de edad de entre 17 a 25 años, el 80% era madre y el 50% había sido combatiente durante algunos años. Este mismo grupo es el que menor participación tenía tanto en los talleres como en los comités y que señalan la falta de tiempo por el exceso de trabajo doméstico como causa de su ausencia en estas tareas.

Se puede vislumbrar una diferenciación de actividades según la edad. Las mujeres mayores parecen más dedicadas a participar en los talleres, fundamentalmente en los de costura y bordado, y se hacen cargo del cuidado de las criaturas, propias y de sus hijas; en tanto que ellas, más jóvenes, podían ausentarse temporalmente del refugio para combatir y, mientras vivían en él, realizaban tareas de coordinación que las mantenían en la zona de vivienda y, por tanto, eran compatibles con la realización del trabajo doméstico, o se dedicaban a trabajar en los comités de salud y educación y desde ese trabajo se les integraba a las directivas.

Tránsito era una de esas jóvenes que sentía encima “la gran responsabilidad de orientar por buen camino a la gente” ya que coordinaba un sector en Mesa Grande. Recuerda como, sobre todo, tenía miedo. *“Es que era un gran cambio, de tener una responsabilidad a estar cuidando niños y atendiendo al hombre; era un poquito de gran experiencia y un gran paso porque estar coordinando una gran cantidad de gente y tener a su responsabilidad toda una colonia era muy grande, una experiencia muy grande”.*

Grande fue, sin duda, la ruptura de esa reserva típicamente campesina que no permite a las mujeres expresarse abiertamente en cualquier espacio. Grande su esfuerzo para participar en tareas del ámbito público combinándolas con las labores requeridas para mantener la carpa que ahora era su hogar. Grande el ánimo de estas jóvenes que superaron el miedo de hacerse escuchar por una asamblea de cientos de personas.

Grande también parece haber sido la convicción de que no todas las mujeres podían ser llamadas para cumplir esa tarea. Y más grande aún la certeza en ellas de que para adentrarse en el espacio público no basta su disposición y capacidad sino que tienen que esperar que de algún sitio (de entre los hombres, seguramente) surja la iniciativa de llamarlas.

El amor en tiempos de refugio

La timidez y la reserva para hablar, que en algunos aspectos fue superada por las mujeres, vuelve a aparecer cuando se trata de recordar la vida de pareja en el refugio. Una primera impresión que transmiten sus narraciones es que la ausencia de los hombres en ese contexto fue total, pero escarbando un poco más a fondo se puede observar que la vida afectiva y sexual de las mujeres cambió, como muchos otros aspectos de sus vidas, pero no desapareció. Su omisión en el recuento de esa etapa parece responder a una consigna implícita que resalta el sufrimiento, el coraje, el trabajo, la entrega y en donde tantos valores propios de la moral revolucionaria de la época combinada con la cultura campesina de siempre, no dejan espacio para el placer.

Sin embargo, las penas de amor siguieron existiendo así como sus alegrías. En este terreno se observa una clara diferencia entre el comportamiento de las jóvenes y de las adultas así como también entre las mujeres de Colomoncagua y Mesa Grande. Prácticamente todas las jóvenes de Mesa Grande se emparejaron al llegar a la edad propicia (que oscila entre los 15 y 16 años) en tanto que las mujeres adultas que no

tenían pareja (por muerte o separación) no establecen parejas estables aunque sí tienen algunas relaciones esporádicas.

Las jóvenes de Colomoncagua, por su parte, formaron pareja un par de años más tarde (alrededor de los 18 años en promedio) y cuando ya estaban en la repoblación. Las adultas que no tenían pareja estable no iniciaron nuevas relaciones hasta que llegaron a la repoblación. De hecho, las únicas criaturas que nacieron en Colomoncagua son las de las mujeres adultas que estaban emparejadas antes de irse al refugio.

Otra diferencia notable entre jóvenes y adultas de ambos refugios es el número de parejas establecidas. Mientras el 60% de las jóvenes han establecido más de dos parejas a lo largo de su vida, un 65% de las adultas se han mantenido con su pareja original. Esta disminución en la tolerancia a las actitudes machistas de los hombres, fue aprendida por las jóvenes en el refugio y es un punto de debate intergeneracional. Algunas mujeres adultas valoran positivamente esta rebeldía de sus hijas en tanto que otras no están muy seguras de que sea una real ganancia para las jóvenes pues también anotan la mayor irresponsabilidad de los hombres para con su prole.

En la entrevista colectiva con las mujeres de Santa Marta, este punto fue señalado y discutido de manera amplia. Veamos algunas opiniones.

- Una mujer de ahora ya no le aguanta tanto a un hombre. Si viven mal y él no cambia, lo que hace es dejarlo y buscarse otro, tiene esa libertad. Antes no pasaba eso, con el que uno se casaba con ese iba a estar siempre.
- ¿Aunque le diera mala vida?, pregunta una joven.
- Sí, aunque le diera mala vida, ella debía seguir con él.
- Pues no debe ser así. Yo hace poco me dejé con un muchacho

que tengo un hijo de él, entonces fui donde la suegra y le dije *“mire yo ya no puede vivir ya con su hijo, yo me voy a dejar con él por tal y tal razón”*. Ella decía que las mujeres de hoy no quieren aguantarle nada al hombre, *“yo le aguanté a mi marido hasta que me pegara con un garrote”*, me dijo. Pues yo no le voy a aguantar que me pegue con nada, le dije, así que lo siento. Yo trate de explicarle bien a ella pero ella no me dejó que le explicara.

- Las mujeres de ahora aguantan menos, confirma con un suspiro la mayor del grupo.
- Mire, yo conocí a una señora que estaba dando catecismo o moliendo y si venía el hombre y le decía *“hínquese aquí”*, allí caía hincada y él se sacaba la correa y le daba con la correa, y ella llorando y moliendo...
- Yo era así, sólo me dejaba mandar, si él me decía no salís, no salía y punto; pero como él andaba con mujer por fuera entonces yo cambié un poquito, no es para decir que yo iba a cambiar para andar de loca, no. Yo he cambiado en el sistema de que si voy a pasear donde mis hijos, si vengo, vengo a los tres días y él no me dice nada.

Esos cambios de actitud con respecto a la pareja que se incubaron en el refugio también modificaron, de manera unilateral y exclusivamente en algunas jóvenes, la costumbre campesina de no expresar abiertamente los afectos. Para los hombres, según cuentan algunas muchachas, debió ser novedoso encontrarse con que ellas reclamaban atenciones y demostraciones de interés para las que ellos no estaban preparados y que les costó el abandono como cuenta Paty.

“Con el muchacho que me acompañé antes de mi esposo, nos dejamos porque cuando lo enamoran a uno ellos se portan bien atentos y cariñosos pero cuando ya estaba acompañada con él se

mostraba indiferente, no me hacía caso cuando le hablaba... entonces lo fui dejando. Después conocí al compañero que tengo ahora, nos conocíamos desde antes porque él llegaba a los refugios pero no nos fijábamos ni yo en él ni él en mí, hasta estando aquí (en la repoblación) fue que él me empezó a hablar y cuando yo me dejé con el otro muchacho. No era tan cariñoso, pero se mostraba de otra forma conmigo porque no se avergonzaba cuando yo me le acercaba y él se acercaba a mí también, entonces me acompañé con él".

Las mujeres adultas vieron disminuir su autoridad en las jóvenes con respecto a las parejas, la tolerancia a los malos tratos y la exigencia de mayores y claras muestras de afecto hacia los hombres ya que en estos aspectos hubo nuevos modelos de comportamiento que influyeron de manera decisiva en las jóvenes, lo que no significaba que las madres fueran la principal fuente de apoyo para el cuidado de hijos e hijas cuando llegaban como corolario de romances no siempre destinados a perdurar por toda la vida.

Aunque en ambos refugios hubo guarderías, no cubrían toda la demanda de atención de niñas y niños (generalmente sólo se ocupaban de las criaturas cuyas madres estaban en los talleres) y las familias seguían siendo el principal sostén para cumplir esta tarea. Por cierto, a pesar de la disgregación de la familia nuclear, en el refugio la mayoría de las mujeres de Mesa Grande (80%) y todas las de Colomoncagua, tenían familiares.

Uno más de los aprendizajes del refugio fue la ampliación de los referentes familiares y la convivencia más cercana con la familia extensa y el establecimiento de nuevos vínculos vía el compadrazgo y la amistad, que además de ampliar las relaciones sociales de las mujeres, les ayudaron a sobrellevar la vida durante esos años.

Integrando las novedades de la vida en el refugio

Integrar tantas novedades de la vida en el refugio no fue un proceso rápido ni fácil. Tuvo una dinámica de avances y retrocesos según la edad y el tiempo que se iba pasando en el refugio. Al principio, recuerdan algunas mujeres, les costaba integrarse en las tareas, lo hacían a desgana y, sobre todo, para mantenerse ocupadas y tratar de olvidar las penalidades de la represión y la huida; todavía no encontraban en el trabajo una fuente de orgullo y afirmación.

La idea de que el refugio era un acontecimiento temporal abonaba esa sensación. Todo pasaría pronto, creían, y podrían regresar al hogar donde su hombre las iba a estar esperando y volverían al reparto habitual de tareas: él a la milpa, ella a la casa. ¿Qué caso tenía entonces aprender cosas diferentes? Podría ser incluso que él se molestara si la veía regresar muy cambiada así que mejor no sembrar conflictos innecesarios.

Pero el tiempo pasaba y el refugio no sólo no terminaba sino que se iba configurando una vida cotidiana que hacía pensar en el largo plazo. La ilusión del retorno inmediato se fue desvaneciendo y las niñas y jóvenes fueron las primeras en adaptarse a su nueva vida. Los juegos en el refugio se parecían bastante a los del tiempo pasado y ahora tenían una cantidad de compañeras y compañeros con quienes divertirse. Las jóvenes tenían ante sí una serie de oportunidades inimaginables para sus madres y, además, casi toda la gente a su alrededor las animaba a asumirlas.

Para cubrir las necesidades básicas de la población refugiada, se hicieron presentes una serie de organismos internacionales implementando diversos programas (entre las más importantes se destacan ACNUR, el Programa Mundial de Alimentos, Las Iglesias y organismos como Cáritas, Catholic Relief Services, Médicos sin Fronteras, Médicos del Mundo). Su personal, sobre todo el que vivía en el refugio, así como un sinnúmero de personas que ingresaban a través de organismos no gubernamentales salvadoreños para apoyar los programas de salud, educación o capacitación técnica, jugó un papel importante en hacer de esta experiencia

un período de aprendizaje y convivencia estimulante para las mujeres y cuestionar algunas de las actitudes más discriminatorias hacia ellas.

Las mujeres no tienen ninguna duda en afirmar que fueron los internacionales, los solidarios, los cheles –y aunque no las nombran en femenino reconocen a las mujeres como su principal apoyo– quienes jugaron un papel central en el proceso de integrar tantos cambios y mostrarles nuevos caminos. Muchos de ellos en forma de programas y proyectos formales, pero otros, los más frecuentes, surgidos del trato cotidiano, de las pláticas al atardecer, del conocimiento de diferentes formas de vida y de aspiraciones femeninas que poco tenían que ver con las que les habían enseñado sus madres, sus abuelas... las mujeres de antes.

“Lo aprendí de mujeres internacionales, responde Reina sin dudarle a la pregunta sobre a quién influyó en las ideas que ahora tiene sobre la vida de las mujeres que venían a los lugares del refugio. Ellas eran las que decían, las que enseñaban a... me acuerdo que estaba cipota yo y nos enseñaban a jugar deportes. Ya nos decían las mamás ‘¿y qué andan jugando así si eso lo juegan los hombres?’ pero ellas manejaban eso de que la mujer tenía que tener igual derecho que el hombre”.

“Nosotros, cuando nos fuimos de acá, íbamos bien ignorantes. Y nosotros lo que teníamos era sólo estar teniendo hijos, dejarle la comida al esposo, no teníamos ninguna aclaración, pues, de la mujer; de cómo debía de ser. Allá en el refugio hubo muchas personas de otros países que venían a dar alguna capacitación a la gente, y bueno se han venido agarrando algunas experiencias y a tener más orientación”, coincide Tránsito.

“Las mujeres de las comisiones internacionales que llegaban comenzaron a organizar los grupos de mujeres, habían bastantes organizaciones allá”, recuerda Leonor, aquella mujer que bordaba mantas y para quien también las mujeres de otros países fueron una presencia importante en su vida.

Las cooperantes europeas y estadounidenses, por su cuenta, recuerdan el gran impacto que les ocasionó ver la total sumisión de las mujeres hacia los hombres y el esfuerzo que tenían que hacer para convivir con esas diferencias. Pero aún respetando las diferencias culturales, no pudieron dejar de señalar las actitudes más retrógradas contra las mujeres y su indignación, junto con su trabajo diario al lado de las mujeres, dejó una huella importante, que perdura a pesar de los años y las vicisitudes de los mismos.

Esta interacción entre formas de vida femenina distintas trajo varias consecuencias, una de ellas fue que las mujeres integraran positivamente los cambios del refugio y que, convencidas que allí pasarían algunos años de su vida, fueran entusiasmándose con su nuevo rol, peleando por ingresar a talleres tradicionalmente, yendo a alfabetizarse, dejando que sus hijas participaran en la vida pública, afirmándose en su identidad de refugiadas, una comunidad de mujeres trabajadoras capaces de vencer la adversidad y de construir una vida colectiva en plena guerra.

Las mujeres adultas también recuerdan la influencia de la iglesia, sobre todo la católica, en la aceptación de sus nuevos papeles. Las misas se realizaban con periodicidad así como algunas otras celebraciones religiosas; sacerdotes y algunas monjas así como catequistas y celebradores de la palabra se involucraron activamente no sólo en el apoyo espiritual sino también en la organización social y comunitaria del refugio así como vigilando el respeto a los derechos humanos de la población refugiada.

Las mujeres se sentían muy reconfortadas con la presencia de la iglesia y sus mensajes de apoyo y se involucraron en las tareas que desde el llamado comité social se encargaba de la organización del tiempo libre a través de eventos deportivos, celebraciones de fechas significativas u otros eventos recreativos. Estas actividades ayudaban a romper un poco la rutina creada por el trabajo y distender las tensiones propias de la vida controlada del refugio.

Las distintas influencias existentes en el refugio no siempre fueron armónicas, sobre todo porque a pesar de que los representantes de la iglesia eran adeptos a la Teología de la Liberación, en lo tocante a la situación de las mujeres y la familia mantenían posturas muy conservadoras. Las cooperantes extranjeras, por su parte, se encargaban de mostrar a las mujeres que muchas de las creencias que las mantenían alejadas de la vida pública y productiva eran falsas, por ejemplo, la idea de que no podían acercarse al campo porque sus humores hacían daño a las cosechas.

Las diferencias, sin embargo, pudieron convivir en el refugio ya que el asedio externo era lo suficientemente agobiante como para permitir la creación de cauces por donde fluyera la diversidad existente. Además, había una población lo suficientemente numerosa que necesitaba todos los apoyos que llegaban a los refugios.

Las formas de integrar esas vivencias fueron semejantes en ambos refugios, si bien se pueden encontrar diferencias importantes en la valoración que, a posteriori, las mujeres hacen de su vida y aprendizajes en el refugio. Las de Mesa Grande hacen énfasis en que lo que más les gustaba era la solidaridad y lo colectivo, en tanto que las de Colomoncagua valoran el refugio como un espacio de aprendizaje de actividades diferentes y como un lugar donde aprendieron que las mujeres podían desempeñar tareas asignadas exclusivamente a los hombres.

Cuadro No. 10: RESPUESTAS A LA PREGUNTA: ¿Qué cosas nuevas aprendió en el refugio? PORCENTAJES SEGUN REFUGIO

	Nuevos aprendizajes adquiridos en el refugio				TOTAL
	Ninguno	Nuevos oficios	A compartir lo poco que se tiene	Que las mujeres son capaces	
Mesa Grande	40%	10%	30%	20%	100%
Colomoncagua		55%		45%	100%

Llama la atención el alto porcentaje de mujeres de Mesa Grande que dicen no haber aprendido nada nuevo en el refugio ya que en sus historias individuales reconocen una serie de cambios vividos en el refugio. Una posible explicación de esta respuesta es que muchas de ellas se encuentran decepcionadas en la actualidad y desde ese abatimiento niegan las experiencias positivas de aquel tiempo. Otra razón puede encontrarse en que las mujeres no le encuentran utilidad práctica a esos aprendizajes en su vida presente. Y por último, puede ser al no haber dejado nunca de hacer el trabajo doméstico, las tareas de la cocina y el cuidado de las criaturas, las mujeres no integren a su recuerdo las vivencias del refugio más allá del cumplimiento de esas tareas.

Abundando sobre las razones de esta respuesta también puede añadirse que en tanto el 67% de las mujeres de Colomoncagua afirma que la participación en las tareas era obligatoria, el 50% de las mujeres de Mesa Grande dice lo mismo. Estos datos, y aquellos que hacen referencia a una cuarta parte de refugiadas de Mesa Grande que no hacían vigilancia, pueden constatar que la presión en ese refugio era menor y que hubo algunas mujeres que no siguieron el proceso de activa participación que se ha descrito antes o que, si lo hicieron, no fue del todo voluntario.

También es interesante resaltar la ausencia del sentimiento de solidaridad en los recuerdos de las mujeres de Colomoncagua al mismo tiempo que, en un mayor porcentaje, dicen haber aprendido en el refugio que las mujeres eran capaces de llevar adelante las mismas tareas que los hombres. Parece como si cada una de ellas tuviera que haber hecho ese aprendizaje en solitario y que la existencia de organismos específicos de mujeres, como los que hubo en Mesa Grande, no contribuye necesariamente a estimular la conciencia de capacidad entre sus integrantes. Eso nos lleva a hacer referencia a la manera como se construyó el sentido de identidad colectiva de las mujeres

El colectivo femenino en el refugio

En todas las narraciones individuales de las mujeres se puede encontrar una historia de trabajos y penalidades, sobre todo, de trabajo. En el refugio trabajaron todo el tiempo, en diversas actividades y ellas así lo reconocen. Sin embargo, cuando se les pregunta sobre el quehacer del colectivo femenino, en otras palabras, sobre el trabajo que realizaban las otras mujeres refugiadas que no eran de su familia, el 82% afirma categóricamente que no hacían lo mismo que ellas. Ahondando en esa respuesta se puede encontrar una descripción poco precisa de las tareas de otras mujeres junto con algunas valoraciones, la mayoría, un poco despectivas como “sólo hacían trabajo doméstico” o “eran haraganas”. Solamente un 10% da como respuesta “las mujeres eran bien activas”

En las entrevistas colectivas se pudo encontrar una dinámica semejante, al mismo tiempo que alababan, en general, el esfuerzo de las mujeres – y el suyo propio– se referían con poco aprecio a las mujeres más cercanas, las que, a su juicio, estaban mal porque ellas querían, porque no hacían nada para evitarlo. Las mismas entusiastas integrantes del batallón pacho que defendían a las mujeres de los malos tratos de sus maridos afirman sin ninguna duda que “la violencia se da porque ellas lo permiten, porque si ellas se quieren dejar maltratar no se puede hacer nada por ellas”.

Las cooperantes extranjeras recuerdan su desesperación ante la falta de solidaridad entre las mujeres y sus innumerables pleitos, regularmente relacionados con los hombres. *“Continuamente había peleas entre las unas y las otras porque decían que andaban coqueteando con el compañero o acostándose con él, o se reclamaban que si había gastado más agua y todo ese tipo de cosas. Parecía que no podían arreglar un problema sin darse las grandes putiadas públicas e incluso pegarse. Era terrible eso, eran como gallinas peleándose al gallo que se paseaba como diciendo ‘que macho soy’”* (Carmen Veiga, entrevista ad hoc, octubre de 1998).



Al parecer no hubo suficiente tiempo, interés o capacidad para trabajar en torno a la identidad colectiva de las mujeres o el que existía apenas alcanzaba para combatir todos los mitos y prejuicios existentes contra ellas. Aunque ellas eran mayoría, su trabajo fundamental para mantener el sistema comunitario implantado y sus vidas habían cambiado radicalmente terminando con su ausencia de la vida pública, lo cierto es que en el ámbito privado su vida parecía la misma: ellas seguían considerándose las únicas responsables de la crianza de hijas e hijos, las que tenían el deber de sacar adelante el hogar, las que subordinaban todo a la autoridad masculina, y las que obedecían a la pareja buscando formas encubiertas para lograr lo que querían.

A pesar del gran número de tareas colectivas que se realizaban, lo cierto es que un 56% declaran no haber recibido ningún tipo de apoyo para las tareas domésticas y sólo un 20% recuerda la elaboración de la comida como una tarea colectivizada en los primeros tiempos. Más común era que se elaborara colectivamente la comida para los centros de nutrición infantil, para las y los ancianos o cuando llegaban grupos grandes al refugio.

Ellas podían organizarse pero cuidando que lo que las uniera fuera el trabajo y no que convirtieran ese espacio en un lugar para contar problemas. Por lo menos de esa manera se refieren las mujeres de Colomoncagua a su experiencia en el Comité de Madres.

“No estaba permitido chambrear, se hacían reuniones y se le decía a la mujer ‘usted esta haciendo chambre’ y no se dejaba pasar nada. Se le criticaba públicamente en la asamblea y ella tenía que prometer no volver a hacerlo. Eso funcionaba a veces pero... las mujeres son chambrosas siempre”.

Parece que en el imaginario colectivo del refugio las mujeres habían ganado espacio y reconocimiento por su capacidad de trabajo y sacrificio y asumido un liderazgo importante sobre la base de la ausencia de

hombres más que por representar una fuerza colectiva. Sin embargo, seguían siendo consideradas problemáticas, conflictivas y chambrosas.

La fuerza colectiva estaba lejos de ser potenciada pues predominaba la idea de que las mujeres podían superar su opresión individual con disposición y esfuerzo sin que fuera necesario andar comentando los problemas comunes, a riesgo de ser llamadas al orden.

Como conclusión se puede decir que entre la población femenina se construyó un potente sentimiento de identificación con el refugio y una gran confianza en sus capacidades individuales para hacer frente a la adversidad y sacar adelante a las personas bajo su responsabilidad, pero no nació la conciencia de ser mujer, integrante de un colectivo social oprimido por su diferencia sexual con los hombres. Es decir, las mujeres aprendieron que eran capaces de salir adelante en un espacio cercado, sin hombres, con muchos apoyos externos, bajo estructuras verticales y fuertes medidas de control... situación poco deseable y de difícil reproducción fuera del refugio.

Aún así, menos del 20% de todas las mujeres recuerda su vida en el refugio de manera negativa. La absoluta mayoría de las que vivieron en Colomoncagua, un 80%, dicen que se sentían bien ahí (contentas, alegres, seguras, confiadas, valoradas) y comparten esa sensación con el 50% de las de Mesa Grande. El resto valora la experiencia reconociendo aspectos negativos y positivos a la vez. Todas las mujeres de Colomoncagua y un 75% de las de Mesa Grande afirman que su vida cambió en el refugio y todos los cambios son valorados de manera positiva.



Capítulo V

De Refugiadas a Repobladoras

“Cuando anunciaron que nos organizáramos para regresar a El Salvador, yo sentí una gran alegría y no dudé en venirme en el primer retorno, porque es cierto que todo lo teníamos allá pero estábamos encerrados en el refugio, no podíamos salir a ninguna parte. La vida era tranquila, solo había que cumplir con las horas de trabajo que le podían y luego no tenía uno que preocuparse por nada porque todo nos lo daban, pero no era vida estar encerrados todo el tiempo, como si fuéramos animalitos estábamos”.

A pesar de todos los cambios positivos que veían ocurrir en sus vidas, la falta de libertad se hizo más agobiante con el paso de los años y esa fue la razón del 70% de las mujeres entrevistadas para desear volver a El Salvador, a pesar del peligro que podían correr sus vidas ya que la guerra continuaba y los procesos de negociación apenas daban inicio. Así es que después de vivir un promedio de seis años y medio en el refugio, formaron parte de los retornos masivos que repoblaron las zonas en conflicto.

Aunque desde 1984 se habían sucedido repatriaciones individuales, cerca del 70% de la población refugiada en Honduras decidió volver de manera organizada como se verá en el cuadro 10. Quienes abandonaban el refugio de forma individual o, familiar, difícilmente podían regresar a sus lugares de origen; pasaban a ser parte de las poblaciones desplazadas, a aumentar el porcentaje de migrantes que ilegalmente se trasladaban a Estados Unidos o, en el mejor de los casos, conseguían refugiarse en otros países. Las repatriaciones masivas, en cambio, pretendían repoblar las comunidades abandonadas por la represión.

El retorno colectivo de los refugios de Honduras estuvo estrechamente ligado a la política de negociación de los conflictos armados centroamericanos, ante la cada vez más evidente dificultad de saldarlos con el triunfo militar de una de las partes en contienda.

Cuadro No. 10. REPATRIACIONES A EL SALVADOR (1984-1991)

AÑO	MASIVAS	INDIVIDUALES	TOTAL
1984	0	2,110	2,110
1985	0	827	827
1986	0	1,230	1,230
1987	4,213	1,635	5,848
1988	1,882	1,342	3,224
1989	2,639	577	3,216
1990	7,664	361	8,025
1991*	1,753	413	2,166
TOTALES	18,151 68%	8,495 32%	26,646

* Al 30 de noviembre de 1991

Fuente: Datos de ACNUR publicados en: Centro América: Refugiados, repatriados y desplazados. Guatemala: 1989

La voluntad de volver

Reconociendo la magnitud regional de los enfrentamientos político-militares que asolaban Centro América, en 1986 se reúnen por primera vez los presidentes de la zona en la localidad de Esquipulas, Guatemala, cuyo nombre identificaría el proceso de pacificación de la zona y las subsiguientes reuniones, que a pesar de celebrarse en distintas ciudades centroamericanas, serían conocidas como Esquipulas II -Cd. De Guatemala, 1987-, Esquipulas III -Alajuela, 1988-, Esquipulas IV -Costa del Sol, 1989 (Pensamiento Propio, Año VII, no. 58, 1989). En el año 1987, en la tercera reunión de este ciclo, se firma el histórico documento titulado "Procedimiento para alcanzar la paz firme y duradera", conocido internacionalmente como Plan Arias, que contempla en el apartado 8 el derecho de los refugiados a repatriarse y al compromiso de los gobiernos para facilitar la repatriación (Schradling, 1991).

Aunque el proceso de cumplimiento de los acuerdos transitaría por un *proceso complejo y sus avances tendrían diferente intensidad*, el contexto de vigilancia internacional a los acuerdos de Esquipulas II obligaban a los gobiernos a respetar sus compromisos (Montobbio, 1999). A esa situación se sumaban algunos movimientos de la población desplazada que retornaba a sus lugares de origen; en 1986, un grupo de habitantes reclamaron el derecho de permanecer en San José Las Flores, Chalatenango, y San Antonio El Barillo, Cuscatlán. La publicidad adquirida por estos movimientos abría las posibilidades para intentar otras repoblaciones (Schradin, 1991).

María Chichilco, dirigente campesina del FMLN en Chalatenango, destaca la importancia de estos movimientos de repoblación que animaron a volver a la gente de los refugios. *“Hicimos una campaña de concientización de no salir a guindiar, hicimos un movimiento desde el interior del frente de guerra que inició con la toma de la iglesia del Zarzal, con la gente que iba llegando del Fénix (operativo militar de gran envergadura en la zona de Guazapa), con esta gente se hizo la repoblación de El Barillo, después con gente de Chalatenango tomamos la iglesia de Nombre de María, después a esta gente la fueron a traer y se la llevaron para un refugio. O sea que estas repoblaciones que les estoy diciendo son con gente que no salió del país sino que anduvo guindiando en las zonas de guerra, pero es bueno mencionarlo porque este movimiento interno es el que da la pauta para la repatriación de los demás, para que aquella gente agarrara ánimo”* (entrevista ad hoc, junio de 1998).

La voluntariedad del retorno sería ampliamente debatida. Para el gobierno de aquellos años (aún en poder de la Democracia Cristiana con Napoleón Duarte como presidente) la repatriación en el marco de las negociaciones de pacificación confirmaba el vínculo de la población refugiada con el FMLN.

“...los problemas los empezamos a tener cuando los refugiados quisieron regresar, porque entonces se confirmaba la tesis que el

refugio era una fase de descanso de los grupos de apoyo a la guerrilla, donde se reabastecían, se mejoraban, se adiestraban y luego salían nuevamente...” (Acevedo Peralta, entrevista ad hoc, agosto de 1998).

Obviamente, para el ejército este proceso era una maniobra del FMLN que movía sus piezas (así concebía a las poblaciones civiles) en función de sus intereses militares y políticos.

“Para mí fue una decisión cuasi forzada. El FMLN hizo los retornos en función del problema que había en sus retaguardias estratégicas y si ustedes ven las repatriaciones se realizan estratégicamente en Chalatenango y el norte de Morazán. Eso lo forzó el FMLN...” (General Mauricio Vargas, entrevista ad hoc, septiembre de 1998)

Dirigentes del FMLN afirman que el cambio del contexto favorecía un movimiento de las y los refugiados que les permitiría contar con nuevos apoyos y reconocen su política de alentar el retorno.

“...ya en el año 87 se comenzó a ver de que era necesario que la población retornara a sus lugares de origen y se levantó de parte del FMLN la bandera del retorno nacional. Se buscó un acompañamiento internacional y también de la iglesia... un primer momento fue el retorno a San José Las Flores, donde el ejército trató de sacar la gente pero la gente luchó y logró retornar. A partir de eso se comenzó a promover los retornos de refugiados que estaban en Honduras y en los países centroamericanos. En medio de la guerra la gente comienza a retornar y van resurgiendo los poblados” (Salvador Sánchez Cerén, excomandante Leonel González. Entrevista ad hoc, mayo de 1998).

Tal debate sobre la ubicación geográfica de amplios sectores de la población refugiada no era gratuito, ya que este sector estaba llamado a formar parte importante parte de una nueva doctrina: la guerra de baja intensidad. Dentro de esa nueva estrategia contrainsurgente impulsada

por los Estados Unidos, jugaba un papel importante la desarticulación de las retaguardias de las fuerzas revolucionarias... el acoso de los primeros años de guerra se combinaría en esta etapa con un intento de ganar los corazones de la población para quitarle el agua al pez —o dicho de otra manera, dejar sin apoyo civil al ejército guerrillero (Barry y Whitman, 1986).

El ACNUR ofrecía a la población tres posibilidades: legalizar su situación en Honduras y ubicarse en alguna población lugareña, cambiar el país de acogida o volver a El Salvador pero no a las zonas donde habían vivido antes de la guerra y donde aún se mantenía el conflicto. Obviamente, ninguna de esas opciones era del agrado de la población que había decidido correr el riesgo y volver a las zonas de conflicto. Era previsible, entonces, que tanto el retorno como la repoblación serían eventos en los que la tensión y el enfrentamiento estarían a la orden del día.

A pesar de que el retorno se inscribiera en un complejo entramado de negociación y de guerra, lo cierto es que todas las mujeres entrevistadas querían volver y afirman que su retorno fue voluntario. Soñaban con llevarse consigo las ventajas del refugio dejando en tierra hondureña sus limitaciones. Es posible que dentro de la tarea de convencimiento para la repatriación se esgrimieran argumentos coercitivos y que hubiera presión —incluso una fuerte presión como señalan algunos informantes— hacia aquellas personas que más dudas o temores plantearan, sobre todo las que no volvieron en las primeras repatriaciones; pero también hay que señalar que el retorno hubiera sido mucho más sin la voluntad de amplios sectores del refugio.

Sentirse extrañas, en una tierra ajena y desconocida, a merced del ejército hondureño, pesaba en el ánimo de las mujeres que en el otro platillo de la balanza ponían la seguridad alimentaria y su forma organizativa pero que, aún así, se sentían más capaces de defenderse en el entorno que conocían, donde estaba su familia, sus raíces, su historia.

“A mí no me gustaba el refugio porque sólo vigiándonos pasaban los soldados y uno no podía salir... yo pensaba que allá estábamos

en peligro pero aunque fuera en los cerros y las quebradas nos defendíamos y aquí ni eso teníamos. Por eso nos organizamos para regresar. Yo preferí verme en los grupos grandes porque había más apoyo pero mi hermana se vino con un grupo pequeño de cinco personas”, recuerda Lucía.

“Se reunió la directiva y decidieron hablar con el ACNUR para que buscara medios para poder regresar. Se dio el primer retorno pero nosotros no nos venimos porque había un montón de gente que quería venirse ya y no podíamos venimos todos de un solo. Nosotros nos venimos en el segundo retorno y había otro puño de gente que no se quería venir, que hasta hace poco se han venido” cuenta Leonor.

Con la tensión y la incertidumbre auestas, el 10 de octubre de 1987 arranca una nueva etapa en la vida de las mujeres que se convertirían de refugiadas en repobladoras. Etapa que, por supuesto, traería nuevos cambios.

Los problemas del retorno

¿Cuándo irse? ¿Adónde irse? Eran las dos preguntas iniciales que se hacían las mujeres. La respuesta a ellas fue bastante distinta según el refugio en el que se estaban. Como se observará en el cuadro 11, las características de salida de Mesa Grande y Colomoncagua difirieron tanto en fecha como en forma.

Cuadro No. 11: CARACTERISTICAS DEL RETORNO SEGUN CAMPAMENTO

COLOMONCAGUA	MESA GRANDE
Un retorno masivo en 14 caravanas de noviembre de 1989 a febrero de 1990	Cuatro retornos masivos en 1987, 1988, 1989 y 1991
Repoblación en el Departamento de Morazán: Comunidad "Segundo Montes" en Meanguera	Repoblaciones: Chalatenango: Guarjila, San Antonio Los Ranchos, Nueva Trinidad, Comunidad Ellacuría, San José Las Flores Cuscatlán: Copapayo Cabañas: Santa Marta

Fuente: Elaboración propia a partir de entrevistas con informantes cualificados

En Mesa Grande, apenas dos meses después de firmado el acuerdo de Esquipulas II, la población refugiada ponía a prueba la voluntad del gobierno salvadoreño de cumplir los acuerdos y anunciaba un primer retorno masivo. Desde 1986, ACNUR había creado una comisión tripartita con los gobiernos de El Salvador y Honduras para impulsar las repatriaciones individuales tratando de llevar a cabo un retorno "ordenado y gradual" (Schrading, 1991). Negándose a cumplir los condicionamientos burocráticos que intentaban frenar su decisión política de volver a El Salvador, más de 4,000 personas, con apenas lo puesto, se prepararon para cruzar la frontera caminando, si era necesario. Ante la posibilidad de verse rebasado por esa presión popular, ACNUR acompañó a la población de Mesa Grande hasta las zonas de Chalatenango y Cuscatlán que iban a repoblar.

"Tuvimos muchos problemas para volver, narra María Eugenia. Primero tuvieron que venir a negociar las tierras aquí, ver si podía

entrar gente a vivir porque todo era monte, a la gente le hicieron saber que no venían a vivir en casas, sino que a construir casas, a vivir un tiempo en el monte, si era posible. Nosotras veníamos claras, dispuestas a lo que nos tocara, dormir en el monte, dormir en el suelo, pasar un tiempo sin casa, pero estábamos dispuestas. Cada quien preparó su comida para tres días porque sabíamos que nadie nos iba a estar esperando con comida y en un camión habían echado unos quintales de maíz, frijol y arroz para darle a la gente mientras se veía como conseguir alimento”.

El segundo retorno se realizó en octubre de 1989 con un contingente de 4,000 personas. Con la partida de este parte de la población, la organización del refugio decayó considerablemente; las personas más activas estaban ya involucradas en las tareas de las repoblaciones y en el refugio quedaba un conjunto de personas que ya no estaban tan interesadas en mantenerlo activo como antes. Y en este estado se llega al tercer y último retorno de Mesa Grande ocurrido en 1991. Lo integraron aproximadamente 2,000 personas que, a juicio de algunos/as informantes, eran las más acostumbradas al asistencialismo así como las más reacias y temerosas de volver a El Salvador, a pesar de lo avanzado de las negociaciones de paz para aquellas fechas.

Los retornos se enfrentaron a un hostigamiento militar constante durante su travesía, pero también contaron con un fuerte apoyo nacional e internacional. Los problemas, sin embargo, seguirían apareciendo por todas partes pues el gobierno no estaba dispuesto a aceptar sosegadamente un evento como la repatriación que había sido un triunfo de la población civil y las organizaciones populares, así que pondría numerosos obstáculos para minar la reconstrucción de las comunidades azotadas por años de guerra y abandono.

“El Ministerio del Interior decía que la gente que viniera tenía que tener seguro que tenían tierra y casa para que no fueran a usurpar tierras ni a molestar a otras personas... pedían que la gente llevara sus escrituras pero eso era absurdo porque cuando salió la gente

no sacó nada, lo único que llevaba era la fe de que podía salvar su vida... pero no entendían nada de esas cosas y entonces hubo más dificultades porque hubo que comprar tierras para que la última gente que volvía mostrara que no venía a quitarle tierra a otro. Había problemas con la legalización de la gente que no tenía cédulas ni partida de nacimiento y las alcaldías no querían responder; era cuestión política de los alcaldes para que la gente tuviera que andar de un lado para otro en medio de las condiciones de inseguridad y represión. Se avanzó porque ACNUR facilitó bastante al acompañar a la gente y por eso se pudo hacer buena parte de la legalización... era una situación bastante difícil pero la gente estaba clara que había llegado para quedarse. 'Ya nos desplazaron una vez', decían 'ya no nos van a volver a desplazar al menos que nos maten'. Esa era su decisión" (Lourdes Palacios, entrevista ad hoc, junio de 1998).

La población de Colomoncagua, por otra parte, realizó un sólo retorno que se dividió en varios grupos: el primero salió el 18 de noviembre de 1989 y el último a finales de febrero de 1990. La intención de fundar una sola comunidad con el conjunto de habitantes del refugio, retrasaba la fecha del retorno. El diseño de la nueva localidad se preparaba desde antes de que se acordara con el gobierno el respeto a la decisión de repoblar la zona de Meanguera (Cagan y Cagan, 1993). La ofensiva del 11 de noviembre de 1989 —la mayor acción militar lanzada por el FMLN contra la capital del país— hechó a perder el proceso de negociación de la repatriación y el gobierno retiró a sus representantes del campamento. En ese contexto, el primer grupo abandonó el refugio sin el soporte del ACNUR ni de las instituciones que habitualmente daban apoyo y seguridad a la población que regresaba.

Este grupo de mil personas estaba poniendo a prueba la respuesta represiva de un gobierno y un ejército que apenas dos días antes habían acribillado a seis sacerdotes jesuitas y dos de sus empleadas. Los jesuitas, entre ellos los asesinados, habían abanderado una posición política a favor de la salida negociada de la guerra y Segundo Montes, cuyo nombre sería retomado por la población del refugio de Colomoncagua, había sido

un importante difusor de sus avances en plena guerra. La conmoción nacional e internacional por esos crímenes hacía difícil que el ejército masacrara impunemente a una población civil en la que abundaban las personas ancianas, las niñas y niños y las mujeres. Por eso es que a pesar de la tensión y algunos amagos de represión, el grupo pudo llegar a su destino en El Salvador (Martí, 1989).

Todavía sin el acuerdo gubernamental y por tanto sin apoyo del ACNUR, el segundo grupo salió el 9 de diciembre con la cooperación del gobierno hondureño que estaba deseoso de verse libre de la población refugiada. A mediados de diciembre se reiniciaron las conversaciones con el gobierno salvadoreño para la repatriación de manera que los siguientes grupos que partieron a partir de enero de 1990 contaron ya con la asistencia del ACNUR (Cagan y Cagan, 1993).

Además de las dificultades políticas, hubo otras de tipo logístico que afectaron la vida de la población durante el proceso de retorno pues con el desmantelamiento de las instalaciones, los últimos grupos tenían que guarecerse del frío en champas de plásticos. La vida regular del refugio se había terminado pues toda la expectativa estaba ahora en el regreso.

Las mujeres de Colomoncagua guardan un recuerdo bastante uniforme de su repatriación —ya que el tiempo y el lugar de retorno fue bastante homogéneo— en tanto que las de Mesa Grande difieren en sus experiencias dependiendo del año y la repoblación a la que volvieron. Otra diferencia importante entre ellas es que en tanto que la mitad de las mujeres de Colomoncagua estuvieron involucradas en la organización del retorno, apenas una de las de Mesa Grande recuerda haber estado al tanto de las vicisitudes del mismo y haber participado activamente en las actividades relacionadas con la vuelta. Sin embargo, unas y otras coinciden en valorar como menores las dificultades con las que se toparon durante su travesía ya que al fin estaban cumpliendo un sueño largamente anhelado: volver a su país.

Las repoblaciones

Las mujeres iban a vivir una nueva etapa de transición de su condición de refugiadas a campesinas pobres: ser repobladoras. De 1987 (año del primer retorno) a 1992, con la firma de los Acuerdos de Paz, pasarían unos años en que habría una cierta continuidad –o por lo menos importantes esfuerzos para lograrla– de la experiencia organizativa existente en los refugios. En medio de la guerra, las comunidades repobladas serían el espíritu vivo de la lucha contra la adversidad, ejemplo de resistencia y tesón ya no sólo por mantener formas colectivas de subsistencia en plena guerra sino por el trabajo de reconstruir poblados enteros marcados por la represión y el abandono.

Las mujeres iniciaron su etapa como repobladoras con arduas tareas por delante: levantar un lugar para vivir, conservar la vida en medio de los enfrentamientos armados que se daban a pocos metros de su nuevo hogar, mantener las formas de trabajo y organización previas, cuidar de sus dependientes –por edad o enfermedad–, hacerse cargo de las tareas domésticas que, a pesar de la precariedad nunca faltan, y buscar la manera de solucionar su subsistencia pues la pérdida de su condición de refugiadas implicaba también el fin de la dotación de alimentos, ropa y enseres básicos.

Si bien ahora se verían libres del acoso del ejército hondureño, no tardarían en vivir lo propio por parte del ejército salvadoreño que se disputaba con las unidades guerrilleras el control militar de las zonas donde se asentaban las nuevas localidades. El respeto a la seguridad de la población sería una de las principales demandas de las repoblaciones, seguridad necesaria para trabajar, transitar, comunicarse con el exterior. Las demandas que se reproducen a continuación –y que forman parte de las exigencias de la población refugiada para volver a sus lugares de origen (Schrading, 1991 pag. 55)– dan una idea de las urgencias de aquellos años que formaban el contexto de esta nueva fase de transición.

1. Que se respete el derecho de la población civil a vivir en su lugar de origen.
2. Que se nos permita trabajar libremente en nuestros lugares de origen.
3. Que la conscripción de nuestros hijos no sea forzada.
4. Que no se instalen puestos militares ni de defensa civil en los repoblamientos.
5. Que no se bombardeen ni se castiguen los sitios mencionados.
6. Que haya libertad de movimiento por tierra y agua.
7. Que se permita el acceso de ayuda internacional a nuestros lugares de origen, y que se permita al personal internacional permanecer en tales áreas.
8. Que se nos permita expresarnos libremente en los medios de comunicación del país.

Y para ubicar con mayor claridad las semejanzas y diferencias de las experiencias de las mujeres, veamos una breve descripción de las características básicas de cada una de las repoblaciones estudiadas: Guarjila, Santa Marta y Segundo Montes⁸.

Guarjila ⁹

A 8 kilómetros de Chalatenango, capital del Departamento del mismo nombre y camino a poblaciones más grandes como San José las Flores o Arcatao, se extiende Guarjila. Dividida en dos grandes zonas por una calle central mal pavimentada por la que circulan los autobuses que conectan a la población con el pueblo de Chalate dos veces al día (por la mañana y por la tarde). La repoblación alberga desde su llegada a cerca

8 La desigual cantidad de información (tanto escrita como oral) a la que se tuvo acceso en cada repoblación produjo variaciones en la presentación de las descripciones de cada una.

9 La información sobre Guarjila se obtuvo básicamente de las entrevistas con cuatro integrantes de la actual Directiva Comunal –dos hombres y dos mujeres– que son a su vez históricos dirigentes en la zona con un papel de liderazgo desde el refugio.

de 2,000 habitantes que llegaron en el primer retorno de Mesa Grande. La intención inicial de la gente que repobló Guarjila era llegar a Los Ranchos, histórico municipio que se ubica a sólo 2.5 km y que fue un ejemplo de organización en la zona; sin embargo, el ejército seguía asolándolo y por esa razón se animó a la gente a ubicarse en Guarjila, donde había ciertas ventajas dignas de consideración: cercanía con el pueblo que facilitaría el aprovisionamiento, acceso posible para los autobuses y camiones ya que las calles hacia Los Ranchos estaban perdidas entre los matorrales y, sobre todo, el no ser un objetivo militar tan claramente reconocible.

Las poco más de 300 familias que levantaron Guarjila entre los zacatales y las espinas, eran, en su mayoría, originarias de la zona, aunque muchas aspiraban a llegar hasta Arcatao, su lugar de origen. Con el tiempo se fueron acostumbrando a la zona y a las champas de madera con lámina que constituyeron sus primeras viviendas.

Las y los menores de 15 años constituían más de la mitad de la población en la que se destacaba mayor presencia femenina. La tierra que les esperaba no era de vocación agrícola. Carente de agua y con alto grado de erosión, no permitía el cultivo del maíz y el frijol y apenas permitía el crecimiento de algunos árboles frutales.

Como en el refugio, la presencia de personal internacional era importante para la población por el apoyo que les prestaban y porque eran intocables para el ejército por lo que constituían en una especie de escudo humano. La reconstrucción de la población fue orientada por la Directiva Comunal, una instancia de quehacer político que, sus integrantes, coordinaban con CRIPDES –Comité Cristiano pro Desplazados y Refugiados de El Salvador– es decir, recibían apoyo y orientación política de este organismo para su accionar. Posteriormente, la directiva de Guarjila uniría esfuerzos con otras repoblaciones de la zona formando la Coordinadora de Comunidades y Repoblaciones de Chalatenango.

En los primeros tiempos después de su llegada, la población siguió recibiendo apoyo de Cáritas para la alimentación, mientras se daban las primeras cosechas que se sembraban en tierras más lejanas y cuyo trabajo y reparto seguía teniendo criterios colectivos.

El agua se conseguía de una quebrada cercana hasta que se fueron descubriendo otros nacimientos o surgían las antiguas fuentes cuando la limpieza de la zona avanzaba.

La carencia de todo tipo de servicios básicos (agua, electricidad, tuberías, escuela, clínica) llevó a una intensa política de gestión de recursos con la cooperación internacional en coordinación con diversas gestoras que buscaban financiamiento a proyectos o hermanamientos con otras ciudades, de Estados Unidos y Alemania, de las que se beneficiara Guarjila.

Los talleres de sastrería, zapatería, carpintería, artesanía y las áreas de salud, educación y pastoral siguieron funcionando en la repoblación.

También se creó un Comité de mujeres que aunque intentó tener representación en la Directiva Comunal no lo logró, pues esta instancia argumentó la necesidad de que quien formara parte de ella debería tener un reconocimiento de toda la comunidad y no solamente de las mujeres. El Comité gestionó un comedor, una panadería, un taller de bordado, otro de tejido, una hortaliza y una guardería. Esta última con el objetivo de fomentar la participación productiva y política de las mujeres.

Las Fuerzas Populares para la Liberación Nacional eran la organización hegemónica del FMLN en Guarjila, con una gran fuerza y respaldo de la población a lo que contribuyó también que importantes líderes de ese organismo se asentaran en la repoblación y se mantuviera un contacto cercano.

Santa Marta ¹⁰

Entre montañas de retorcido acceso en verano y lodoso camino en invierno, Santa Marta se ubica a 8 km de Ciudad Victoria, cabecera del municipio de Victoria, uno de los nueve que forman el Departamento de Cabañas. Desde la capital del mismo, Sensuntepeque, hasta Ciudad Victoria hay un trecho de 10 km que se recorren por una carretera nivelada. Santa Marta es un asentamiento amplio, compuesto por varios caseríos y que tiene más de 4,000 habitantes agrupados en alrededor de 600 familias. El 45% de la población se compone de menores de 15 años. Se formó con la población repatriada de Mesa Grande que fue llegando en varios grupos desde 1987 hasta 1991; la casi totalidad de sus habitantes son originarios de esa región.

La zona donde se ubica Santa Marta tiene problemas de deforestación, erosión, con inundaciones en la época de lluvia y de contaminación de las fuentes de agua. La concentración de basura que no cuenta con ninguna vía de recolección, es otro grave problema de la comunidad.

Al igual que Guarjila, carecía de todos los servicios básicos al ser repoblada, cuando se empezaron a levantar las primeras casas de adobe y bajareque. Los talleres de zapatería, sastrería, carpintería, confección de hamacas y cebaderas se mantuvieron en los primeros meses pero pronto se empezaron a sentir reclamos de la población que quería más tiempo libre para poder trabajar por su cuenta por lo que la producción agrícola colectiva cayó en desuso y la asistencia a los talleres disminuyó drásticamente.

La Resistencia Nacional era la organización hegemónica del FMLN en Santa Marta aunque no exclusiva ya que había también militantes de las FPL. Sin embargo, la directiva comunal que organizó la repatriación se

10 La información sobre Santa Marta se obtuvo básicamente de la entrevista con un histórico dirigente de la repoblación, ahora con cargos de representación municipal, y una mujer con varios años de vida en la zona; así como de algunos documentos proporcionados por REDES (Fundación Salvadoreña para la Reconstrucción y el Desarrollo).

identificaba con la RN y junto con otras directivas en similares condiciones formó en 1988 el Comité de Repobladores de Cabañas y Cuscatlán. Posteriormente se impulsó la creación de la Asociación para el Desarrollo Económico y Social como instancia legal para impulsar los proyectos de desarrollo de la comunidad.

Redes fue la gestora encargada de buscar fondos para los múltiples proyectos que requería Santa Marta: de construcción de viviendas, de compra de tierras, de apoyo para la siembra, para la escuela, para la clínica, etc.

La RN impulsó la creación de Las Dignas en 1990 y las mujeres de Santa Marta fueron un contingente importante para este organismo que, sin embargo, entró en un proceso de confrontación con el partido político por su reivindicación de construirse como organización autónoma. Fue así como las mujeres de Santa Marta que habían respondido a la iniciativa de formar el comité local de Las Dignas, se vieron envueltas en la disputa entre un organismo que se iba perfilando cada vez más feminista y autónomo y un partido que daba la instrucción de no dejarlas actuar en la comunidad.

Las mujeres de Santa Marta supieron sortear tales enfrentamientos y llevar adelante diversos proyectos productivos (como tiendas comunales, cría de ganado, molino). La mayoría con poco éxito y uno de ellos que logró salir adelante: la panadería. A la vez que trabajaban productivamente, decenas de mujeres asistían a los talleres que impartían Las Dignas acerca de la situación de las mujeres y reflexionando sobre sexualidad, maternidad, y otros temas de la identidad femenina que dejaron una huella importante en ellas.

Segundo Montes ¹¹

Retomando el nombre del jesuita estudioso de las poblaciones desplazadas y refugiadas, cerca de 8,000 personas que retornaron de Colomoncagua inauguraron oficialmente su Comunidad Segundo Montes (CSM en adelante) el 25 de marzo de 1990. Al oriente del país, en la parte norte del Departamento de Morazán y a pocos kilómetros de cruzar el río Torola, se encuentra una población asentada en un terreno cercano a los 25 km².

Dividida en cinco asentamientos: Hatos I y II, San Luis, Quebrachos y El Barrial, la CSM acoge una población que se asentó en el lugar a pesar de su diversa procedencia, aunque la mayoría tiene en común haber vivido antes de la guerra en la zona norte de Morazán.

El 53% de su población que retornó tenía menos de 15 años.

El asentamiento de San Luis concentra los principales servicios e infraestructura comunal que consta de: una industria metal mecánica, una fábrica de concentrados, una panadería, una zapatería, dos carpinterías, una industria de construcción y otra de confección. Hay además instalaciones escolares, que incluyen hasta carreras técnicas y universitarias, puesto de salud, guardería y farmacia. También se puede encontrar un Banco y una Radio Comunal así como hoteles, comedores y un puesto de teléfono.

Aunque la infraestructura es enorme en comparación con la existente en las otras dos repoblaciones, hay algunas zonas de la CSM que no cuentan con viviendas permanentes ni servicios básicos y que se asemejan más a Guarjila o Santa Marta.

11 Existen una gran cantidad de estudios sobre la Comunidad Segundo Montes, algunos de los cuales han sido consultados para elaborar esta parte del trabajo y se reseñan en la bibliografía. También se contó con la opinión de dos informantes, un hombre y una mujer, que vivieron por varios años en la comunidad.

La organización comunal ha puesto el acento en el desarrollo económico de la comunidad intentando crear una pequeña ciudad industrial y de servicios que pueda impulsar el desarrollo no sólo de la población de la localidad sino de las zonas aledañas del Departamento.

El ambicioso proyecto de la CSM se enfrenta a problemas comunes a las repoblaciones de la zona rural: tierras agotadas, sin vocación agrícola, problemas con la agricultura que sigue siendo la actividad fundamental de la población que no alcanza a emplearse en los diversos proyectos impulsados.

La estructura organizativa de la CSM es casi tan compleja como su proyecto. Existe una asamblea general y una directiva de la comunidad integrada por las unidades económicas: el Comité de Comercialización, las unidades de servicios, y el Comité de Salud. Existe además una Fundación Segundo Montes que se encarga de la labor de gestión de fondos económicos.

El Comité de Desarrollo de Morazán se encarga de la producción y la comercialización de todo lo que se produce en la CSM y que incluye ropa, calzado, material de construcción y enseres producidos en los talleres de metal mecánica y carpintería.

LA CMS nació bajo la hegemonía política del ERP, que había mantenido el control de Colomoncagua y que sería la fuerza principal del FMLN en el oriente del país. La organización femenina había tenido poco impulso en las filas del ERP y también en la CSM. La Asociación para el Desarrollo Integral para la Mujer fue creada para promover la participación productiva de las repobladoras e impulsar algunos proyectos productivos de participación femenina, de menor realce que el resto de iniciativas.

Bajo la idea de que el desarrollo debe ser comunitario —dando por hecho que lo comunitario es un ente homogéneo y con necesidades similares—, se ha opuesto resistencia al desarrollo de acciones que aborden las diferencias genéricas existentes entre hombres y mujeres, dando por válida

La organización comunal ha puesto el acento en el desarrollo económico de la comunidad intentando crear una pequeña ciudad industrial y de servicios que pueda impulsar el desarrollo no sólo de la población de la localidad sino de las zonas aledañas del Departamento.

El ambicioso proyecto de la CSM se enfrenta a problemas comunes a las repoblaciones de la zona rural: tierras agotadas, sin vocación agrícola, problemas con la agricultura que sigue siendo la actividad fundamental de la población que no alcanza a emplearse en los diversos proyectos impulsados.

La estructura organizativa de la CSM es casi tan compleja como su proyecto. Existe una asamblea general y una directiva de la comunidad integrada por las unidades económicas: el Comité de Comercialización, las unidades de servicios, y el Comité de Salud. Existe además una Fundación Segundo Montes que se encarga de la labor de gestión de fondos económicos.

El Comité de Desarrollo de Morazán se encarga de la producción y la comercialización de todo lo que se produce en la CSM y que incluye ropa, calzado, material de construcción y enseres producidos en los talleres de metal mecánica y carpintería.

LA CMS nació bajo la hegemonía política del ERP, que había mantenido el control de Colomoncagua y que sería la fuerza principal del FMLN en el oriente del país. La organización femenina había tenido poco impulso en las filas del ERP y también en la CSM. La Asociación para el Desarrollo Integral para la Mujer fue creada para promover la participación productiva de las repobladoras e impulsar algunos proyectos productivos de participación femenina, de menor realce que el resto de iniciativas.

Bajo la idea de que el desarrollo debe ser comunitario —dando por hecho que lo comunitario es un ente homogéneo y con necesidades similares—, se ha opuesto resistencia al desarrollo de acciones que aborden las diferencias genéricas existentes entre hombres y mujeres, dando por válida

la estrategia de incorporación al trabajo productivo como único camino para mejorar la situación de inferioridad social de las mujeres y dejando de lado cualquier reflexión que difiera de este pensamiento rector.

Las mujeres repobladoras

A pesar de las diferencias entre las repoblaciones y de las dificultades de los primeros tiempos de repoblación, la mayoría de las mujeres (68%) se sentía más a gusto fuera del refugio y prefería enfrentar el miedo ante los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla y las incursiones del ejército a las repoblaciones. Destacan, sobre todo, la importancia de la sensación de ya no ser extranjeras y de controlar, por lo menos, el espacio en que se desarrollaba su vida.

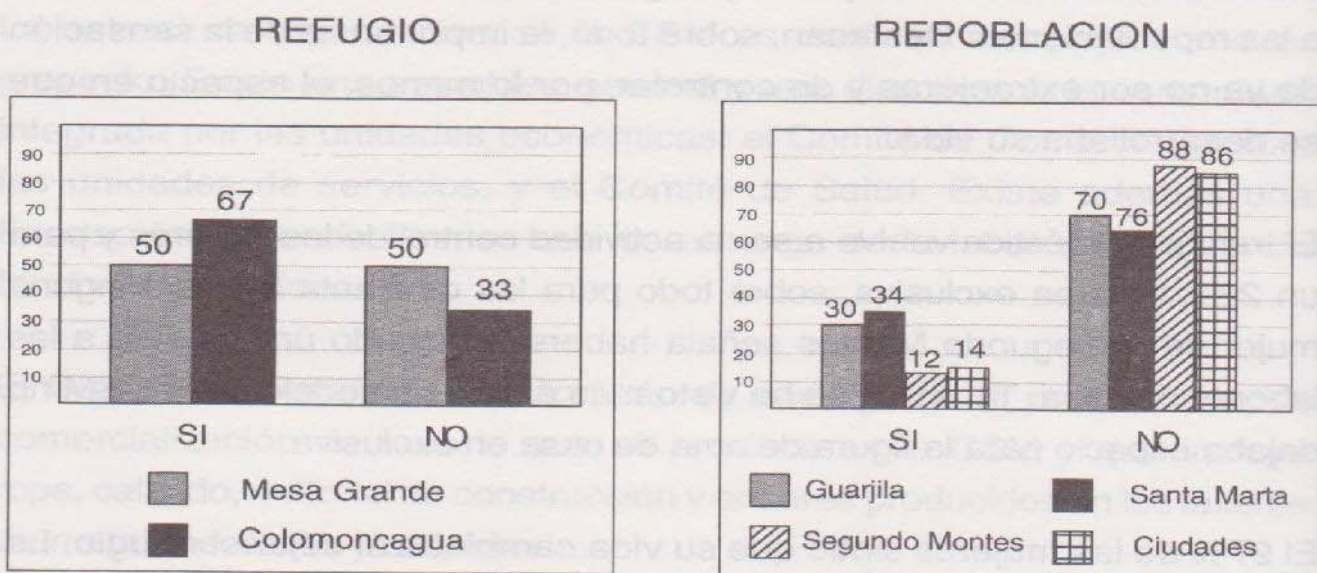
El trabajo doméstico vuelve a ser la actividad central de las mujeres y para un 22% la tarea exclusiva, sobre todo para las de Santa Marta. Ninguna mujer de la Segundo Montes señala haberse dedicado únicamente a las labores de casa. Tal como se ha visto más arriba, el modelo de la CSM no dejaba espacio para la figura de ama de casa en exclusiva.

El 97% de las mujeres sintió que su vida cambiaba al dejar el refugio. La mayoría ubica el cambio en la libertad de movimiento. El 27% añora, desde los primeros tiempos, las tareas colectivas o la disciplina hacia los hombres, y observa que la repatriación implica más preocupación por la comida, aunque menos trabajo fuera de casa, sobre todo porque algunas tareas públicas —asistencia a las reuniones, por ejemplo— dejan de ser obligatorias y pasan a ser opcionales. Un 56% extrañaba la totalidad de la vida del refugio, sobre todo las mujeres mayores y con más hijos, debido a no tener resueltas las necesidades básicas para subsistir, pero aún ellas insistían en que a pesar de lo bueno que tenían no querían volver a vivir encerradas.

La participación en los talleres de la repoblación disminuyó drásticamente y sólo una cuarta parte de las mujeres siguió participando en ellos como

se observa en los Gráficos 1 y 2. También descendió la participación en los comités y sólo se mantuvo en una alta proporción (70%) en Segundo Montes. Nuevamente las tareas domésticas y el cuidado de los hijos e hijas son las causas que explican, en la mayoría de los casos, este descenso (ver Cuadro No. 12) aunque también se señala que la propia comunidad ya no impulsaba tanto estas acciones puesto que cada persona estaba ocupada en garantizar su propia subsistencia.

GRAFICOS No. 1 Y 2: PARTICIPACION DE LAS MUJERES EN LOS TALLERES. PORCENTAJES SEGUN REFUGIO Y REPOBLACION



CUADRO No. 12: PARTICIPACION EN COMITES. PORCENTAJES SEGÚN REPOBLACION Y TIPOS DE COMITES

	Participación		Tipo de comité			
	SI	NO	Salud	Educación	Desarrollo comunal	Desarrollo comercial
Guarjila	10%	90%		100%		
Santa Marta	10%	90%			100%	
Segundo Montes	70%	30%	30%	40%	15%	15%
Ciudades	15%	85%			100%	

“Yo pienso que la participación colectiva se fue perdiendo, dice Reina, porque ya no había nada que recibir a cambio. En el refugio te daban la existía ayuda humanitaria y entonces la gente por eso trabajaba en colectivo, porque si no lo hacía no le daban nada. Ahora como ya no hay ninguna ayuda ... aquí ha habido tiempos que la gente no ha cosechado frijoles y se le apoyaba, pero como que ahora ya es otro tiempo, por eso creo que se terminó ese colectivo”.

“Yo creo, reflexiona Leonor, que todo lo bueno que tuvimos en el refugio, las buenas relaciones, el trabajo colectivo, fue la misma guerra la que nos obligó a hacerlo, porque si cada cual decía ‘bueno yo me voy por mi camino’, sabía que no le podía ir tan bien y en cambio, si estaba unido con más personas, la autoridad le tenía más respeto y las ayudas se conseguía más fácil. Entonces, ya terminada la guerra toda las ayudas terminaron, , ya la gente quedó en el aire, que si no trabajaba ya no comía”.

A pesar de la pérdida de la dinámica colectiva había suficiente trabajo en las repoblaciones para que eso no fuera una de las mayores preocupaciones colectivas. Era entre las mujeres, el sostén del refugio, a quienes más se les acusaba este abandono de lo público y la vuelta a la casa, por eso es que en las repoblaciones estudiadas, las distintas organizaciones del FMLN desarrollaron estrategias distintas para intentar mantener el interés de las mujeres en la vida comunitaria.

Los proyectos productivos a pequeña escala fueron acciones impulsadas en las tres repoblaciones y completadas con distintos énfasis reflexivos y organizativos. En Segundo Montes, como hemos visto, se hizo énfasis en la necesidad de que las mujeres adquirieran las habilidades técnicas necesarias para el empleo en los diversos proyectos productivos que se impulsaban. En Guarjila, se construyeron estructuras organizativas exclusivamente femeninas aunque no se les asignaron tareas constantes y bien definidas. En Santa Marta, el organismo de mujeres creado por la RN realizó una amplia labor de reflexión sobre la condición femenina con talleres sobre sexualidad, trabajo doméstico, participación política, entre otros.

La más recordada por las mujeres por su impacto en la comunidad es esta última, pues consideran que esos talleres les abrieron los ojos, lo cual puede ser valorado positiva o negativamente de acuerdo con las consecuencias que acarree. En general, las mujeres de Santa Marta tienen un buen recuerdo de aquellas charlas que les daban aunque saben que no pueden aplicar todo lo que escucharon en sus vidas cotidianas; también tienen la opinión común de que los hombres vieron muy mal esas actividades y encuentran en ellas la explicación a todos sus problemas con las mujeres (propias ya ajenas).

“Hay mujeres de esta época que ya como que van teniendo más libertad, porque ya tienen valor de hablarle al hombre de sus derechos, dicen, le echan culpa a Las Dignas, porque dicen ‘miren esta mujer siempre hacía lo que uno les decía, sólo es que vayan donde estas Dignas y ya les lavan el cerebro, hoy ya estuvo que ellas tienen la culpa de que no le hagan caso al hombre’. Porque lo que le han dado saber ellas a uno es bueno aunque ellos dicen que hoy el respeto ya se perdió por esas mujeres de Las Dignas. Algunas de risa lo dicen, otros en serio...”, comentan las mujeres de Santa Marta en la entrevista colectiva, entre sus propias risas y sus nostalgias.

Pero la vida pronto traería a las mujeres un nuevo acontecimiento: la paz. La anhelada paz que devolvería a los hombres y a las y los jóvenes a sus casas, a sus comunidades. Y con esa llegada, además de la alegría, llegarían nuevos cambios. Esta vez, menos transitorios.

A black and white photograph of a group of people, including men and women, sitting around a table in what appears to be a meeting or workshop. They are looking towards the center of the table, possibly at a document or a speaker. The image is slightly blurred and has a grainy texture.

Capítulo VI

***Las Mujeres, la Paz y
la Rehabilitación***

“Antes del cese al fuego si uno salía a buscar leña andaba con el miedo de que fuera a haber un enfrentamiento, ya con la paz la gente se sentía tranquila, le cambió el ánimo a todos, estábamos más alegres. Como que esperábamos que todo iba a cambiar... y sí cambió aunque yo creo que para peor. Antes de que la guerra terminara había un poquito de orden porque los jefes de la guerrilla tenían controlados a todos los combatientes para que no hicieran desorden, pero al terminar la guerra, algunos se quedaron con armas y habían desordenes acá, se ponían a disparar. No sé, yo no esperaba así la paz, no sé si me gustaba... creía que íbamos a ganar por la vía armada pero como no fue así... hay veces creo que fue mejor, otras no... No sé, ¿cómo decirle?... es que no lo acabo de entender”.

Con un balance de muerte y destrucción, una población agotada después de tantos años de guerra y la imposibilidad de destruirse por la vía militar, los ejércitos enfrentados tuvieron que negociar el cese al fuego. Un proceso largo y complejo, fomentado y vigilado por las Naciones Unidas, concluyó con la firma de los Acuerdos de Paz el 16 de enero de 1992.

De nuevo, casi la totalidad de las mujeres (97%) reconoce otro cambio en sus vidas con el cese del fuego. Lo más importante para ellas es que en esta etapa pueden circular con más tranquilidad por sus comunidades al ya no haber enfrentamientos armados. El miedo que les ocasionaban las incursiones del ejército en sus comunidades, desaparece para permitirles desarrollar su vida sin sobresaltos de este orden.

Los Acuerdos de Paz

Los aspectos más importantes de estos Acuerdos firmados entre el gobierno y el FMLN pueden resumirse en el siguiente cuadro (Vázquez, et al, 1996).

12. Se trata de la investigación realizada por Luz Dignas en torno a los cambios en las actitudes sobre la sexualidad y maternidad de las guerrilleras y colaboradoras del FMLN, publicada bajo el título de Mujeres Guerrilleras, cuya tesis doctoral se encuentra en la biblioteca.

- Cese de fuego, desmovilización del FMNL y conversión de este organismo en un partido político.
- Reducción, reestructuración y depuración de las fuerzas armadas.
- Desaparición de los cuerpos de seguridad así como la creación y despliegue de una nueva policía con carácter civil.
- Investigación de las violaciones a los derechos humanos y creación de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos.
- Creación de programas de reinserción para las fuerzas combatientes del FMLN.
- Programa de Transferencia de Tierras en el que se contempla a excombatientes, población de las zonas conflictivas y miembros del ejército.
- Instalación de un Foro de Concertación Económico-social y de la Comisión para la Consolidación de la Paz (COPAZ).

Las mujeres entrevistadas, en general, se sintieron tranquilas y alegres con la llegada de la firma de los Acuerdos de Paz. Aunque para algunas no era el mejor camino para concluir sus ideales revolucionarios, coinciden en señalar que ya era necesario el cese del fuego. La mayoría de ellas no conocían los Acuerdos de Paz y tampoco tenían información clara sobre los programas de reinserción para excombatientes. Sabían que se habían negociado algunos beneficios, sobre todo reparto de tierra, y creían que era justo acceder a ellos en retribución participación y sufrimiento durante la guerra. Sin embargo, señalan que fueron las juntas directivas de sus comunidades las encargadas de tomar las decisiones y realizar los trámites necesarios –no saben exactamente cuáles– para integrarlas al Programa de Transferencia de Tierras, en tanto que ellas se limitaron a asistir a las reuniones a las que fueron convocadas y a entregar los documentos solicitados.

Llama la atención esta firme convicción de que ellas tenían derecho a los beneficios alcanzados en los Acuerdos de Paz si se toma en cuenta que las guerrilleras y colaboradoras del FMLN entrevistadas para otra investigación realizada en 1994¹² consideraban esta actitud como indigna de quienes habían participado por convicción y no para obtener prebendas materiales para el beneficio personal o familiar.

Es posible que la experiencia del refugio, donde recibían lo necesario para su sustento a cambio de su participación en los talleres productivos y en las instancias de coordinación, les haya dado esa certeza. También puede ser que el paso del tiempo y la posibilidad de calibrar las diferencias que se dieron en el acceso a los programas de reinserción haga que en la actualidad las mujeres sientan que tenían más derecho a ellos. Una tercera razón de esta diferencia puede encontrarse, también, en que las mujeres entrevistadas para la anterior investigación habían sido beneficiadas en menor proporción que las que componen la muestra de este trabajo, lo que haga disminuir el resentimiento encubierto tras la declaración de que la dignidad es más importante que un bien material.

Pero a pesar de sentir que tenían derecho a ser contempladas como parte de la población beneficiada con los programas de reinserción por su alto nivel de colaboración y participación durante los años de guerra, las mujeres se encontraron con que la realidad se tiñó de tintes discriminatorios hacia ellas y que sus pesares no iban a traducirse en beneficios equitativos en relación con sus compañeros y familiares varones.

Discriminadas en los programas de reinserción

Las mujeres entrevistadas permanecieron ajenas a los debates en torno a los programas de reinserción, esperando recibir lo que buenamente les tocara. Las y los dirigentes del FMLN entrevistados coinciden en resaltar

12 Se trata de la investigación realizada por Las Dignas en torno a los cambios sobre las concepciones y prácticas sobre la sexualidad y maternidad de las guerrilleras y colaboradoras del FMLN, publicada bajo el título de Mujeres-Montaña, cuya ficha bibliográfica se encuentra en la bibliografía.

las dificultades en este apartado de los Acuerdos; dificultades provenientes de las resistencias gubernamentales, la escasez de fondos y las propias discusiones internas sobre el sentido de estos beneficios.

“La gente que no tuvo beneficio es porque no se anotó, pero la gente que sí se inscribió sí fue tomada en cuenta, lo único que como eso fue una negociación con el enemigo, ellos pusieron sus condiciones... Hay otra cosa que yo no comparto, yo no estaba de acuerdo que a las madres de los hijos caídos se les diera un reconocimiento, yo no comparto eso, yo hubiera estado de acuerdo con que todas las mujeres mayores de tantos años tuvieran derecho a una cuota, pero las cosas no fueron así, por eso siempre he creído que ahí hizo falta la presencia de alguno de nosotros que conocíamos bien la situación. Yo, por ejemplo, he tenido problemas con la gente porque de repente viene uno reclamándome que a él no le van a dar ayuda, ¿cómo le van a dar si apenas tiene los 40 años y dice ahí que es hasta los 55? Estaba leyéndoles yo las condiciones para que le dieran una ayuda por el hijo caído cuando vino una y se me enojó, me dijo que ella no valía nada ni su hijo tampoco; algo me enojé yo y le dije que yo siempre he estado en desacuerdo con eso porque a los hijos no nos los paga nadie, los hijos de uno no tienen precio, distinto si me estoy muriendo de hambre y me dicen ‘vení comé’, ahí si acepto yo. Yo estaba de acuerdo que se le diera una cuota a todos los señores mayores de 60 años aunque fueran reaccionarios, porque si alguien tiene hambre por qué le vas a negar la comida, pero me explicaron que sólo a los que habían estado involucrados en la guerra se les iba a beneficiar porque no alcanzaba el dinero para todos. Por eso entiendo yo a los compas, pero si no lo hubieran planteado no los entendería porque se supone que nosotros luchamos por todo un pueblo no sólo por los revolucionarios” (María Chichilco, entrevista ad hoc, junio de 1998).

A las dificultades propias de la negociación de los programas de reinserción hay que añadir el hecho de que las mujeres, a pesar de haber sido imprescindibles en el sostenimiento de los refugios y en las tareas de

apoyo a la guerrilla, estuvieron ausentes de ellos, como sector con necesidades específicas e incluso como beneficiarias en igualdad de condiciones que los hombres. Este olvido tiene su historia en una ceguera permanente de las organizaciones revolucionarias hacia las desigualdades genéricas y la condición de subordinación de las mujeres. Ceguera que se levantaba un poco cuando era necesario promover la participación femenina en las tareas necesarias para la guerra, pero que nunca permitió la elaboración de un discurso y unas políticas que garantizaran que las transformaciones que las mujeres iban viviendo se mantendrían a través del tiempo porque contaban con mecanismos e instancias que las sostuvieran y fomentaran.

“Eso fue una complejidad grande... durante todo el conflicto armado se conocía lógicamente que la mujer tenía más la responsabilidad de la familia, porque ella fue principalmente la que emigró internamente, la que anduvo en guinda, con sus hijos y los ancianos, porque el hombre con posibilidades se incorporó a la guerrilla propiamente y muchas mujeres se quedaron dentro de las zonas conflictivas, produciendo, cultivando pero con el fusil a la par y la mayoría emigró, se fue, se desplazó a las ciudades cercanas y se crearon los refugios. Pero allí no había una visión de género para nosotros, sólo era visible que la mujer era cabeza de familia, tampoco en las políticas de repoblación, nunca hubo una especificidad, y en la negociación a la hora de discutir el concepto de beneficiario se entendía en el cerebro que entraba la mujer pero no quedó en la especificidad, y tuvimos problemas porque a la hora que se fueron con las listas a tomar nombre de quienes eran los beneficiados, los que iban dentro de los equipos no consideraron la especificidad para poner en las listas a mujeres. Fue un problema muy serio que tuvimos posteriormente porque sólo se pensaba en los hombres como beneficiarios y tuvimos que volver a hacer las listas. Hemos ido aprendiendo, en estos años hemos aprendido como Frente” (María Marta Valladares, ex comandante Nidia Díaz,. Entrevista ad hoc, mayo de 1998).

Pero mientras el FMLN aprendía, se daban problemas en la definición de lo que era un "tenedor", o sea, toda aquella persona individual adulta (hombre o mujer) independiente del rol que jugara en la familia. Como era denunciado por un organismo de mujeres, "en algunas comunidades de Cuscatlán, San Vicente y Cabañas, los directivos comunales están considerando tenedores solamente a los cabezas de familia: el hombre (en el caso de las parejas) o la mujer (si es soltera, viuda, o abandonada, con hijos). Cuando la pareja es tenedora por igual, estas directivas solamente anota al hombre.... dando como razones que ellos son quienes realmente trabajan la tierra y que las mujeres no nos sentimos capaces de responsabilizarnos de la propiedad o de hacer frente a la deuda con el Banco" (Dignas, 1993, pag. 13 y 14).

Los Acuerdos de Paz contemplaban la transferencia de tierras a 7,500 exguerrilleros/as y a 25,000 "tenedores" (considerados población afín al FMLN). Durante cuatro años, de 1992 a 1996, la entrega de tierras fue complicándose debido a continuas disputas entre el FMLN y el Gobierno sobre la cantidad de beneficiarios y el precio de los terrenos. Para marzo de 1996 se había dado tierra a un 58% del total de la población beneficiaria ligada al FMLN -había otro sector de las Fuerzas Armadas que también recibiría tierra- distribuida como se verá en el Cuadro 13 (Luciak, 1998 y Baumgärtner, 1998).

Cuadro No. 13: DISTRIBUCION POR SEXO DE LOS BENEFICIARIOS DEL PROGRAMA DE TRANSFERENCIA DE TIERRAS; PROPIEDADES PRIVADAS AL 5 DE MARZO DE 1996

Ex combatientes			Tenedores			Total de beneficiarios
Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
3,160	1,122	4,282	9,449	5,203	14,652	18,934
74%	26%		65%	35%		

Fuente: Ilya A. Luciak. "La igualdad de género y la izquierda revolucionaria: el caso de El Salvador" en Género y Cultura en América Latina. México, 1998

El Programa de Transferencia de Tierras se enfrentó a un sinnúmero de problemas en su ejecución que lleva a afirmar que no fue capaz “de equilibrar diferencias entre mujeres y hombres, tierras estatales y tierras privadas, zonas minifundistas y zonas latifundistas. Por el contrario, el programa muchas veces ha agravado dichas diferencias” (Baumgärtner, 1998, pag. 33). Las mujeres no sólo no accedieron a la tierra en proporción semejante a los hombres sino que también fueron discriminadas de otras formas, por ejemplo, cuando se les otorgaron tierras de menor calidad o accedieron en menor medida a los créditos agrarios (Luciak, 1998).

La mayoría de las mujeres entrevistadas formó parte de estos núcleos de población repoblada femenina no contemplados en la especificidad y, por tanto, ausentes de los programas de reinserción. Existen, sin embargo, diferencias importantes entre quienes se mantuvieron en las repoblaciones y quienes se fueron a vivir a las ciudades —que fueron relegadas en una proporción bastante mayor—, así como de todas en relación con el porcentaje de familiares del sexo masculino (esposos, hijos, hermanos, padres) que fueron desmovilizados o contemplados en el Programa de Transferencia de Tierras así como otros de vivienda, capacitación y créditos (ver Cuadro 14).

CUADRO No. 14: ACCESO A LOS PROGRAMAS DE REINSENCION DE LAS MUJERES Y SUS FAMILIARES VARONES. PORCENTAJES POR REPOBLACIONES

REPOBLACIONES	ELLAS	ELLOS
Guarjila	62%	88%
Santa Marta	40%	88%
Segundo Montes	60%	60%
Ciudades	30%	70%
TOTAL	48%	77%

De las beneficiarias, el 58% recibió tierras y créditos de alrededor de 6,000 colones (aproximadamente 700 dólares) que posteriormente les fueron condonados; un 35% tuvo acceso a capacitaciones vocacionales, y un 7% ingresó a la Policía Nacional Civil como parte de la cuota del FMLN a ese organismo. Este último porcentaje estaba formado por muchachas que habían dejado las repoblaciones para trasladarse a vivir a una ciudad.

Es unánime entre las mujeres entrevistadas, la idea de que los criterios para acceder a los beneficios de los programas de reinserción fueron injustos y que muchas personas que sufrieron y lucharon durante la guerra no recibieron ningún tipo de apoyo en tanto que otras se beneficiaron sin haber combatido. Sin embargo, son las mujeres de las ciudades –sobre todo las jóvenes– las más duras en el balance de los Acuerdos de Paz y quienes más tajantemente hablan de favoritismo, e incluso corrupción de la dirigencia efemenista en este proceso, tal como se verá en el testimonio de Nelly.

“El Frente desmovilizó gente que nunca había participado en la guerra, y la gente que había volado riata con ganas no la tomaron en cuenta. ¿Por qué cree que hay tantas bandas que asaltan? ¿Por qué cree que comenzaron a matar jefes del Frente o por qué los jefes no bajan a los asentamientos? Porque tienen miedo que la misma mara los mate, pues. Los que anduvimos en el frente decimos que la guerra fue de vivos no de tontos. Mire a los que andábamos ahí cuidándole las nalgas a los altos mandos, están asaltando o murieron por andar en malos pasos; en cambio los que mandan andan con buenos carrazos del año, con pisto, buenas casas. Nosotros no esperábamos eso, esperábamos mas tranquilidad, pero los Acuerdos de Paz no sirvieron”.

El resentimiento generado por las discriminaciones en los programas de reinserción se dirige hacia distintos colectivos. Las más jóvenes culpan a los altos dirigentes del FMLN de haberse olvidado de las masas; otras, ubican las responsabilidades en los que tuvieron en sus manos la

elaboración de las listas de las injusticias cometidas. Finalmente, no faltan las que señalan a la mala suerte (la propia) como causante de esa nueva desgracia.

Perdiendo lo colectivo

Mientras se terminaban las celebraciones por la llegada de la paz y se elaboraban las listas de quienes se beneficiarían de los programas de reinserción, fueron llegando a las repoblaciones las y los excombatientes. Los cambios que estas nuevas presencias trajeron fueron muchos aunque se fueron viviendo de manera paulatina. Lo primero que se evidencia es un incremento de la población masculina que había estado en los frentes de guerra. Las mujeres que habían estado en las actividades militares también se reintegran y algunas de ellas se convertirán en rivales de las que venían de los refugios cuando se requirió ocupar puestos de dirección.

La alegría del reencuentro pronto se vio invadida por la convivencia de las antiguas parejas y familias en situaciones totalmente distintas a las que se daban antes de la guerra y la separación que trajo consigo. Los hombres que llegaban no habían sufrido modificaciones en sus roles en tanto que, como hemos reiterado, las mujeres refugiadas llegaban a la paz con una historia de cambios y más cambios. Las desavenencias eran inevitables y no fueron producto de las organizaciones de mujeres, como muchas mujeres cuentan que dicen sus hombres, sino de una realidad que obligó a unos y otras a transitar por caminos encontrados.

Las jóvenes, encontraron en la maternidad aplazada una salida ante la desmoralización por tantos cambios que esta vez no eran del todo positivo para ellas. Carmen, activa excombatiente que jugara un papel destacado en el refugio, responde con un cierto dejo de tristeza en la voz, las preguntas sobre su vida posterior a la firma de los Acuerdos de Paz.

“- ¿Cómo se sintió?

- Yo me sentí desmoralizada, porque tanto sacrificio que hicimos y al final nos dejaron botados y después solo vienen en tiempos de elecciones.
- ¿Y cree que ese es el sentir de la comunidad?
- No sé, en parte podría ser, como poco nos han buscado ayuda para la reconstrucción de la comunidad, lo único que se ha hecho es lo de las viviendas y ni siquiera estoy segura si el Frente estuvo detrás de eso.
- ¿Y ahora qué hace?
- Nada, paso aquí cuidando a mis hijos, ya no participo en talleres ni comités, no participo en nada de la comunidad porque no me motiva nada.
- ¿Y por qué ese desgano?
- Por los hijos, es que todo el tiempo se los dedico a ellos.
- ¿Cómo se siente ahora?
- Bien, bueno, sí... Estoy bien aunque extraño algo de la vida en el refugio. La vida colectiva me gustaba, eso es lo que extraño”.

Las mujeres que ya no estaban en edad reproductiva, se volcaron a las tareas domésticas o a las actividades de la iglesia cuando se daban en su comunidad. Unas y otras comparten la nostalgia por la pérdida de la vida colectiva, el trabajo en conjunto que se hacía pensando en el bienestar común, las estructuras organizativas en las que podían participar, la actividad incesante, todo lo que se estaba perdiendo irremediamente. La disminución de la vida colectiva se había percibido desde los primeros tiempos de las repoblaciones, pero era ahora cuando las mujeres veían surgir actitudes negativas que les hacían pensar que algo muy valioso se estaba yendo entre discusiones y pleitos. En las entrevistas colectivas, esta sensación de pérdida es común en las tres repoblaciones y se le encuentran distintas explicaciones. Veamos algunas.

Discusión colectiva en Santa Marta

- Recién venidos teníamos un poco de temor porque todavía había guerra pero como que nos llevábamos más bien; ya ahora que ya pasó la situación de la guerra que vino la paz y todo eso como que ha habido otro cambio, que ya la gente no se lleva ... porque yo me acuerdo que cuando estuve en Mesa, yo me llevaba bien con toda la gente, yo trabajé de coordinadora de un taller de sastrería, a pues, todos nos llevábamos muy bien, trabajamos 87 personas allí y nunca tuvimos un problema y en cambio aquí hay muchas personas que sí tratan la manera que si aquella gente está trabajando, tratan la manera de bajarla del puesto hasta que la botan y ese es el gusto de ver aquella gente tirada que quede sin trabajo, a mucha gente le ha pasado eso aquí, o que ya la van viendo de menos que no les importa y todo eso. Hay un gran cambio.
- O sea que aquí pasa un caso, que para organizar un trabajo movilizamos gente, ya que el trabajo está organizado botamos a la gente que ha colaborado para quedar sólo unas poquitas... las que apoyamos quedamos fuera y se meten a unas que tal vez nunca...
- Aquí, durante la guerra, era raro la mujer que no trabajaba, por la cuestión de la guerra que había que estar sosteniendo también, porque eso hay que hablarlo claro que nosotros la mantuvimos. Ah pues entonces por eso la gente como que se llevaba mejor, estaba más organizada, trabajábamos todos en conjunto. En cambio, cuando ya cada cual rezó para su santo ya fue otra cosa, e ya cambió todo.
- Es que también hubo mucha injusticia. Mire hicieron lotes, repartieron la tierra en lotes, entonces aquí familias que tal vez

son hasta 5 grandes en aquella familia, le han dado un lote a cada persona y hay otras familias que si al hijo le dieron a la mamá ya no le dieron, se quedó sin lote. Tal vez en tiempo de la guerra le prometieron que iba a tener, que no le iba a hacer falta nada, y esa gente trabajó y trabajó pero ya después la dejaron aislada, tal vez puede desarrollar algún trabajo y no se lo dan. Así anda la gente que algunos están a gusto y otros estamos arruinados que no tenemos ni para comprar la caja de fósforos. Y así ha sido todo.

- Aquí había un taller de sastrería, durante la guerra estuvieron bastantes mujeres trabajando, haciendo ropa para la gente de la comunidad y para los guerrilleros se terminó la guerra se deshicieron los talleres y la maquinaria se repartió: usted por ser familiar le voy a dar una máquina, usted por mi compadre le voy a dar otra máquina, a los otros no les dimos ni mierda, nada, así se fue distribuyendo. Entonces se fue trastornando todo, así es como la gente ha quedado, hay gente que está mejor de como vivía antes y hay gente que vivía más cómodo que tenía donde poner su casa, ahora no tiene.
- Todo fue por la mala organización porque mire, el esposo mío es mecánico de los mejores que había en, pero aquí los dirigentes que había no les tomaban importancia, por ejemplo, esos dinerales que fueron a gastar en un taller a Sensunte o a San Salvador para que le arreglen un carro los mismos de la comunidad, aquí se los hicieran y le ganaran, tal vez, la mitad o menos todavía de lo que puede valer, pero no mejor se fueron a pagar, a darle comida a otro de afuera y no a la misma comunidad de aquí. Porque ya le digo, siempre es el egoísmo o será que aquella gente le cae mal, no sé verdad; esa es la mala organización y los dirigentes también que miran por bien de ellos y no por el bien de la comunidad.

Discusión colectiva en Guarjila

- Aquí lo que ha pasado es que ya no estamos sólo los que veníamos, porque en el principio que estábamos sólo los que veníamos era igual que como los campamentos, teníamos unas normas que obedecer y así se hacía. Durante un año, dos años, la pasamos bien. Pero media vez empezó a entrar gente que estaba afuera, familiares que vinieran a posesionarse aquí, las cosas han cambiado. Hay que aceptar que nos dejamos, porque ya cada cual comenzó a trabajar por su lado, durante hacíamos los trabajos colectivos mantuvimos esa organización, pero después cuando ya la gente trabajó por sí solos que ya no vino ninguna ayuda para protegernos, ya nos fuimos separando. Y eso que cuando empezó a entrar gente de fuera, empezó a engrandecer los vicios y un montón de cosas, yo soy sincera y a cualquiera se lo digo, que de eso ha dependido, porque el regalo que le traían a un familiar aquí era una botella de guaro, y aquí era prohibido eso, ese era el regalo que le traía el amigo al otro y como antes le gustaba, verdad, y con todo lo que había de las normas que había sanciones por eso la gente estaba un poco irritada, pero media vez hubo esa relación de fuera...
- Porque en tiempo de guerra aquí todos estábamos unidos, si estábamos bien acordados que sólo oyendo un pique de una allí estábamos toda la multitud de gente, a ver qué era lo que sucedía. Cuando se iban a llevar a la hermana Ana, mire paramos y no dejamos que la llevaran. Lo que le quiero decir que estábamos bien unidos, estábamos recién venidos. Ahora después y como la asamblea lo dice que por qué es que en tiempo de guerra estábamos unidos y ahora nos hemos vuelto a alejar, no en todo, pero en otras relaciones, como ella dice, que los que vienen aquí, eso no es cosa buena, porque tal vez aquella pobre persona está cuidando aquella cosita que uno no

sabe quiénes son, pero hay mucha mañosa, entonces, no se sabe si serán de aquí o entrarán de afuera, pero como no estamos donde están los peligros, pero eso arruina a la gente de un solo. Y como dicen que si un mango podrido está en medio de un puño de mangos, está que aquel mango jode a los demás, entonces, eso es lo que está pasando. Por unos pocos sufrimos todos.

La paz no trajo para las mujeres un reforzamiento del espacio público tan arduamente ganado, más bien disminuyó las estructuras y funcionamientos colectivos donde ellas encontraban una valoración tan positiva de sus quehaceres y eso las conduce a una sensación de perplejidad, de no saber a ciencia cierta por qué no pueden alegrarse sin restricciones por el cese del fuego y por qué, en su recuerdo, esa etapa está ligada a una pérdida tan grande que las inmoviliza.

Esta es una de las múltiples paradojas de la guerra y la paz como lo será el hecho de que justamente cuando ellas entraban en su etapa de decaimiento, las organizaciones gestoras de proyectos comunitarios y los organismos de mujeres se veían presionados para abrazar la perspectiva de género, es decir, para incorporar las necesidades e intereses de las mujeres como sector particular dentro de los planes de desarrollo.

Discordantes en tiempo y ánimo, las mujeres campesinas exrefugiadas y las mujeres urbanas de las ONG's se verían en la necesidad de trabajar de manera conjunta en un proceso de reconstrucción (nacional, local y comunitario) en donde el tejido social propio de la guerra iría desapareciendo para dar paso a nuevos contextos repletos de dudas, lucha individual y un sentimiento generalizado de que la consigna más efectiva para enfrentar los nuevos tiempos era "¡Sálvense quien pueda!".

La organización femenina de la postguerra

El final de la guerra y la necesidad de crear espacios civiles desde donde pudieran seguir actuando las y los dirigentes guerrilleros que cambiarían el arma por el discurso como herramienta de lucha, daría pie al nacimiento de multitud de organizaciones de todo tipo y en todos los sectores. Entre ellas surgirían una nueva serie de agrupaciones de mujeres y las ya existentes se replantearían su quehacer en el nuevo contexto de paz (Herrera, 1997).

Libres ya de las urgencias de la guerra y de las presiones para dejar a un lado intereses secundarios, algunas mujeres pudieron hacer avanzar sus ideas feministas en una situación donde ya no era factible seguir esperando a la victoria final del conjunto del pueblo antes de plantear demandas específicas. La gran cantidad de recursos económicos de la cooperación internacional disponibles en la posguerra, convirtió rápidamente a casi la totalidad de organismos de mujeres en ONG's, es decir, en centros de trabajo con una cualificación técnica que pasaron a ofrecer servicios de todo tipo (desde implementación de proyectos productivos hasta atención para los casos de violencia) fundamentalmente a las que antes habían sido bases sociales cautivas de la guerrilla: las mujeres de las repoblaciones.

La cooperación para el desarrollo transitaba por una época en que reclamaba la incorporación de la perspectiva de género en los proyectos de los países del Sur y el concepto género se extendía rápidamente por El Salvador aunque, como se ha señalado, *"sus implicaciones en la práctica de la cooperación no han sido suficientemente trabajadas. Para algunos organismos, género es apenas otra palabra para denominar a las mujeres, de modo que el capítulo del libro, el taller o la lista de preguntas pueden mencionar ahora los roles de género" en lugar de los roles de las mujeres, pero poco más ha cambiado*" (Murguialday, 1999). Con los significados de las nuevas políticas a impulsar escasamente trabajados, las mujeres se convirtieron en un sector prioritario para las ONGs de la postguerra.

Los programas dirigidos a ellas se asemejaban bastante a los desarrollados en el refugio ya que la mayoría de ellos irían destinados a devolver protagonismo a las mujeres en la esfera pública y escasamente se ocuparían de los reacomodos que estaban ocurriendo en la vida privada que, nunca mejor dicho, se verían como de índole estrictamente personal.

Así cuenta una responsable de impulsar proyectos con mujeres su proceso de incorporar la perspectiva de género. *"A partir del 92 empezamos a configurar un sistema de créditos donde la misma gente participa en las decisiones. Hasta entonces no hubo ninguna política específica para mujeres. Ahora nos encontramos con esa situación de querer implementar un trabajo con enfoque de género en la institución, pero estamos con el problema de elaborar cuales van a ser esos mecanismos y esa política para el caso de créditos. Como la mayoría de personas con las que trabajamos en las comunidades son mujeres, en nuestra planificación estratégica del año 93 definimos como uno de nuestros principios institucionales la equidad de géneros, lo definimos conceptualmente por todo lo que estaba pasando en las comunidades y por muchas sugerencias que se nos dieron de algunas agencias; se define el tema género también como una de las variables que debiera estar en todos los programas de CORDES. Pero aunque teóricamente lo dijimos, el hacerlo ha sido lo más difícil porque nos enfrentamos a muchos otros retos, entonces todavía nos falta, porque nosotros apenas hemos tenido el diagnóstico situacional de género de la institución, de ahí se nos han derivado una serie de recomendaciones que son las que estamos trabajando con esta consultoría para ver cómo le vamos a hacer en el área de créditos, cómo en el área agropecuaria, cómo en la comercialización..."* (Lourdes Palacios. Entrevista ad hoc, junio de 1998).

Mientras las ONG's se aclaraban qué era eso del género y vencían las resistencias internas masculinas que sospechaban que tal política significaba un riesgo para su hegemonía, las mujeres de las comunidades repobladas veían pasar el tiempo sin que la atención prometida se concretara. Vendría luego la dinámica electoral que llevaría lejos de ellas las preocupaciones del sector activo del FMLN y de las organizaciones

civiles para dejarlas sin mayores recursos conceptuales y con escasos apoyos materiales en el proceso de reacomodo de sus vidas.

En el reajuste de su vida de pareja las mujeres se enfrentaban a problemas serios, tanto de irresponsabilidad de sus hombres en el terreno económico como de maltrato físico. La disyuntiva a la que se enfrentaban era resistirse y asumir las consecuencias (violencia, abandono) o clausurar el tiempo de sus cambios para mantener la fiesta en paz. Ambos caminos fueron transitados por las mujeres entrevistadas e incluso surgió una tercera vía claramente pragmática, definida por una mujer en la entrevista colectiva de Santa Marta:

"Mire, está bien hablar de cosas de esas aquí, de los cambios y los derechos de las mujeres, pero yo a él no le puedo hacer que entienda así que me lo trabajo poco a poco y donde veo que no acepta, me callo. Yo creo que hay que tener paciencia y no darles a entender a ellos que no estamos de acuerdo, hacer lo que se pueda y lo que no... dejarlo para seguir platicándolo aquí en estas reuniones".

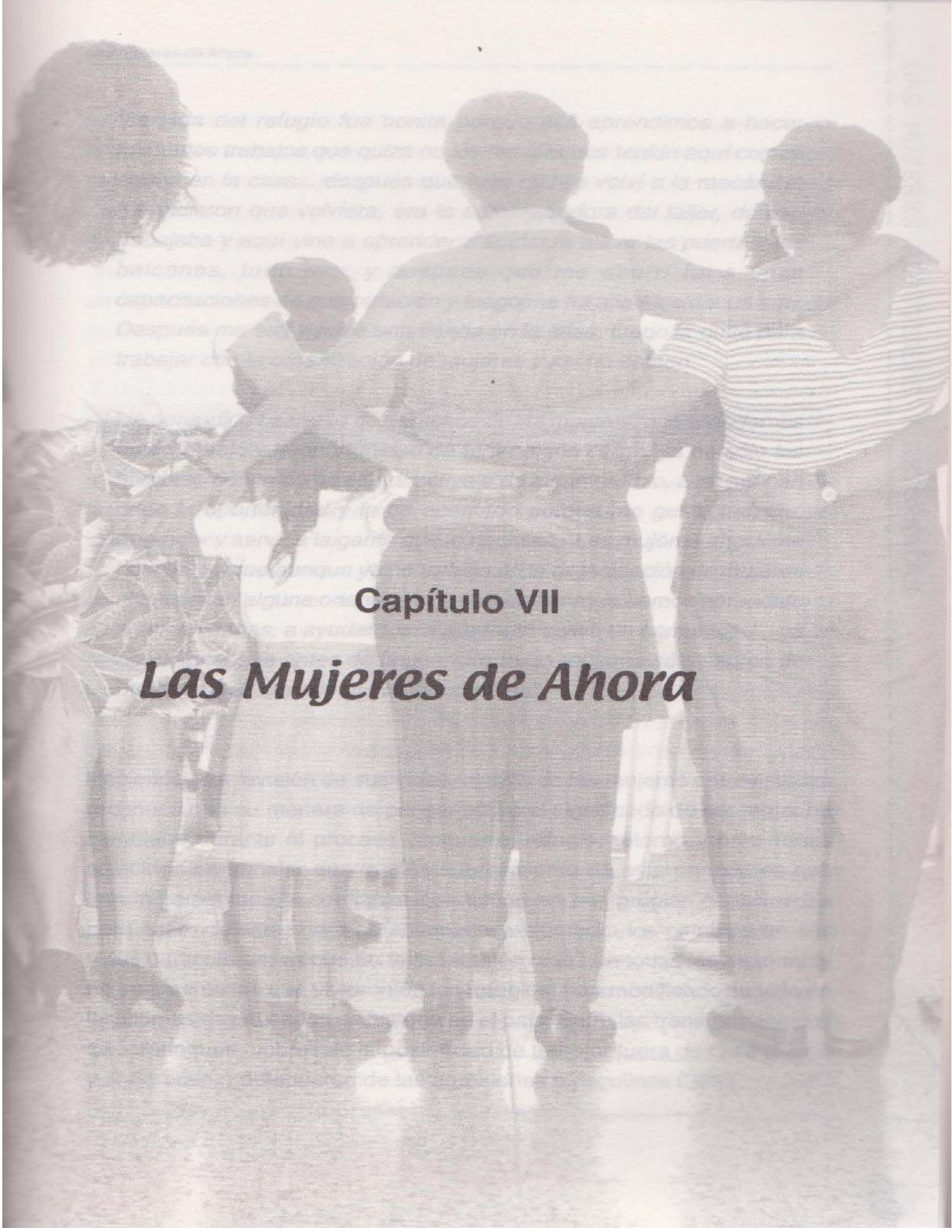
Las organizaciones de mujeres, inmersas en sus propias dinámicas de surgimiento y definición, no pudieron contrarrestar el desánimo de las repobladoras ni dar respuesta a los fenómenos que ellas vivieron en su posguerra particular. El proceso de adquisición de conciencia feminista en las trabajadoras de los centros de mujeres era un poco lento y llegaba con retraso para poder acompañar los procesos de reajuste de las mujeres de los refugios a la paz sin participación comunitaria.

Y así fue como ellas tuvieron que escuchar las acusaciones de los hombres de que el refugio las había arruinado porque ya no les obedecían como antes. Y no hubo, en el caso de las mujeres entrevistadas, ningún organismo que les ayudara en la difícil tarea de negociar las herramientas y capacidades adquirida en los refugios con sus necesidades de dependencia, tanto afectiva como económica, y seguridad en la posguerra.

Las mujeres no pudieron hacer nada para detener la marcha atrás de sus conquistas. Vieron comenzar una nueva época, con más cambios, pero no para ellas. Su proceso de empoderamiento personal quedaría reducido al terreno de las capacitaciones (diversas y abundantes), que no eran más que reflexiones ideológicas en un terreno que ya no era fértil para el protagonismo público porque las condiciones del refugio (escasa presencia masculina, subsistencia básica garantizada, apoyo de diversos organismos, y una situación política de tensión que requería de altos niveles organizativos) ya no existían. En su lugar había una paz desconcertante, difícil de digerir, que les exigía trabajo y más trabajo y en donde ya no había el reconocimiento e impulso a su participación.

Como corolario de este nuevo escenario se iniciaba una etapa en la vida política del país donde las fuerzas revolucionarias y los organismos civiles (incluyendo al FMLN y las organizaciones de mujeres) estarían abocadas a la participación electoral, terreno desconocido y ajeno para las refugiadas-repobladoras y en donde las habilidades requeridas (adhesión a propuestas ideológicas y políticas, conocimiento de las ofertas electorales y conciencia de derechos individuales y colectivos) eran totalmente ajenas a la lógica del apoyo y cuidado a otras personas (Murguialday, 1995).

Con la paz llegaba el asenso de las organizaciones de mujeres, la difusión de las ideas feministas, el interés por la perspectiva de género, el reconocimiento generalizado de algunos derechos de la población femenina. Pero también iniciaba el declive de las mujeres en las antes combativas repoblaciones, la disminución del interés por ellas por parte del FMLN, la finalización de una experiencia colectiva en donde fueron imprescindibles, y su conversión de protagonistas del proceso de refugio/repoblación a beneficiarias de las ONGs.



...del refugio fue bonita... aprendimos a hacer...
...trabajos que quizás no... tenían aquí con...
...en la casa... después que... volví a la escuela...
...que volviera, era la... del taller de...
...y aquí vino a aprender... las puertas...
...balcones, lo... y... me...
...capacitaciones...
...Después me...
...trabaja en...

Capítulo VII

Las Mujeres de Ahora

“La vida del refugio fue bonita porque allá aprendimos a hacer bastantes trabajos que quizá no los hubiéramos tenido aquí con mi mamá en la casa... después que tuve mi hijo volví a la mecánica, me pidieron que volviera, era la administradora del taller, de eso trabajaba y aquí vine a aprender a soldar, a hacer las puertas, los balcones, todo eso, y después que me aburrí fui a unas capacitaciones de computación y luego me fui a la Alcaldía un año. Después me salí y puse una tienda en la casa, luego la quité para trabajar con la organización de mujeres y así he estado.

He aprendido bastante de derechos de las mujeres, ahora podemos tener trabajo y la oportunidad de tener algún cargo, ya no sólo los hombres tienen cargos de directiva o de algún gremio, a mí me han dado la oportunidad y la he aceptado porque me gusta trabajar, aprender y servir a la gente que lo necesita. Las mujeres ahora me buscan porque aunque ya no trabajo en la organización de mujeres si necesitan alguna orientación se las doy porque hemos aprendido a ser solidarias, a ayudarnos, a aprender a vivir en comunidad... ya no es igual que antes de la guerra que las mujeres sólo sabían de moler y lavar, servirle al hombre... ya no”.

Haciendo una revisión de sus vidas, el 82% de las mujeres entrevistadas reconoce que su manera de pensar sobre el significado de ser mujer ha cambiado durante el proceso de guerra, refugio, retorno y paz. Todas coinciden en señalar que lo más sobresaliente de este periodo es que han incrementado la confianza que tienen en sus propias capacidades para salir adelante. Pero no solamente vislumbran los cambios en sus vidas particulares, ya que un 90% también cree que todas las mujeres (y no solamente las que vivieron en los refugios) han modificado su vida en las últimas dos décadas de historia en el país. Entre las transformaciones que distinguen, sobresale la posibilidad de trabajar fuera de casa (58%), y el derecho a defenderse de las agresiones masculinas (32%).

Pero aunque ahora se sienten más fuertes y observan claras diferencias con las condiciones en que las mujeres vivían anteriormente, están profundamente preocupadas por el futuro, ya que consideran que la situación en que viven actualmente es tan mala o peor que antes. Dicen que se ha perdido la solidaridad comunitaria, que no pueden salir de la pobreza, que están temerosas en medio de tanta violencia y, sobre todo, que ya no tienen la esperanza de que la lucha armada cambiará su situación.

La crisis de confianza en el FMLN

Salvo una, todas las mujeres entrevistadas apoyaron al FMLN antes y/o durante la guerra. Todas se sentían parte de ese organismo o de alguna organización de las cinco que lo integraban. En la actualidad ha descendido de manera importante su participación en las filas del FMLN ya que apenas un 54% sigue considerándose militante en activo. En Santa Marta es donde se encontró una mayor deserción y decepción de este organismo político; en Guarjila, por el contrario, se mantiene en mayor proporción su adhesión al partido aunque las mujeres se quejan de poca atención y escasas actividades; en Segundo Montes la mayoría de las mujeres abandonaron las filas del ERP para participar en el FMLN. Todas las mujeres que viven en las ciudades, por su parte, han abandonado completamente la participación política.

La mayoría señala que el trabajo y el cuidado de hijas e hijos las limita para participar más activamente; todas coinciden en que los líos internos y la falta de cauces para colaborar son los motivos que más influyen en su desgano actual. También destacan su molestia ante la sensación de que ahora el FMLN sólo se acerca a las comunidades en el tiempo previo a las elecciones para hacer promesas de las que posteriormente se olvida.

En el diseño de la transición política, las elecciones de 1994 se presentaron como el evento que consolidaría el proceso de democratización. Las

entonces llamadas “elecciones del siglo”, sin embargo, marcaron el comienzo de un proceso de fracturas internas en el FMLN y el consiguiente desaliento entre sus filas que veían incursionar a sus dirigentes en nuevos terrenos en el que la base social del partido no se podía ubicar tan rápidamente ni desenvolverse tan cómodamente como las élites. Esta sensación era más patente entre las y los militantes que provenían de las comunidades campesinas que sabían mucho del trabajo y organización comunitaria pero nada del cabildeo y la negociación parlamentaria.

En el primer evento electoral en el que se presentaba la recién desarmada guerrilla, su campaña política se centró en los medios televisivos y radiales que llegaban prioritariamente a las ciudades. La población femenina rural no llegó a conocer todas las propuestas electorales ni las candidaturas planteadas, por lo que su desafección electoral la llevó a un elevado ausentismo de las urnas. Se calcula que seis de cada diez salvadoreñas no ejercieron su derecho al sufragio en 1994. (Murguialday, 1997).

Los resultados electorales (ver cuadro 15) echaron por tierra las ilusiones del FMLN de hacerse con el poder político que no pudieron obtener por la vía militar aunque lo ubicaron como la primera fuerza de oposición. Sin embargo, las diferencias internas existentes desde siempre entre las cinco organizaciones integrantes del FMLN no pudieron mantener el equilibrio logrado durante los años de guerra y el grueso del ERP (cuyo nombre había cambiado de Ejército Revolucionario del Pueblo a Expresión Renovadora del Pueblo) y una parte de la Resistencia Nacional cuestionaron el papel del FMLN en el nuevo contexto político abandonando sus filas para formar el Partido Demócrata (PD), una opción socialdemócrata que se proponía superar la polarización entre la derecha y la izquierda para construirse como alternativa de centro (UCA, 1994).

Cuadro No. 15. Resultados electorales de 1994
(en porcentaje sobre el total de personas con carnet electoral)

	ARENA	Coalición ¹	PDC ²	PCN ³	Abstención
Alcaldes	22.1	10.14	9.6	4.0	50.4
Diputados	22.3	10.64	8.9	3.1	50.4
Presidente					
(1ª. vuelta)	24.0	12.2	8.0	2.6	51.0
Presidente					
(2ª. vuelta)	29.9	13.8			56.3

1. Formada por el FMLN y la Convergencia Democrática
2. Partido Demócrata Cristiano
3. Partido de Conciliación Nacional
4. Resultados correspondientes al FMLN

Fuente: Murguialday, C. (1995) Las Mujeres ante, con, contra, desde, sin, tras... el poder político. San Salvador: Las Dignas

El PD no logró, como era su intención, construirse en una alternativa de centro y en las elecciones de 1997 no consiguió ningún diputado propio y sólo alcanzó la presencia de uno en la Asamblea Legislativa gracias a los votos de la democracia cristiana. El apoyo del PD al gobierno de ARENA para aumentar el IVA y en otras iniciativas parlamentarias, así como la campaña de denuncia del FMLN (sobre su política de secuestros durante la guerra y el mantenimiento de arsenales), le hicieron perder simpatía popular. El FMLN, por su parte, aumentaba su votación en 1997, consiguiendo 6 escaños más que en 1994 y ganando 48 municipios en los que reside el 45.3% de la población. La alcaldía de San Salvador, la capital del país, fue obtenida por una coalición en la que participaba el FMLN (UCA, 1997).

Instalado como una alternativa de gobierno municipal, el FMLN se vio envuelto en la dinámica electoral y las mujeres perciben que algo en su relación con los muchachos se había perdido; piensan, con tristeza, que

quizá para siempre. Ahora las necesitan como potenciales electoras y las buscan como tales a pesar que ellas han demostrado su recelo a las elecciones absteniéndose una y otra vez. Las organizaciones de mujeres que trabajan con ellas y que realizan programas de capacitación cívica y de apoyo a la carnetización femenina, se han sumado al entusiasmo electoral creando plataformas unitarias y coordinaciones para impulsar candidaturas femeninas. Las mujeres de las repoblaciones, empero, no se han contagiado de ese entusiasmo ya que les preocupan mucho más las problemáticas concretas de sus comunidades.

Las comunidades repobladas en la etapa actual

En 1998 fue publicado un estudio realizado en cien comunidades ubicadas en los Departamentos que fueron escenarios centrales del conflicto (entre las que se encuentran las tres repoblaciones en que viven las mujeres entrevistadas para este trabajo)¹³. Entre los datos más relevantes de dicho análisis resalta la precaria situación económica de una población cuya principal fuente de sustento es la agricultura, actividad que se realiza en tierras consideradas de regular la calidad agrícola, con lo cual los problemas para la subsistencia son bastante previsibles. A esto se suman las constantes catástrofes naturales como vientos, inundaciones, sequías, lluvias y deslizamientos de tierra, que se convierten en desastres de gran magnitud debido a la pobreza de las comunidades.

A pesar de que las mujeres de Guarjila fueron las que en mayor proporción se beneficiaron del Programa de Transferencia de Tierras, ninguna de ellas puede trabajarlas por la mala calidad de las mismas y tienen que alquilar parcelas para sembrar el maíz y frijol para su autoconsumo, o trabajar las tierras que les presta la comunidad. A decir de las entrevistadas, ni siquiera pueden alquilar sus propiedades para tener algún otro ingreso porque “no sirven para nada”, “son un pedrerío”, con lo cual sienten constantemente amenazada su sobrevivencia y la de sus familias.

13 Montoya, A. “El desarrollo económico comunitario. Diagnóstico socioeconómico de cien comunidades”. Los datos y cuadros de este apartado han sido tomados de dicho texto.

Las oportunidades de empleo son insuficientes en estas comunidades y el ingreso promedio de quienes cuentan con trabajo es menor a los 300 colones mensuales (alrededor de 35 dólares). Las ayudas familiares en el exterior o remesas provenientes sobre todo de quienes viven en Estados Unidos son un componente importante para el mantenimiento de las familias de estas poblaciones. La calidad de vida se empobrece aún más al carecer de los principales servicios como se verá en el cuadro 16.

Cuadro No. 16: SERVICIOS EN LAS VIVIENDAS (EN PORCENTAJES)

	TODAS	ALGUNAS	LA MAYORIA	NINGUNA
Energía eléctrica	7%	19%	17%	56%
Agua potable	19%	17%	11%	53%
Letrinas	47%	23%	28%	2%
Uso de leña para cocinar	79%	4%	17%	2%

Fuente: Montoya, A. "El desarrollo económico comunitario. Diagnóstico socioeconómico de cien comunidades". ECA No. 595-596, UCA Ed., San Salvador, 1998

La ayuda de la cooperación internacional para el sostenimiento de estas comunidades es fundamental. No sólo en plano económico sino en el técnico y científico; su dependencia de las organizaciones no gubernamentales es muy grande. Ellas están presentes en el 87% de las comunidades estudiadas realizando las más diversas actividades (crédito, comercialización, desarrollo local, prácticas agrícolas, servicios, educación, género); por otra parte, sólo un 59% de las mismas comunidades reciben algún tipo de ayuda gubernamental.

Otro dato que llama la atención del citado estudio, es la distribución de las labores y oficios claramente diferenciadas por sexo (ver Cuadro 17), donde la diversidad de oficios es mucho mayor en los hombres; es notoria la ausencia de las mujeres en la agricultura y de los hombres en las tareas domésticas.

Cuadro No. 17: PRINCIPALES OFICIOS EN LAS COMUNIDADES

(Hombres)		(Mujeres)					
OFICIOS	%	OFICIOS	%	OFICIOS	%		
Agricultores	100	Panaderos	29	Oficios domésticos	99	Comerciantes	28
Albañiles	65	Zapateros	26	Costureras	69	Panaderas	26
Carpinteros	55	Para-veterinarios	16	Parteras	57	Enfermeras	17
Motoristas	51	Mecánicos	15	Promotoras	46	Alfareras	13
Promotores	50	Veterinarios	12	Profesoras	37	Tejedoras	8
Sastres	44	Obra de banco	11				
Comerciantes	35	Agrónomos	7				
Maestros	29	Para-agrónomos	7				

Fuente: Montoya, A. "El desarrollo económico comunitario. Diagnóstico socioeconómico de cien comunidades". ECA No. 595-596, UCA Ed., San Salvador, 1998

Guarjila, Santa Marta y Segundo Montes son comunidades en donde la pobreza es visible desde el estado de las calles, la construcción de las casas hasta la tristeza con la que sus pobladoras hablan de su situación actual. La Comunidad Segundo Montes, que significó en su tiempo un modelo y una esperanza de desarrollo semi-industrial en zonas tradicionalmente agropecuarias, es presa de una profunda crisis. Quizá debido a la mayor publicidad que tuvo su nacimiento, su situación actual es más conocida (tanto por los artículos publicados en diversos libros y revistas como por las investigaciones realizadas) que la de las otras dos. En tanto que las dirigencias y las mujeres de Guarjila y Santa Marta hablan de sus impresiones de que las cosas no andan muy bien, sobre la CSM hay datos accesibles que permiten configurar una visión más concreta del deterioro de las comunidades repobladas.

En el estudio de Monterrosa (1999) se señala que la población de la CSM ha decrecido un 40% entre 1999 y 1997. Una buena proporción de la población se ha trasladado hacia otras zonas del Departamento de Morazán (a las zonas de donde eran originalmente) en tanto que otro

porcentaje ha emigrado hacia los Estados Unidos cuando la comunidad ha sido incapaz de ofrecer alternativas para la sobrevivencia económica.

La precariedad de la situación económica de la CSM tiene relación con el debilitamiento de la organización y la pérdida de identidad de sus habitantes con un proyecto común. La ruptura del ERP con el FMLN ocasionó una grave crisis en la que los miembros de aquella organización fueron prácticamente expulsados de la comunidad (Monterrosa, 1999). En adelante, cualquier crítica sería interpretada como adhesión al ERP o PD y rechazada sin mayor trámite. Hay que tener en cuenta que, a diferencia de Guarjila y Santa Marta, la CSM tenía una dirección centralizada que coordinaba la vida productiva y política de más de 8,000 personas por lo cual esa crisis tuvo una repercusión mucho mayor que en Santa Marta, donde, además, los dirigentes históricos de la comunidad se quedaron en las filas del FMLN.

La separación entre la población y la dirigencia es mucho más fuerte en el caso de la CSM y es, quizá, el punto donde más se diferencia con Guarjila que sigue manteniendo una fuerte identificación con el FMLN y donde, a decir, de miembros de la Directiva Comunal "cuando llegó el momento de afiliarse al partido no quedó nadie en la comunidad sin hacerlo".

Ahora bien, las tres comunidades coinciden cuando ubican sus principales problemas en la vida actual: la pobreza y la violencia.

La violencia y la pobreza: los problemas de ahora

Aunque probablemente su situación antes de la guerra sea tan precaria como la de ahora, las mujeres se sienten más pobres en la actualidad. Esta sensación puede generarse con la conjunción de diversos fenómenos propios de esta época posguerra. Uno de ellos es la disminución de las prácticas comunitarias de apoyo familiar, ya que en la medida que las comunidades han crecido y no son más los pequeños caseríos con

vínculos de parentesco, las mujeres solas o jefas de familia se sientan más desamparadas.

Otro elemento es un creciente incremento de los hogares monoparentales, sobre todo entre quienes migraron a las ciudades (ver cuadro 17), que suele acompañarse de irresponsabilidad paterna en el terreno económico con lo que las mujeres se ven obligadas a mantener ellas solas a su prole.

Por otra parte, las mujeres han conocido épocas de menor carencia en los refugios y en algunos tiempos de las repoblaciones -cuando aún había donación de alimentos, por ejemplo-, por lo que ahora tienen un referente comparativo para sentirse más pobres que antes. La ruptura de su aislamiento, que también significó conocer de cerca otros estilos de vida generados por mayores niveles de ingreso, las hace que ahora aprecien la pobreza en que viven en toda su dramática magnitud.

CUADRO No. 17: COMPOSICION FAMILIAR EN LA ACTUALIDAD. PORCENTAJES SEGUN REPOBLACION

	TIPO DE FAMILIA		
	Nuclear	Ampliada	Monoparental
Guarjila	50%	30%	20%
Santa Marta	60%	20%	20%
Segundo Montes	40%	60%	
Ciudades	14%	43%	43%

Como se puede observar en el cuadro anterior, además del aumento de las familias monoparentales se han incrementado los hogares ampliados, incluyendo a abuelas, abuelos, hermanas solteras con criaturas a su cargo o hermanos que esperan en momento oportuno para migrar. Esta situación es más marcada en Segundo Montes, donde las mujeres jefas de hogar se unen a otras mujeres de la familia en situación semejante para sobrellevar mejor la pobreza. Adoptando distintas modalidades, lo cierto

es que la familia nuclear típica de la infancia de las mujeres de antes, ha disminuido drásticamente.

Por otra parte, dirigentes de las tres comunidades —además de las mujeres entrevistadas— coinciden en señalar que la delincuencia es un grave problema que está ocasionando un mayor deterioro de la vida comunitaria. En Santa Marta y Guarjila hay puestos de la Policía Nacional Civil (PNC) que intentan inhibir la actuación de los grupos organizados de asaltantes.

“Después de los Acuerdos, eso empezaba a ser serio, pero ya una vez tuvimos el puesto de policía ha mermado... hay problemitas pero son problemas de familia y comparando con otros lugares son relativamente bien poco” (Carlos Bonilla, entrevista ad hoc, octubre de 1999).

“Cuando se dio la desmovilización, tanto del ejército como de los combatientes, pues quizás se han unido y aparecen asaltos en diversas zonas; pero puede ser que haya influencia entre algunos de la comunidad... estamos trabajando más que todo en la parte preventiva... estamos haciendo reuniones con todas las áreas, asambleas para que de la comunidad salgan las ideas de qué hacer, que no vaya nada impuesto, porque ese no es un compromiso de solo la directiva sino de la comunidad. Se ha iniciado una campaña en contra de la delincuencia... porque aquí hay una juventud que desea trabajar y no hay esa manera de que ellos puedan obtener a cambio de su trabajo un dinero para poder sobrevivir, quizás por eso en veces se da la vagancia” (Abel López, entrevista ad hoc, octubre de 1999).

“No sirve de nada (poner un puesto de la policía) porque a veces alguna gente de la policía como que amigos son de la gente que anda bandoleriando, algunos fuman marihuana junto con ellos, entonces eso ya es el colmo, no se puede hacer nada porque si usted va a denunciarlo es capaz la policía le cuenta al otro que quien lo denunció y le van a dar corte ahí no más... lo único es que

se está tratando de que haya un grupo de jóvenes, tanto de muchachas como de hombres, para que ellos mismos vayan tomando conciencia” (Rosa Elia Argueta, entrevista ad hoc, octubre de 1999).

La violencia delincuencial es uno de los mayores azotes no solamente de las repoblaciones sino del conjunto del país. Cruz (1997) señala que la cultura de guerra que trivializó el valor de la vida humana y posibilitó el enfrentamiento como modo de enfrentar los conflictos; la disponibilidad de armamento -150 mil armas registradas en manos civiles y más de 120 mil sin registrar-; y la lenta conformación de las instituciones de justicia y seguridad que crearon vacíos de autoridad en algunas zonas son algunos de los factores que explican los altos niveles de violencia que se viven en El Salvador y que lo sitúan como uno de los países más peligrosos de América Latina.

Con menos difusión, pero no con menos preocupación para las mujeres, la violencia de género –aquella ejercida por los hombres contra las mujeres- es también un problema contra el que, sin embargo, se actúa con menos decisión porque sigue imperando la creencia de que el maltrato físico es una forma de relación común en las parejas así como la idea de que si ella es golpeada es porque seguramente provocó la cólera masculina.

“Yo creo que si él le pega es porque ella lo busca y uno no puede hacer nada en ese caso”, afirmó Nora en la entrevista colectiva de Santa Marta suscitando el rechazo de algunas mujeres, sobre todo las jóvenes, que no están dispuestas a aceptar esa lógica que las culpabiliza y que reconocen como uno de los logros de la guerra el haber aprendido que tienen derecho a defenderse de los malos tratos dentro de la familia, particularmente, de los de su pareja sin por eso ser consideradas malas mujeres.

La situación de las mujeres de ahora

Comparando la situación de las mujeres entrevistadas con la forma de vida de sus madres y sus abuelas, es posible ver claras diferencias. La primera de ellas es la alta participación actual en tareas productivas, como se puede ver en el cuadro 18, con manifiestas distinciones por repoblación. Participación que de ninguna manera las exime de la realización del trabajo doméstico en el que también invierten una buena cantidad de horas, que disminuyen según la presencia de otras mujeres —hijas, hermanas, madres— que asumen esa carga. La gran parte de las mujeres de las zonas rurales, entonces, se han vuelto doblejornadistas, en situaciones desventajosas en comparación con las habitantes de las ciudades por la escasa dotación de servicios públicos —agua y luz particularmente— que las obliga a contar con menos artefactos para esas tareas y ocupar más horas en las ocupaciones de abastecimiento. Las amas de casa, ubicando en este rubro a las mujeres que sólo se ocupan de las tareas domésticas, representan apenas una tercera parte de la muestra.

CUADRO No. 18: DISTRIBUCION DE LA MUESTRA SEGUN LUGAR DE PROCEDENCIA Y OCUPACION

		LUGAR DE PROCEDENCIA				TOTAL
		Guarjila	Santa Marta	Segundo Montes	Ciudades	
TIPO DE OCUPACION	Empleada recibiendo un salario fijo	1	2	6	5	14 38%
	Actividades que generan ingresos irregulares ¹	5	4	3	0	12 32%
	Ama de casa	4	4	1	2	11 30%
TOTAL		10	10	10	7	37

1. Se incluyen pequeñas tiendas, venta ocasionales de animales y trabajos ocasionales.

Es interesante resaltar que la relación de las mujeres con la propiedad también se ha modificado. La mitad de las que recibieron tierra la han puesto a su nombre, lo mismo que el 35% de quienes han construido sus casas a través de diversos programas de apoyo. Esta decisión la han tomado las mujeres apoyadas por los organismos femeninos o por las propias directivas de sus comunidades y señalan que es una forma de garantía de su futuro por si el marido se va con otra. Las que optaron por poner la tierra o la casa a nombre de los dos miembros de la pareja o de sus hijos e hijas dicen que la medida impulsada por los organismos de mujeres para que fueran propietarias les parecía perjudicial para su relación de pareja porque *“él puede pensar que no se le tiene confianza y se puede ir con otra”*.

Debido a que las actividades para sobrevivir ocupan buena parte de su tiempo, se resiente la participación de estas mujeres en actividades comunitarias. En la actualidad sólo un 23% está presente en algunas iniciativas de su lugar de vivienda. Entre las razones para no participar sobresale la decepción política (sobre todo entre las mujeres que hoy viven en Santa Marta) y la falta de tiempo por trabajo doméstico.

Aunque la participación es semejante tanto en las jóvenes como entre las adultas, son estas últimas las que tienen una mayor presencia en las directivas comunales. Por otra parte, llama la atención que mientras algunas autoridades locales consideran el trabajo en proyectos de producción (como la panadería en Santa Marta, o la carpintería en Guarjila) como una manera de participación comunitaria, las mujeres no lo perciben de la misma manera y lo asumen sólo como un trabajo para sobrevivir.

La oposición de la pareja también parece jugar algún papel en esta falta de entusiasmo por la participación comunitaria, ya que apenas una de las mujeres que continúa en estas tareas tiene pareja estable en tanto que el resto es soltera o está separada. Aunque las mujeres no explicitaron esta razón, sí mencionaron la necesidad de que la mujer haga todo lo posible por mantener la paz del hogar porque a ella le corresponde mantener a su pareja contenta. Eso puede significar que si este bienestar

implica su renuncia a la participación pública, no debe dudar en dejarla a un lado.

También ha descendido la participación de las mujeres en organizaciones femeninas. En el cuadro 19 se puede observar la diferencia en este rubro en el refugio, los primeros años de la repoblación y la actualidad. No obstante su evidente falta de entusiasmo en la vida militante, todas señalan su disposición a reunirse siempre que alguien las convoque. Al igual que en el refugio, las mujeres siguen esperando a ser llamadas para organizarse y actuar colectivamente; generalmente, esperan que la iniciativa llegue de alguna mujer con más conocimiento que las oriente y les especifique sus tareas.

CUADRO No. 19: PARTICIPACION EN ORGANIZACIONES DE MUJERES DURANTE EL REFUGIO, DESPUES DEL RETORNO Y EN LA ACTUALIDAD. PORCENTAJES SEGUN REFUGIO Y REPOBLACION

Refugio	Sí	No
Mesa Grande	68%	32%
Colomoncagua	20%	80%

	Después del retorno		En la actualidad	
	Sí	No	Sí	No
Repoblación				
Santa Marta	45%	55%		100%
Guarjila	80%	20%	20%	80%
Segundo Montes	20%	80%		100%

Si bien las mujeres reconocen cambios en su experiencia y en la vida de la población femenina, la modificación de los valores y comportamientos tradicionales que socialmente definen a una buena mujer, que ellas aprendieron desde temprana edad en su familia, y que parecen haber sufrido alguno que otro golpe en el refugio, parece enfrentarse a serios obstáculos.

La maternidad sigue siendo la definición central del ser mujer aunque se observa una disminución del número de hijos e hijas las jóvenes, las que tienen un mayor nivel educativo y un empleo fijo. En general, todavía cuesta aceptar abiertamente el uso de anticonceptivos y se sigue considerando un tema a realizar en la clandestinidad para evitar la crítica cuando no el abierto rechazo de hombres y mujeres de la comunidad.

En el cuadro 20 se puede observar cómo se ha desarrollado el comportamiento de fecundidad en las mujeres (tomando en cuenta las edades que tenían en el período de su vida que se está investigando). Las más jóvenes han disminuido en promedio el número de hijas e hijos, ya no se encuentra en ninguna de ellas descendencia de 12 o 14 criaturas como en las mujeres adultas. Llama la atención que la disminución de nacimientos es menor en Santa Marta, donde hay una mayor proporción de amas de casa, y más evidente en las mujeres de la comunidad Segundo Montes, quienes tienen un mayor nivel educativo, como se puede ver en el cuadro 7 del capítulo IV además de un empleo fijo en mayor proporción que el resto de la muestra como se observó en el cuadro 18. Son ellas las que tienen un promedio más bajo de descendencia: 3.2 hijas e hijos por mujer.

CUADRO No. 20: NUMERO DE HIJAS E HIJOS POR ETAPA Y REPOBLACION

Repoblación	Antes del refugio	En el refugio	En el retorno	Después de la firma de los Acuerdos	TOTAL
Guarjila	22	10	11	9	52
Santa Marta	20	15	14	14	63
Segundo Montes	17	6	3	6	32
Ciudades	15	6	3	6	30
TOTAL	74	37	31	35	177

Pero a pesar de esta disminución de la fertilidad, lo que no se encontró en ninguna mujer, de ninguna repoblación o de las ciudades, fue el cuestionamiento de que la maternidad sea la definición de la feminidad. Para todas ellas la no maternidad no puede ser más que una desgracia y de ninguna manera una opción. Los hijos e hijas son las que definen su estatus de persona adulta y responsable, quines le dan sentido a su esfuerzo y sacrificio y también la causa que justifica el ejercicio de su sexualidad. Además, sigue presente en ellas la idea de que el ejercicio maternal es responsabilidad exclusiva de las mujeres que, a lo más que pueden aspirar es a tener buena suerte para encontrar un hombre que las ayude.

La decencia, otro valor de gran importancia aprendido en su infancia, es en cambio un tema más controvertido. En tanto que las mujeres mayores consideran que tanto cambio ha vuelto inmorales a las jóvenes, ellas defienden condición de buenas, valoración que se centra en la libertad para dejar al hombre que las golpea, que no es responsable, o que quiere controlar su vida pero no que ella tenga la más mínima curiosidad sobre lo que él hace o deja de hacer con su tiempo.

- Antes la mujer, desde que se casaba, ya ni se peinaba, su ropa ya no podía importar mucho... Porque aquella persona que era casada ya tenía que andar distinta, no tenía por qué arreglarse, y en cambio hoy la mayoría de mujeres aunque sean viejas ya se arreglan.

- Yo creo que ahora tanta libertad tiene la mujer como el hombre. El hombre consigue la mujer que él quiere y si la mujer quiere, también lo puede conseguir, por eso es que a los hombres no les parece mucho, que las mujeres ahora puedan conseguirse otros.

- Yo creo que es más bochornoso que una mujer esté con otro hombre... no creo que un hombre permita eso. Una de mujer ya sabe que eso puede ser así, que él puede conseguir su otra mujer.

- Ya ahora una mujer no le aguanta tanto a un hombre ... si viven mal y él

no cambia, ella puede dejarlo y buscarse otro, tiene esa libertad y antes no, con el que se casó iba a estar siempre”

La discusión anterior se daba en la entrevista colectiva de Santa Marta. En general, las mujeres hacen una rápida identificación de libertad o derechos con la idea de que la mujer puede relacionarse con otros hombres, lo que ya les parece muy cuestionable. Este temor en las mayores no es del todo infundado pues como hemos visto anteriormente, las más jóvenes han tenido más parejas sexuales, sobre todo las que participaron en los frentes de guerra en donde el ejercicio de la sexualidad rompió las barreras del control y fue mucho más intensa, tanto por el miedo constante a perder la vida como por una mayor presencia masculina que presionaba a las mujeres a relacionarse con alguno de ellos (Vázquez, et al, 1996).

En este tema de los valores es donde se puede encontrar una mayor resistencia de las mujeres a los cambios de cualquier orden. Pareciera que junto con las mayores habilidades adquiridas para el desempeño en la vida pública se hubiera reforzado la idea de que la honra (propia, familiar y hasta comunitaria) es un requerimiento de cualquier mujer para ser considerada buena y para compensar su incursión en terrenos vedados para ellas hasta hace apenas unos años.

La mujer, las mujeres

Los resultados del cuestionario dicotómico (ver cuadro 21) permiten confirmar las ideas anteriores. En ellos observamos como las mujeres se vean a sí mismas capaces de enfrentar retos en diversas áreas de la vida al mismo tiempo que aún mantienen creencias tradicionales en torno a algunos comportamientos del género femenino. Hay una tendencia a la homogeneidad de las opiniones en los items relacionados con la confianza que tienen en ellas mismas y en la autonomía de sus decisiones así como en ciertos roles tradicionalmente asignados a los hombres y las mujeres. Pero las diferencias emergen cuando se les cuestiona sobre ideas

relacionadas con características y comportamientos femeninos ampliamente aceptados en el campo (debilidad, inseguridad, obediencia, cuidado de la pareja, virginidad).

CUADRO No. 21: RESPUESTAS AGRUPADAS DE ALGUNOS ITEMS DEL CUESTIONARIO DICOTOMICO. POR PORCENTAJES

ITEM	Sí	No
Respuestas relacionadas con la confianza en sí mismas		
• Correría el riesgo de tener un negocio propio	78%	22%
• Aprendería un oficio masculino	89%	11%
• Saldría adelante con hijas/os estando sola	89%	11%
• Daría mis opiniones en reuniones comunitarias	95%	5%
Respuestas relacionadas con la autonomía en la toma de decisiones		
• Enviaría a mis hijas a la escuela sin permiso del marido	97%	3%
• Sólo los hombres deben decidir sobre las ventas	14%	86%
• Trabajaría sin permiso de la pareja	84%	16%
Respuestas relacionadas con los roles masculinos y femeninos		
• Los hombres deberían aprender los oficios de casa	100%	
• La educación de hijas e hijos es responsabilidad de la mujer	8%	92%
• El hombre debe manejar el dinero porque la mujer lo malgasta	8%	92%
• Las mujeres deben tener relaciones cuando el hombre quiera	19%	81%
Respuestas relacionadas con las creencias sobre las características y comportamientos femeninos		
• Las mujeres deben trabajar la milpa sólo si no hay hombres	65%	35%
• El lugar de la mujer debe ser la casa	40%	60%
• Las mujeres somos inseguras	54%	46%
• Las mujeres somos débiles	54%	46%
• Las relaciones antes del matrimonio, arruinan a las mujeres	35%	65%
• La mujer debe atender al marido para que no se vaya con otra	54%	46%
• En casa hay tranquilidad porque obedezco	49%	51%
Respuestas relacionadas con la confianza para trabajar la tierra		
• Sólo trabajaría la milpa con ayuda de varones	51%	49%
• Sólo trabajaría en la hortaliza	46%	54%
• No sería capaz de aprender a trabajar la tierra	32%	68%

Tampoco hay mucha unanimidad con relación a la confianza a trabajar la tierra, donde hay opiniones divididas. Este rubro parece ser el más difícil para las mujeres, en el que se conjugan tradiciones y realidades, y en el que han incursionado e incursionan con mayor inseguridad.

En resumen, las mujeres de ahora se sienten más seguras y confiadas en ellas en tanto trabajadoras y responsables de su familia. Ya no se les cierra el mundo si el marido las deja, posibilidad cada día más frecuente, y piensan que con la ayuda de Dios y su esfuerzo no les necesitarán para sobrevivir. Es más, es un motivo de orgullo para ellas decir que son “padre y madre a la vez” y mostrar a otras como han sido capaces de los más grandes sacrificios para hacer frente a la adversidad.

Esa sobredimensión de la capacidad de sacrificio femenino, que no necesariamente de sus capacidades, también parece ser una certeza adquirida en el refugio y reforzada por la práctica de irresponsabilidad masculina que, al volver de la guerra, se encontró con que su hogar y su comunidad se habían sostenido con manos femeninas y que su tradicional rol de proveedor había sido duramente cuestionado.

Pero al mismo tiempo, las mujeres siguen sintiendo que deben comportarse humilde y pudorosamente porque está bien ser sacrificadas pero no abusar de la libertad que la autosuficiencia económica o el salir de casa les puede dar. Y sobre todo, no abusar de esa libertad en el terreno sexual. En ese campo se apresuran a embarazarse para tener una razón que las disculpe.

Parece ser que el refugio y las mujeres y hombres internacionalistas que tantos y tan buenos consejos les dieron, no fueron capaces de cuestionar valores tradicionales del género femenino, propios de las mujeres de antes. Las mujeres de ahora, por tanto, se ven obligadas a lidiar con nuevas responsabilidades en el terreno público y con viejas, o por lo menos ambiguas, normas de comportamiento en el terreno privado.

En la actualidad las mujeres están solas en la vivencia de estas ambigüedades y contradicciones. Ellas echan de menos la presencia de tanta gente con ideas nuevas que las apoyaba y animaba en el refugio. Sienten, además que ya no reciben la misma valoración de antes, que ya no reciben visitas que llegan a conocer su experiencia y no obtienen la misma atención de aquellos tiempos en que su experiencia era difundida y admirada. Resienten esa diferencia que las vuelve a lo privado, a lo cotidiano, a lo que no las distingue de otras mujeres ausentes de esta experiencia.

Por esa razón para las mujeres que quisieron narrar su biografía para este trabajo, las entrevistas individuales y colectivas les proporcionaron una oportunidad para recordar, reviviendo momentos tristes pero, sobre todo, rememorando aquellas fuentes de satisfacción de su historia como refugiadas repobladoras, frescas en su inmensa capacidad de recordar. Así, con las palabras de la niña Ana en la despedida de la entrevista colectiva de Guarjila, queremos dejar a las mujeres de ahora con sus recuerdos de antes.

“Yo siento que todo esto está bien. Uno a veces se pasó los días, los meses y no tiene posibilidad de expresar sus sentimientos y de hablar, de convivir con un grupo de personas, de mujeres porque ya cada quien anda por su lado. Y yo pienso... este... tal vez... en nombre del grupo le agradezco mucho, porque esto ha sido una cosa... porque uno sale de la casa, deja de hacer tortillas que todos los días las hace y se sienta un rato a compartir ideas y escuchar y que lo escuchen. Yo les agradezco en nombre de todas el tiempo que ustedes se han tomado para estar con nosotras y de querer saber lo que nosotras hemos vivido, sufrido, hasta donde hemos llegado, como estamos...”



Capítulo VIII

***Los Cambios en el
Proceso***

“¿La idea de ser mujer que usted tenía se correspondía con la vida que estaba haciendo dentro del campamento?”

- En cierta medida sí porque pasábamos limpiando la casa y ordenando y eran las mujeres las que teníamos la obligación de mantener limpia la casa; además se decía que las mujeres teníamos que ser humildes y trabajadoras y no debíamos andar haciendo cosas indebidas”.

A la pregunta inicial que dio origen a este trabajo –constatar si se podía hacer referencia a cambios radicales en la identidad femenina durante los últimos 20 años– tenemos que responder que un sector de mujeres salvadoreñas –aquellas campesinas que colaboraron con las fuerzas guerrilleras y que por ese compromiso fueron víctimas de la represión gubernamental y obligadas a refugiarse para posteriormente repoblar las comunidades abandonadas durante varios años de guerra– sí vivió cambios importantes en sus vidas.

Es necesario, sin embargo, calificar estos cambios. Más que señalarlos exclusivamente como radicales, tendrían que valorarse en su carácter parcial y contradictorio: fueron realmente transformadores en el ámbito público –en la medida que permitieron la actuación de miles de mujeres en terrenos totalmente ajenos a la experiencia de ese colectivo– pero prácticamente inexistentes en el terreno de la vida privada y los roles tradicionalmente adjudicados a la población femenina como responsable exclusiva de las tareas relacionadas con la reproducción y el cuidado de las personas.

Quienes pasaron gran parte de la guerra en los refugios de Colomoncagua y Mesa Grande identifican claramente esta experiencia como el catalizador de esos cambios. Sin el refugio –un producto de la guerra– probablemente sus vidas hubieran transcurrido igual que la de sus antepasadas: en la soledad de sus hogares y sus pequeños caseríos.

El refugio, como intervención en una situación de desastre –definido como el conjunto de perniciosas consecuencias humanas, sociales y económicas

de una crisis (Pérez de Armiño, 1999)—, trastocó una experiencia vital femenina signada por el aislamiento, el desempeño de tareas centradas en el trabajo doméstico y el cuidado de las personas, así como por el estricto cumplimiento de un código moral, en donde la obediencia a la autoridad masculina es un elemento central. Los desastres son oportunidades para el desarrollo de las capacidades de la población afectada y así lo demuestra esta experiencia.

El refugio, sin embargo, fue una situación excepcional y limitada en su alcance y temporalidad. Era un ámbito protegido en el que la subsistencia básica estaba asegurada, en donde escaseaba la presencia masculina, en medio de un contexto de guerra en el que la urgencia pasó a ser cotidiana y en nombre de la cual se posponían necesidades o deseos propios para primar los de la colectividad, con una férrea estructura organizativa de la que era difícil escapar -tanto por los controles disciplinarios como por la posibilidad de rechazo social-, en la que coexistían una cantidad de presencias con diferentes experiencias de vida y modelos de comportamiento —cooperantes, funcionariado, internacionalistas-, y en la que las mujeres eran fuertemente valoradas por su trabajo y participación.

Todas estas circunstancias eran de difícil reproducción fuera del refugio. Lo fueron ya en las repoblaciones a pesar del esfuerzo de las organizaciones políticas por mantener el modelo de vida comunitaria. Estuvieron totalmente ausentes después de la firma de los Acuerdos de Paz en un ambiente cargado de discursos —personales, colectivos y oficiales— en donde se llamaba a la vuelta a la normalidad, a olvidar, y donde la necesidad de sobrevivir se alzó por encima de cualquier otra consideración. En la actualidad, esas circunstancias ya sólo son un recuerdo, individual más que colectivo.

Paradójicamente, las mujeres que fueron refugiadas valoran de manera positiva las transformaciones ocurridas durante el tiempo de guerra, en tanto que la vuelta a El Salvador y, posteriormente la paz, son vistos como eventos importantes, deseados y buenos, en general, pero que

significaron un retroceso en su proceso particular de empoderamiento, entendiendo este concepto como el incremento de capacidades para mejorar su situación (Pérez de Armiño, 1997). Este fenómeno es frecuente en las posguerras (BRIDGE, 1995) y suele ocasionar una vuelta atrás llena de frustración y desencanto (Vázquez, et al, 1996).

Con respecto a las variables estudiadas, la edad y la procedencia de una determinada repoblación, se puede concluir que sí fueron circunstancias que marcaron tanto los cambios vividos como la asimilación que las mujeres hacen de ellos.

Las mujeres adultas son las que reconocen con más fuerza los cambios porque ellas tenían ya una experiencia recorrida cuando se fueron al refugio; las jóvenes de ahora —que eran niñas en tiempos de la guerra— integran con más facilidad los cambios que no necesariamente tienen una resonancia particular, es decir, ellas nunca vivieron determinadas situaciones de manera personal aunque sí las reconocen en el colectivo mujeres. De ahí que, por ejemplo, en torno a las relaciones de pareja las jóvenes sean mucho más firmes en considerar que no tienen por qué soportar malos tratos y afirmen su derecho a la separación; las mayores, en tanto, ven con recelo esta alternativa y tratan de evitarla apelando a su capacidad de resistencia y llamándolas a comportamientos más moderados que no den pie a rupturas.

También se puede observar un mayor nivel educativo entre las jóvenes, más oportunidades de empleo, menos número de hijos, y más posibilidad de acceder a cargos de responsabilidad en organizaciones comunitarias. En ellas se observa también una menor añoranza del tiempo del refugio. Reconocen que fue una buena escuela, un espacio de aprendizajes importantes y novedosos pero en donde se limitaba su libertad y no quisieran volver a pasar por eso. Las adultas, en cambio, con menores oportunidades educativas, de empleo, de reducción de su fertilidad y de participación política, añoran con más frecuencia el refugio como espacio que les permitió sobrevivir a ellas y a sus criaturas pequeñas en medio de las calamidades de la guerra. El refugio fue para ellas, antes que una

escuela, un refugio, un resguardo de los peligros y un espacio para descansar del agobio de la represión.

Asediadas externamente por los ejércitos hondureño y salvadoreño, en el refugio las mujeres contaron con la protección y apoyo de diversos organismos internacionales y nacionales, quienes desarrollaron distintas estrategias para ayudarles a desarrollar capacidades que hasta entonces no les habían sido necesarias.

Algunos de estos organismos se centraron en la prestación de ayuda humanitaria (alimentación, agua), otros estuvieron involucrados en el desarrollo de programas de atención y capacitación (impulsando talleres productivos y comité de salud y educación), otros más –generalmente los de carácter nacional, con algún grado de relación con el FMLN- priorizaron el desarrollo de las estructuras organizativas que caracterizaron el refugio (coordinación por casas, por sectores, por colonias y campamentos) y la captación de apoyos para la lucha armada. La presencia de estos últimos tenía un carácter más reservado pues el sello político de su trabajo los hacía más vulnerables a la represión, por eso, aunque toda la población refugiada sabía de su presencia, nadie hablaba de ello en voz alta.

La mayoría de estas organizaciones no tenían una política tendiente a modificar las relaciones genéricas ni las condiciones de la población femenina, pero dado que ésta fue el sector donde volcaron sus intervenciones –centradas en el desarrollo de las capacidades de las mujeres y su incursión en las tareas de tipo comunitario–, influyeron de manera importante en los cambios que se produjeron en sus vidas.

La vulnerabilidad cultural y social de las mujeres se vio disminuida con el acceso a la lecto-escritura, su cualificación técnica, la participación en instancias de conducción y ordenamiento de la vida comunitaria, el establecimiento de redes de apoyo mutuo, así como con el reconocimiento y admiración de personas importantes para ellas: las direcciones del FMLN, las brigadas internacionalistas, los representantes de los medios de comunicación que visitaban los refugios. Todas estas personas veían con

admiración su capacidad de sobrevivencia y se las hacían patente, con lo que ellas probaron el gusto de sentirse reconocidas, valoradas, importantes.

Sin embargo, y como ha quedado en evidencia en otras experiencias de empoderamiento femenino tanto en tiempos de guerra como de paz, este proceso no garantiza ni la equidad ni la equipotencia entre los géneros. No es poco frecuente, además, que las mujeres vivan esta incursión en el espacio público como una sobrecarga de trabajo que les genera un sentimiento de estar escindidas: cumpliendo tareas históricas asignadas a su género y otras que le son ajenas (Riquer, 1992).

A pesar del desarrollo de nuevas capacidades, ni la realización del trabajo doméstico ni el cuidado de las personas fueron cuestionadas como tareas exclusivas de la población femenina. Las mujeres siguieron cumpliéndolas en el refugio, en las repoblaciones y en sus vidas cotidianas actuales.

Paralelamente a lo que ocurría en el refugio, la población masculina seguía cumpliendo sus roles tradicionales –como combatientes y luchadores sociales– al tiempo que se desentendía totalmente de las funciones de cuidado y manutención de la familia. Su apoyo a los cambios femeninos se hizo patente mientras fueran funcionales al desarrollo de las nuevas tareas asignadas a las mujeres, pero se convirtió en una firme oposición cuando volvieron los tiempos de normalidad.

La segunda variable estudiada, la repoblación que habitan desde su regreso a El Salvador, nos arroja también diferencias interesantes a resaltar. En las repoblaciones, las organizaciones del FMLN implementaron distintas políticas dirigidas a consolidar esas experiencias comunitarias y generar una fuerza femenina de apoyo al proceso de paz. Sobresale la experiencia de la Comunidad Segundo Montes que se diferencia de Guarjila y Santa Marta en su intención de desarrollarse como un polo semi-industrial y no centrado exclusivamente en la labor agrícola para la subsistencia de la población.

Este modelo requería que la gente desarrollara una conciencia de trabajadora o trabajador operando en colectivo para cumplir las metas productivas dejando atrás las costumbres del campesinado que se relaciona individualmente con su pedazo de tierra. Las mujeres de Segundo Montes se diferencian del resto, incluso de las que viven en las ciudades, por una conciencia más marcada de sus derechos. Su discurso no hace casi ninguna referencia a la situación de desigualdad genérica, ellas reconocen que hombres y mujeres tienen diferentes posiciones sociales pero atribuyen eso a un factor exclusivamente ideológico “el machismo” y señalan que la mejor manera de combatirlo es la demostración de las capacidades femeninas.

Las mujeres de Guarjila, por el contrario, hablan constantemente de la organización y su importancia. Son las más atadas a los recuerdos positivos del refugio así como en las que es más difícil detectar algún cambio en el plano de los valores morales referidos a la feminidad. Son, en conjunto, las más cercanas al modelo de comportamiento de las mujeres de antes: recatadas, sumisas, temerosas de Dios y respetuosas de las autoridades. El pecado, la constante referencia al bien y el mal así como una mayor dificultad para exponer sus ideas caracterizan el discurso de este colectivo de mujeres.

El grupo de Santa Marta, por el contrario, es el que más libremente se expresa, en el que se airean abiertamente las diferencias y el que más conciencia tiene de sus dificultades para integrar los cambios que han vivido. Son estas mujeres quienes más hablan de las transformaciones de los comportamientos, para alabarlos o criticarlos, y entre quienes se pudo observar con mayor claridad las distintas opiniones existentes entre jóvenes y adultas. Son, también, quienes más hacen referencia al contexto —la comunidad, la directiva, las autoridades, los hombres— para explicar su situación y quienes menos confían en ser ellas las únicas artífices de cambios permanentes y radicales en la condición femenina.

Es posible pensar que estas discrepancias tienen relación con las diversas experiencias organizativas en el refugio y, sobre todo, en las repoblaciones.

Las distintas organizaciones del FMLN que actuaban en ellas impulsaron estrategias con diferentes acentos; esto llevo a que mientras en la Segundo Montes se le diera escasa importancia a la organización de las mujeres en Guarjila se mantenga todavía un cierto nivel de participación en ellas. Reflexiones sobre la identidad femenina, la sexualidad, el trabajo doméstico y temas semejantes fueron únicamente tratados en Santa Marta.

Aunque pueden existir otros factores que expliquen esas diferencias, llama la atención reconocer un cierto estilo particular y diferenciador en la narración de cada uno de los colectivos de las repoblaciones. Los énfasis, los temas abordados, los que se silencian, los considerados importantes y los que no se quieren tocar por verlos como intrascendentes, hacen pensar que la exposición durante tantos años a los discursos, estructuras, medidas disciplinarias y formas de trabajo de distintas organizaciones políticas ha dejado una huella importante en las mujeres.

También reafirma esta suposición el hecho de que las mujeres de las ciudades, a las que no fue posible observar como colectivo precisamente porque ya no lo son, tienen explicaciones más variadas sobre su situación pasada y actual. Son las más preocupadas por su subsistencia personal y entre las que se encuentra un resentimiento más grande hacia el FMLN. Varias de ellas, incluso, ocultan su pasada filiación pues tienen temor de que sus compañeras de trabajo o empleadoras las marginen al conocer que fueron refugiadas y repobladoras, sinónimos de guerrilleras en las ciudades.

Y aunque es posible reconocer estilos diferentes en los discursos de las mujeres de cada repoblación, también se pueden observar elementos comunes en las políticas impulsadas durante esa etapa, cuando las nuevas habilidades femeninas adquiridas en el refugio aún tenían cauces para su implementación y todavía contaban con algunos apoyos de organismos nacionales y de la cooperación internacional.

Entre las actividades desarrolladas se encuentra el desarrollo de pequeños productivos exclusivos para la población femenina, el impulso de procesos de concientización sobre ciertos aspectos de su condición (centrados en la igualdad de capacidades con los hombres y la necesidad de desarrollarlas) y la animación de organizaciones propias. Sin embargo, todas estas tareas tuvieron un carácter parcial y discontinuo. Se realizan como acciones puntuales que entusiasman a las mujeres mientras se desarrollan, para ocasionarles una inmensa frustración al concluirse.

Un sinnúmero de pequeños proyectos de producción fueron impulsados entre las mujeres repobladoras (tiendas, molinos, huertos, granjas, elaboración de artesanías, bordados y ropa). Bajo el supuesto de que iban a contribuir a su sobrevivencia, las mujeres pusieron, inicialmente, todo su esfuerzo en ellos para abandonarlos al enfrentarse a diversos problemas (enfrentamientos personales, robos, pérdidas económicas) y también al observar que el trabajo de los hombres (de reparación o construcción del inmueble, por ejemplo) sí se pagaba en tanto el de ellas seguía siendo visto como un aporte de la comunidad, requisito exigido por las agencias de la cooperación e impulsado por las ONGs bajo el argumento de combatir el asistencialismo.

Este tipo de proyectos responde a estrategias diseñadas para que el trabajo gratuito de las mujeres sea un amortiguador de la pobreza en los sectores populares (Las Dignas, 1993), sin que su implementación llegue a otorgarles un protagonismo similar al que tenían en el refugio. Por eso, salvo contadas excepciones, la mayoría de estos proyectos han fracasado dejando una estela de desánimo y escepticismo entre las mujeres.

La llegada de la paz cambió radicalmente el panorama para las mujeres, que en un corto período asumieron diversos acontecimientos: la reinserción de las y los combatientes; la finalización de la ayuda humanitaria; el impulso de programas de reconstrucción donde ya no eran las únicas destinatarias, y en algunos de ellos ni siquiera estaban presentes; el traslado de las preocupaciones políticas al escenario electoral y la disminución que esto ocasionó en recursos humanos para la atención

al desarrollo de las comunidades. En este proceso de transición, la atención al proceso de empoderamiento que las mujeres habían vivido en el refugio desciende o desaparece. En los tiempos presentes, la mayoría de ellas no tiene contacto con organismos de mujeres o de otro tipo.

Por otra parte, la conversión de las organizaciones guerrilleras en partido político y la actuación en nuevos escenarios como la Asamblea Legislativa, sacó a flote históricas diferencias entre las organizaciones del FMLN ocasionando una serie de conflictos internos y rupturas internas. Así es como se llega a la paradoja de que las mujeres valoren como positivos los cambios producidos durante la guerra y señalen la paz como un retroceso en su proceso de empoderamiento.

En la actualidad, la carencia de alternativas políticas a las más agudas preocupaciones femeninas –fundamentalmente en torno a la falta de empleo y el incremento de la violencia social y de género– lleva a las mujeres a dejar de lado su participación en espacios públicos y orientarse hacia las tareas que garanticen su sobrevivencia económica y la atención a su vida familiar.

En este continuo y complejo proceso de cambios, las mujeres han elaborado una visión subjetiva de sí mismas en la que se observan como mujeres capaces de enfrentar las situaciones adversas a partir de su esfuerzo individual. El desarrollo de sus capacidades personales ha aumentado la confianza en ellas mismas pero no en el colectivo genérico al que pertenecen. Alcanzan a ver que algunas de sus vivencias se explican por su condición como colectivo subordinado pero siguen encontrando las mejores explicaciones en factores ajenos a esta situación (la suerte, la voluntad divina, la maldad humana, la perversidad femenina, etc.).

Entendiendo que la subjetividad es un producto emergente de las interacciones de las personas con quienes las rodean en contextos históricos determinados (Alcoff y Laurentis citadas en Riquer, 1992), es comprensible esta visión femenina surgida de experiencias fragmentadas e inconsistentes que no han alcanzado a cuestionar la desigualdad

relacional en que viven las mujeres y, por el contrario, han potenciado la división de experiencias masculinas y femeninas.

El balance de veinte años de constantes cambios en la experiencia vital de las mujeres está plagado de rebeliones particulares y protestas aisladas; de liderazgos potentes carentes de apoyo colectivo que los respalden y alimenten; de estructura organizativas dispuestas para la acción pero que no cuentan con una plataforma reivindicativa que les permita encauzar su entusiasmo; de reflexiones que arrojan nueva luz sobre los malestares vividos pero que carecen de alternativas para erradicarlos en el corto plazo.

Es, en síntesis, un caleidoscopio donde se sobrepone la nostalgia por lo aprendido y vivido en el refugio, con el reconocimiento de que la libertad y la paz son imprescindibles para cualquier ser humano.

Una evidente conclusión de este proceso es que el proceso de empoderamiento femenino requiere de estrategias globales. Los diferentes tipos de ayuda, de emergencia o desarrollo, deben tomar en cuenta que sus acciones inciden en las relaciones genéricas existentes, tengan o no una perspectiva de trabajar sobre ellas. Los desequilibrios que genera una acción deben ser contemplados para actuar sobre ellos.

No basta con impulsar estructuras orgánicas femeninas ni con desarrollar las habilidades productivas de las mujeres o la conciencia de su subordinación. Si todo ello no se hace de manera conjunta, los cambios en la identidad genérica subordinada serán parciales, transitorios y meramente individuales; por ello, más susceptibles de derrumbarse ante la presencia de cualquier dificultad.

Por todo ello, queremos cerrar esta reflexión apuntando algunas recomendaciones para la actuación de los organismos nacionales e internacionales interesados en el empoderamiento de las mujeres.

Recomendaciones generales

Tanto en situaciones de guerra como de paz, es deseable combatir la inequidad genérica. Para ello es necesario trabajar para que los hombres se involucren en los terrenos asignados históricamente a las mujeres, o sea, desarrollar una estrategia de inserción masculina en el mundo privado.

Esto no implica que se dejen de lado las estrategias tendientes a empoderar a las mujeres, por el contrario, estas deben ser cada vez más globales y consistentes para que produzcan cambios reales e irreversibles.

La salida negociada a la guerra salvadoreña ha sido una contribución importante a la cultura universal para la gestión de los conflictos. La experiencia de su posguerra debería servir también como lección en otros procesos de pacificación en el ámbito internacional. Sería importante, por ejemplo, incluir más mujeres en los equipos negociadores de los Acuerdos de Paz, de ser posible, con una visión y experiencia feminista, que permita que las necesidades e intereses de la población femenina no queden el olvido.

Asimismo, es fundamental que los procesos de posguerra cuenten con la misma atención o más que tienen las guerras, tanto de los organismos internacionales como de los medios de comunicación. La alta conflictividad salvadoreña actual no puede entenderse al margen de la guerra y los Acuerdos de Paz. El descontento y la falta de alternativas para las y los excombatientes y para la población afectada, ha dado paso a que fenómenos como la delincuencia organizada, la migración ilegal, el empleo informal, los hogares monoparentales, la irresponsabilidad paterna, y la violencia de género, entre otros, se agudicen hasta alcanzar niveles que dificultan la convivencia nacional y que afectan, de manera particular, la vida de las mujeres más pobres.

Recomendaciones particulares

Los organismos internacionales que actúan en situaciones de emergencia, como ACNUR, Cruz Roja Internacional, las Iglesias, y otros, deben contemplar que el refugio cambia la vivencia de la población femenina y que, como oportunidad para que esta transformación se oriente en sentido positivo, requiere de políticas específicas que contemplen la vulnerabilidad de las mujeres y que refuercen:

- Sus recursos intelectuales a través de la alfabetización y escolarización
- La valoración de su tiempo a través de mecanismos que aligeren la carga doméstica, como la elaboración colectiva de la comida o lavado de ropa
- La valoración de sus actividades como cuidadoras a partir de la organización colectiva del cuidado de niñas y niños
- La equiparación de sus aportes con los del colectivo masculino, retribuyendo (en metálico o en especie) no solamente los trabajos que los refugiados hacen sino las labores de las refugiadas
- Sus derechos como mujeres, por ejemplo, impulsando la formación de comités contra la violencia doméstica y sexual en los campamentos
- Su nivel de organización, legitimando sus liderazgos y potenciando sus habilidades negociadoras

Ya que integrantes de estos organismos han sido identificados/as por las mujeres como actores importantes en la toma de conciencia de su subordinación genérica, es necesario que estos aportes respondan menos a la iniciativa personal y más al seguimiento de políticas institucionales.

Los organismos internacionales y nacionales involucrados en los procesos de negociación de la paz deben contemplar los cambios ocurridos durante la guerra para reforzarlos con los programas de reinserción. Si durante la guerra las mujeres han sido contempladas y tratadas como individuales y no como integrantes de una familia, los programas de reinserción deben seguir viéndolas como individuales con derecho a la propiedad de la tierra y la vivienda, con posibilidad de acceder a los créditos y las capacitaciones para la integración laboral en igualdad de condiciones que los hombres.

Las políticas nacionales y los programas de ayuda internacional deben contemplar el combate a la pobreza extrema que vive la población femenina, en general, y la de las zonas rurales en particular. La experiencia del refugio demostró que en la medida que tuvieron garantizada la subsistencia y unos servicios mínimos, las mujeres pudieron dedicar buena parte de sus energías a otras tareas encaminadas a su desarrollo personal. La disminución de su participación en las repoblaciones también se relaciona con la disminución de tiempo susceptible a ocuparse en esas labores ya que tienen que volcarse íntegramente a luchar por la sobrevivencia.

Por esa razón es necesaria combatir la pobreza femenina con políticas tendientes a generar empleo, garantizar la comercialización de los productos elaborados en los distintos proyectos, generar políticas crediticias favorables a las mujeres y garantizar la prestación de los servicios sociales básicos.

La confianza en sus capacidades individuales es un logro importante y constituye una base para avanzar en el empoderamiento femenino. Es necesario, sin embargo, que las organizaciones de mujeres y/o mixtas que actúan para combatir la desigualdad genérica, presten atención a la generación de confianza en el colectivo femenino a través de acciones que posibiliten la acción directa de las mujeres entre sí y el apoyo mutuo, de manera que esta confianza no se genere solamente en las promotoras y/o dirigentes que trabajan con ellas y de las que esperan todas las iniciativas.

Esto implica que los programas de autoestima y formación de líderes, que tan en boga están actualmente impulsados por organismos de la cooperación internacional e implementados por ONGs mixtas o exclusivamente femeninas, incluyan el cuestionamiento de los prototipos femeninos (en donde el esfuerzo individual supera todas las dificultades) y desarrollen prácticas de trabajo colectivo y gestión de conflictos en donde se contemplen la importancia de la reflexión y acción del conjunto.

Esto conlleva también el combate a las prácticas características de los programas de desarrollo en donde el trabajo femenino en las comunidades es considerado una "ayuda" que no se contabiliza ni remunera, en tanto que los aportes masculinos merecen reconocimiento, pago y prestigio social.

La experiencia de las mujeres repobladas implica también una diferenciación de otros segmentos de la población femenina del campo. Es necesario que en los programas de desarrollo local, implementados por los gobiernos municipales, se contemple esta realidad para desarrollar estrategias que permitan la convivencia de estas diversidades y rescaten la riqueza de los aprendizajes de las mujeres que vivieron el refugio.

Al mismo tiempo, es necesario que todos los organismos interesados en este tema (nacionales y extranjeros, gubernamentales y no gubernamentales, mixtos o femeninos) desarrollen medidas (tanto en el ámbito educativo como en su relación concreta con las mujeres) que combatan la percepción de las mujeres de sí mismas como receptoras de beneficios y se impulse su conciencia como personas con derechos, ciudadanas con posibilidad de gestionar su vida comunitaria e incursionar en la vida pública con sus demandas y propuestas haciendo posible nuevas prácticas de gobierno local.



ANEXOS

ENTREVISTA A PROFUNDIDAD

La entrevista a profundidad estuvo dividida en seis partes:

1. Datos generales de la entrevistada
2. Historia de su vida antes del refugio, diferenciando las distintas etapas: infancia, adolescencia, pareja (si llegó a formarla), participación política
3. Historia de su vida en el refugio, incluyendo su decisión de retornar
4. Historia de su vida durante la repoblación
5. Valoración de los Acuerdos de Paz y su impacto en la vida de las mujeres
6. Su acceso a los beneficios de los programas de reinserción
7. Historia de su vida en la actualidad

En cada apartado se exploraron opiniones, sentimientos e ideas más relevantes para cada mujer. El aprendizaje y expresiones de la feminidad así como la valoración de los cambios vividos a lo largo de estos años fueron otros aspectos indagados en cada etapa.

ENTREVISTA COLECTIVA

Se realizaron tres entrevistas:

En Segundo Montes con cinco mujeres

En Guarjila con diez mujeres

En Santa Marta con nueve mujeres

En la entrevista se abordaron los siguientes aspectos:

- Ideas sobre lo que significa ser mujer, valoraciones de la feminidad y la masculinidad
- Cambios que se dieron en cada etapa y factores que influyeron para que se produjeran
- Tipos de relaciones entre mujeres en cada una de las etapas

En la entrevista colectiva se privilegió la expresiones de opiniones sobre las mujeres en general más que las vivencias particulares. Se fomentó la discusión entre las participantes sobre los temas emergentes.

CUESTIONARIO DICOTOMICO

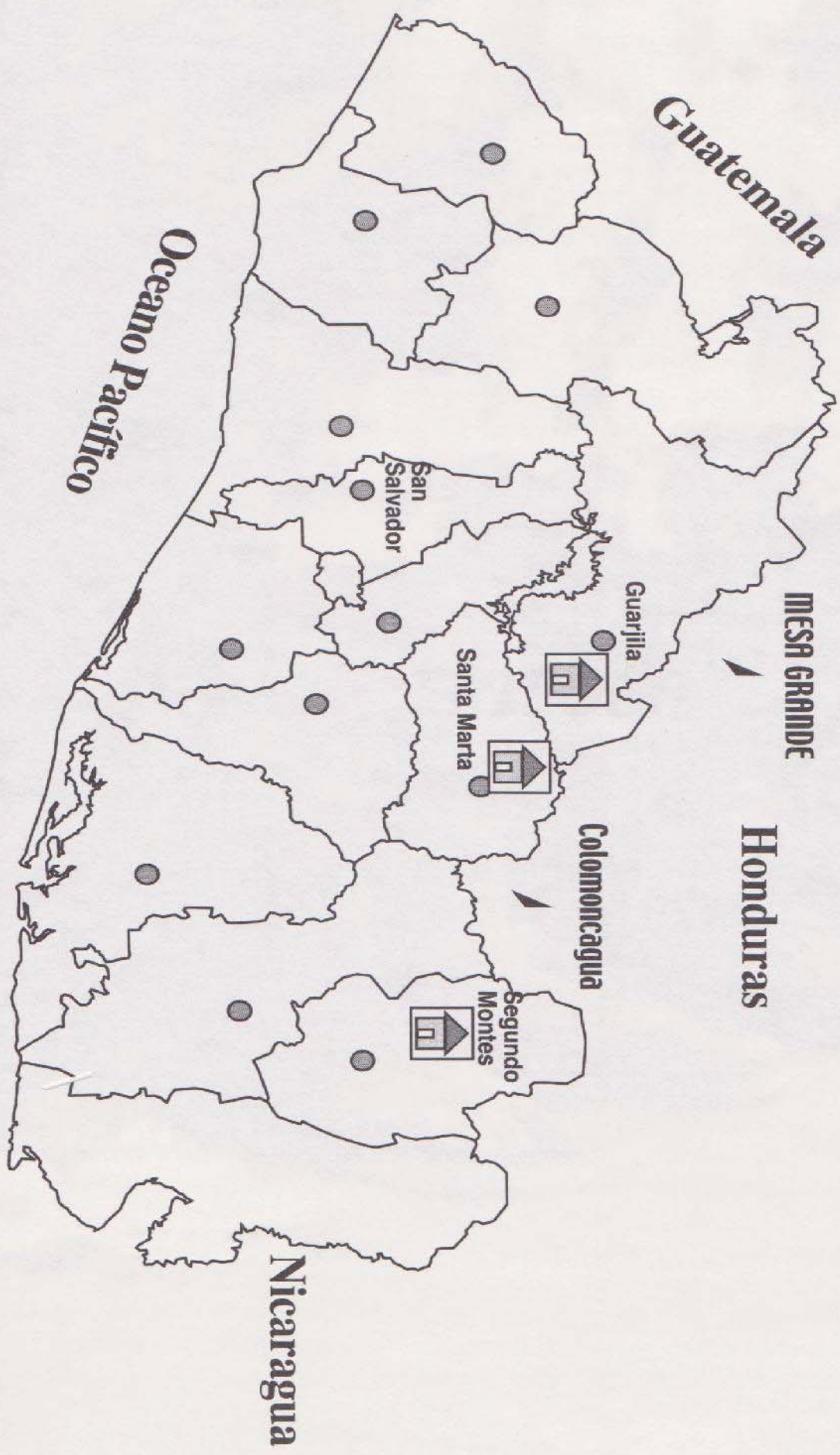
Se realizó una prueba piloto con 14 mujeres que cumplían los mismos requisitos de la muestra. Al resultado se le aplicó el índice de confiabilidad Alfa de Cronbach obteniéndose un resultado de 0.9016, lo que constituye un alto nivel de consistencia al instrumento.

24. La educación de los hijos e hijas es responsabilidad sólo de las mujeres.
25. Sólo mi (compañero/esposo/hijo mayor, otro) debería decidir en la compra o venta del ganado o la cosecha.
26. Aunque yo no quisiera tener relaciones sexuales, tendría que hacerlo porque él es mi marido.
27. Solamente si tuviera marido me sentiría capaz de salir adelante.
28. Las mujeres que no trabajan fuera de casa cuidan bien a sus hijos.
29. En mi casa hay tranquilidad porque yo obedezco en todo a mi compañero/esposo.
30. El hombre debe manejar el dinero, porque si la mujer lo tiene, lo malgasta.
31. Correría el riesgo de poner un negocio propio.
32. Si las mujeres tienen relaciones sexuales antes del matrimonio se arruinan.
33. Nunca debería andar en la calle sin la compañía de mi (esposo/compañero/papá/hijo mayor).
34. Las mujeres deben atender a sus maridos para que no se vayan con otra.

BIBLIOGRAFIA

- Armstrong, R. Y Rubin, J. (1993). El Salvador. El rostro de la revolución. San Salvador: UCA Editores
- Baumgärtner, U. (1998). La cuestión agraria en El Salvador. Cinco años después de la firma de los Acuerdos de Paz. San Salvador: Ediciones Heinrich Böll
- Bello, G. (1999). Identidad nacional y memoria colectiva, elementos para su discusión. Martínez, O. (coordinador) El Salvador, sociología general. San Salvador: Editorial Nuevo Enfoque
- BRIDGE (Briefings of Development and Gender) (1995). Género, emergencias y ayuda humanitaria. Ponencia presentada al Women in Development Desk of Directorate General VIII de la Comisión Europea sobre la incorporación del enfoque de género a las acciones de emergencia y ayuda humanitaria. Mimeo
- Editorial (1989). El retorno de los salvadoreños refugiados en Honduras. ECA, Año XLIV No. 492, 779-790. San Salvador: UCA Editores
- García, A.I. y Gomáriz, E. (1989). Mujeres Centroamericanas. Tomo I Tendencias estructurales. Información estadística por sexo. San José: FLACSO
- García-Nieto, M.C. (1996). Historia del tiempo presente en El Salvador y memoria oral. Realidad. Revista de ciencias sociales y humanidades. No. 64 julio-agosto de 1998, 401-415. San Salvador: UCA Ed.
- Instituto Centroamericano de Estudios Políticos (1989). Centro América: Refugiados, repatriados y desplazados. PANORAMA CENTROAMERICANO/Temas y documentos de debate No. 21. Guatemala: INCEP
- Las Dignas (1993). La autonomía económica de las mujeres. Colección Debate No. 5. San Salvador: Mujeres por la Dignidad y la Vida
- Luciak, Ilja A. (1998). La igualdad de género y la izquierda revolucionaria: el caso de El Salvador. Tarrés, M.L. (coordinadora) Género y cultura en América Latina. México, D.F.: El Colegio de México

Mapa 1:
Ubicación geográfica de
refugios y repoblaciones





EPILOGO

Algunas enseñanzas feministas sobre las vivencias de las mujeres salvadoreñas en el refugio y el retorno

Clara Murguialday

1. Sobre la “salida de la cocina” que, supuestamente, implicó para las mujeres salvadoreñas su participación en la guerra revolucionaria.

Desde que en 1992, en el marco del Encuentro de Mujeres Centroamericanas, oí por primera vez a una connotada feminista salvadoreña la afirmación de que “la guerra sacó a las mujeres de la cocina”, la búsqueda de datos que ratifiquen o refuten esta aseveración ha sido una de mis obsesiones investigadoras. Quizás porque después de haber vivido de primera mano las dificultades de la Revolución Sandinista para “sacar a las mujeres de la cocina” y sobre todo, para mantenerlas fuera de la misma una vez terminadas las emergencias nacionales, tal afirmación me pareció siempre más llena de buenos deseos que de realidad.

Si consideramos “la cocina” tanto en su sentido literal (la función de alimento y cuidado) como simbólico (el espacio de la domesticidad y el aislamiento de las mujeres), lo que sabemos sobre las experiencias de las mujeres salvadoreñas en las últimas dos décadas no nos permite afirmar que su participación en los conflictos armados les llevara a trastocar, de manera significativa, su relación con las funciones domésticas y de cuidado.

Así, por ejemplo, la investigación realizada en 1995 sobre las vivencias de las guerrilleras y colaboradoras del FMLN (publicada con el título de “Mujeres-Montaña”) mostró que para muchas de ellas, sus roles durante la guerra sirvieron más para reforzar sus identidades maternal y doméstica que para cuestionar los mandatos tradicionales de la feminidad. Algo similar les ocurrió, por lo que estamos sabiendo últimamente, a las “nanas”, aquellas mujeres que cuidaron y alimentaron a los miembros del ejército gubernamental durante el conflicto armado.

Pues bien, los resultados de esta investigación sobre las mujeres refugiadas y retornadas parecen arrojar nuevos datos en la misma dirección. Aunque por diferentes razones en este caso, el refugio tampoco “sacó a las mujeres de la cocina”. Lo que propició fue la desaparición temporal de la cocina familiar, que fue sustituida por la elaboración

colectiva de los alimentos provistos por las agencias de Ayuda Humanitaria; la reducción del espacio de los cuidados privados (aquellos brindados en el marco de las relaciones familiares) y la ampliación del espacio público-colectivo, que terminó “tomándose” (estructurando) la vida en el refugio, al menos durante varios años.

Lo novedoso fue que las mujeres no tuvieron que dar fuertes luchas para salir de lo privado y entrar en lo público; lo público, sencillamente, las inundó de modo que su acceso a este espacio no fue una conquista lograda sobre la base de su conciencia y acción colectivas, sino un hecho derivado de su condición de refugiadas “concentradas asistidas”. La consecuencia fue que las mujeres no salieron del refugio con un aprendizaje vital sobre “cómo salir de la cocina” o, dicho de otra manera, sobre cómo compartir con los hombres las funciones del cuidado. Cuando sobrevino el retorno, la repoblación y la paz, las mujeres volvieron a sus funciones domésticas tradicionales como si (casi) nada hubiera cambiado realmente en sus vidas. Quizás es a este fenómeno al que alude Norma Vázquez cuando concluye su investigación señalando que las mujeres ex-refugiadas nunca llegaron a cuestionar radicalmente su dedicación primordial a las tareas domésticas y los roles reproductivos.

2. Las añoranzas de los tiempos pasados

Así como las colaboradoras del FMLN entrevistadas en “Mujeres-Montaña” añoraban en 1995 a los “muchachos” que les mandaban papelitos con las tareas escritas -mismas que se aprestaban rápidas a cumplir y les hacían sentir “el cuerpo grande”-, también las ex-refugiadas dicen añorar el refugio.

La pregunta obligada es: ¿Qué añoran exactamente del refugio? ¿Quizás la ausencia de “cocina privada” y la gran disponibilidad de tiempo para actividades en lo público, gracias a que las tareas domésticas se redujeron al máximo? ¿Las oportunidades de controlar y vigilar —como cuentan las orgullosas integrantes del Batallón Pacho—, ellas, las eternas controladas y vigiladas? ¿Tal vez añoran la ausencia física de los hombres en tanto les libraba de violencia conyugal, les permitía libertad de movimientos y el acceso a funciones antes vetadas? ¿O quizás el hecho de tener resuelta la sobrevivencia cotidiana y, por tanto, no tener que dedicar todas sus energías a la “rebusca” de medios para vivir?

¿Qué es lo que las mujeres tuvieron en el refugio, que tanto aprecian y que perdieron en la posguerra? Creo que, básicamente, un nuevo contexto en el que ellas pudieron poner las reglas del juego. Un contexto

excepcional, resultado de una profunda crisis de las estructuras de dominio masculino en el ámbito privado; un contexto de libertad donde pudieron desplegar sus capacidades; un contexto en el que, por fin, eran cuidadas por otros y no siempre las eternas cuidadoras que se olvidan de sí mismas.

Reflexionar sobre lo que las mujeres ganaron en el refugio, la forma en que usaron sus nuevas libertades -logradas, paradójicamente, en un espacio de encierro físico- y la valoración que hacen de sus propios avances, así como lo que perdieron en la posguerra y el costo que pagaron por la paz, puede dar pistas al movimiento de mujeres salvadoreñas para explicar un dilema que cada día se evidencia con mayor crueldad: ¿Por qué las situaciones de guerra y conflicto extremo, indeseadas por sus efectos de muerte y destrucción, generan algunas oportunidades para que las mujeres avancen en derechos y capacidades, en tanto las situaciones de paz -deseadas y deseables, sin objeción- acarrearán para las mujeres importantes pérdidas en los terrenos conquistados y restricciones a su desarrollo humano?

3. El refugio como experiencia de empoderamiento

La investigación evidencia que en el refugio, como en toda situación de crisis, las mujeres demostraron que eran capaces no sólo de afrontar las condiciones más adversas para la sobrevivencia sino de, además, juntar suficiente entusiasmo y energías para aprovechar las oportunidades que se les brindaba y fortalecer sus capacidades (aprendiendo, por ejemplo, nuevas habilidades y oficios).

El fortalecimiento de sus capacidades humanas es, sin duda, el primer objetivo de todo proceso que pretenda empoderar a las mujeres. Ahora bien, para que el empoderamiento no sea “flor de un día” sino un proceso estable y progresivo, debe apuntar también a “ampliar las opciones y oportunidades vitales” de las mujeres, mediante su acceso a recursos materiales y simbólicos, entre ellos a la toma de decisiones en los ámbitos privado, comunitario y público-político.

Pues bien, analizando la experiencia de las mujeres refugiadas y sobre todo, sus vivencias posteriores en las repoblaciones y en la posguerra, el balance de las oportunidades brindadas por el refugio no resulta tan optimista. Aunque el refugio les posibilitó importantes cambios personales y ciertos niveles de organización, lo cierto es que éstos se dieron en un contexto “protegido” y como respuesta inmediata a las necesidades de la sobrevivencia en ese espacio, lo que limitó su alcance y su permanencia en el tiempo.

El desarrollo de una conciencia colectiva sobre las relaciones de dominio/subordinación entre hombres y mujeres; la construcción de confianza en la fuerza colectiva de las mujeres, tanto como en la propia energía y audacia personal; la generación de dinámicas autónomas en la acción política femenina; el, acceso a recursos económicos, políticos y culturales que legitimen los cambios personales... son algunos de los ingredientes del empoderamiento colectivo de las mujeres necesarios para garantizar que los cambios no se vuelven reversibles en circunstancias adversas y que las estructuras que sostienen el dominio masculino no se reconstruyen impunemente cuando se termina la emergencia. Pocos de estos ingredientes, por no decir ninguno, formaron parte de la salsa de cambios que cocinaron las mujeres ex-refugiadas.

4. Lo que el movimiento de mujeres de la posguerra aprendió de las experiencias de las mujeres refugiadas

Pronto las mujeres refugiadas se convirtieron en retornadas y repobladoras y, poco después de los Acuerdos de Paz, en campesinas, mujeres rurales pobres, beneficiarias de los proyectos productivos, usuarias de los servicios de educación o salud. ¿Qué quedó de su identidad fuerte de refugiadas, de sus vivencias y aprendizajes en el refugio, de sus rupturas parciales en algunos aspectos de la feminidad tradicional? ¿Cuánto de todo ello ha sido analizado, valorado o recuperado por el movimiento de mujeres?

Mi impresión es que el movimiento de mujeres salvadoreño, al igual que el centroamericano, no ha incorporado a su acervo de experiencias las de estas mujeres. Ha desaprovechado, por tanto, la oportunidad de explorar el alcance de los cambios vividos por cientos de miles de mujeres y su aporte a la construcción de un sujeto político, el movimiento de mujeres, que las contenga. Este no reconocimiento de las experiencias vitales de un buen contingente de mujeres forma parte, a mi entender, de un vacío mayor: se ha investigado poco y se ha reflexionado menos aún sobre la forma en que la guerra y sus sucesos (refugio, retorno, desplazamiento) ha marcado las vidas y el pensamiento de una generación de mujeres centroamericanas.

¿Sería pertinente preguntarse por las razones de este vacío? Creo que sí y aventuro dos hipótesis para explicarlo:

- **Una:** Sí es cierto lo que dice Mercedes Oliveira de que el feminismo centroamericano nació, en gran medida, de las frustraciones que sintieron algunas mujeres ante las guerras y los procesos revolucionarios en la

región, entonces quizás es demasiado pronto para que las feministas centroamericanas se animen a revisar ese pasado del que han renegado y a interpretarlo también en “clave positiva”, desentrañando los elementos que hicieron, a pesar de todo, avanzar a las mujeres. No es difícil comprobar, en este sentido, que algunas expresiones del feminismo centroamericano todavía suscriben visiones maniqueas sobre el impacto de las guerras en las mujeres, viendo solamente la parte en que la guerra “sacó a las mujeres de la cocina” o solamente los efectos de dolor, muerte y destrucción que causó en ellas.

- **Y dos:** Una mirada honesta al pasado obligaría a muchas ONG feministas salvadoreñas, y también del resto de la región, a reconocer que nacieron durante la guerra, gracias a la guerra y para la guerra. Que la guerra marcó su misión, sus estrategias y el papel de intermediarias que desempeñaron –y siguen desempeñando– entre la cooperación internacional y las mujeres refugiadas, retornadas, repobladoras y desplazadas. Que la guerra no es ajena a los conflictos de lealtades que las atraviesan hasta el día de hoy, a sus modelos organizativos y a las formas –más o menos democráticas– con que resuelven sus conflictos internos. Para un movimiento tan fuertemente “oenegizado” como lo está actualmente el de mujeres en Centroamérica, puede no resultar fácil una mirada hacia los orígenes que obligue a preguntarse sí “algunos vientos de entonces son responsables de algunas tempestades actuales”.

Sin embargo, un movimiento de mujeres que no registra, estudia, comprende y valora las experiencias de ruptura de las pautas femeninas tradicionales vividas por colectivos tan significativos para las sociedades centroamericanas como las refugiadas, colaboradoras y guerrilleras, ¿de dónde se nutre para sus reflexiones? Si el feminismo centroamericano quiere tener raíces firmes en las vivencias y expectativas de las mujeres de una región marcada por la guerra, no puede dejar de teorizar sobre las vivencias femeninas durante la guerra. Sucesos como el refugio, el exilio, el retorno y los desplazamientos internos han afectado las vidas de, al menos, tres generaciones de mujeres, dos de las cuales tienen en sus manos el presente y el futuro del feminismo centroamericano.

Este libro recoge los resultados de la investigación titulada "Las mujeres refugiadas y retornadas: las habilidades adquiridas en el exilio y su aplicación a los tiempos de paz" realizada durante 1998 y 1999 como parte del Programa de donativos para la promoción de la mujer en el desarrollo (PROWID) del Centro Internacional de Investigaciones para la Mujer (ICRW), con fondos proporcionados por la Oficina de la Mujer en el Desarrollo de la AID.